

WILLIAM RILEY BURNETT

EL HOMBRE FRIO

(The Cool Man)



Por el autor de

EL PEQUEÑO CÉSAR

EL ÚLTIMO REFUGIO

LA JUNGLA DE ASFALTO

EL HOMBRE FRIO

Estas frases figuran en los elogios de Huster y en las memorias, a W.R. de El hombre frío. La elección del director de la película fue un homenaje a Burnett dado su patente de

Lectulandia

«Siempre he admirado a William Riley Burnett». «En todos sus libros hay fragmentos de un realismo impresionante». Estas frases figuran entre los elogios de Huston, en sus memorias, a W.R. Burnett.

El hombre frío tiene abundantes puntos de contacto con el universo houstoniano. Diferentes personajes plasman, cada uno a su modo, la figura del perdedor, y la acción se desarrolla a semejanza de una reflexión sobre el fracaso. Todo ello ejemplifica las siguientes palabras de Huston: «Burnett no es un sentimental, sino más bien lo contrario. Ama a sus héroes secretamente. Es capaz de introducirnos no sólo en las profundidades de la mente de un gángster, sino también en la de cualquier individuo marginado».

Lectulandia

W. R. Burnett

El hombre frío

ePub r1.0

Titivillus 20.11.16

Título original: *The Cool Man*
W. R. Burnett, 1968
Traducción: J. Ferrer Aleu
Diseño de portada: Julio Vivas
Dibujo de portada: Jordi Bernet

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EL CREPÚSCULO DE LOS ANTIHÉROES

Si existen héroes en la verdadera novela negra (o sea, la calificada como tal en función de unos valores literarios que la distancian de la narrativa criminal para el mero y poco distinguido entretenimiento) difícilmente se les podrá encontrar en marcos arquetípicos, salvo raras excepciones. Ni los hammettianos Continental Op y Sam Spade ni el chandleriano Philip Marlowe constituyen una representación heroica del detective privado, como tampoco los policías negros de Chester Himes representan la heroicidad. Ocurre, además, que la verdadera novela negra está vertebrada por el realismo y la crónica testimonial, con lo que admite antes la putrefacción y el fracaso que la integridad y la victoria.

Precisamente la génesis de la novela negra, según la contemplamos hoy desde una perspectiva histórica, entrañó la lucha de sus fundadores contra la noción de héroe que imperaba en la tradicional narrativa sobre el crimen. Cabría ver en la evolución de los personajes de Hammett un paulatino arrinconamiento del héroe tópico: al agente de la Continental, definido ya por cualidades simplemente profesionales y no por dudosas glorias de combatiente urbano, le seguiría el cínico Spade, y éste quedaría inmediatamente sustituido por un hombre de choque, Beaumont, que actuaba como mercenario en la frontera de la legalidad. Hammett inauguró en las páginas de la revista de relatos criminales *Black Mask* una nueva gama de figuración, contrapuesta a la de los valerosos justicieros esgrimida por sus colegas en la misma publicación. Puestos a venerar el realismo, había que partir de ahí.

Y, paralelamente a las innovaciones hammettianas, William Riley Burnett verificó un brusco giro en lo que concernía a los habituales protagonismos de la época. Su novela *El pequeño César*, editada directamente en libro a principios de 1929, situaba el punto de vista en el delincuente. Sin saberlo, Burnett había creado el subgénero de narrativa negra que recibiría la denominación de *crook story*, relato del profesional de la ilegalidad. Pudo adquirir cierta conciencia de su invento cuando, después que la Warner adquiriera los derechos de la novela con el objetivo de la versión cinematográfica, Hollywood empezó a reclamarle como asesor de filmes de gangsters, y éste fue el principal cometido de Burnett en una de las más aplaudidas realizaciones del subgénero para la pantalla, *Scarface*. Sin embargo, el novelista no parecía proponerse tal encuadramiento personal. Su currículum de aquella fase de su carrera lo demuestra: por un lado, clausuró en seguida las colaboraciones con las productoras cinematográficas; y, por otro, encauzó su creatividad literaria hacia la crónica de su tiempo, independientemente de que su labor testimonial hiciera o no referencia directa al mundo del crimen. Que *Iron Man*, sobre el boxeo, o *King Cole*, en torno al ámbito de la política, contuvieran elementos afines o periféricos a lo que luego se llamó novela negra no implica una decisión burnettiana de practicar un

género concreto, si no más bien lo contrario. Lo que hoy consideramos novela negra era entonces nada menos que la negación del encasillamiento codificado en la cultura de aquellos años.

A lo largo de la Depresión el autor de *El pequeño César* se dedicó a retratar su entorno inmediato, con excepción de alguna mirada al pasado. Pero en el ocaso de la década una afición desmedida a las apuestas en carreras de caballos y galgos (lo que le había dado tema para su novela de 1933 *Dark Hazard*) le condujo a la quiebra y le hizo replantearse su estrategia profesional. Se propuso la reconquista de Hollywood y para ello retomó los dos géneros que le habían dado mayor rentabilidad, el criminal y el de *western*. A este último pertenecía *Saint Johnson* (1930), su segunda novela, objeto de un par de adaptaciones fílmicas en el curso de los años precedentes, y Burnett escribió a toda rapidez otra obra inscrita en la historia del Oeste, *Dark Command*; si en la anterior ocasión se había basado en Wyatt Earp y el tiroteo de O.K. Corral, ahora se apoyaba en las guerrillas de William Quantrill durante la guerra de Secesión. Tras esa novela, publicada en 1938, pudo llevar a cabo con más calma *High Sierra* (1940, que aparecerá en la colección *Black* con el título del filme correspondiente en España, *El último refugio*). Vendió los derechos de ambos libros a Hollywood y regresó al oficio de trabajar para el cine como argumentista y guionista.

Con punto de partida en *High Sierra* (y en la celebridad permanente de *El pequeño César*), Burnett se especializó decididamente en la ficción sobre el hecho del crimen, y, más concretamente, en el subgénero de la *crook story*. Al gángster de los años veinte reflejado en *El pequeño César* y al pistolero de la Depresión representado en *High Sierra* (la obra maestra del autor) siguieron sucesivas descripciones de delincuentes en consonancia con la actualidad histórica y con la evolución de la sociedad americana. Durante la caza de brujas llevó a cabo su aclamada trilogía sobre la corrupción en la gran ciudad, compuesta por *La jungla de asfalto* (1949), *Little Men, Big World* (1951) y *Vanity Row* (1952); audazmente, el tercer volumen constituía una obvia metáfora en tomo a la represora situación.

Mientras continuaba sus actividades para los estudios de Hollywood, Burnett volvió al *western* en los años cincuenta y abordó con nuevo impulso la novela negra, en cuyo marco logró otro importante acierto, *Alrededor del reloj en Volari's* (1961), sobre el desmoronamiento de la hegemonía republicana y el acceso de los demócratas al poder. Pareció luego que la inspiración burnettiana decaía, hasta que en 1968 surgió el presente volumen, *El hombre frío*, a modo de despedida testamentaria del novelista que había trazado durante tres décadas una permanente crónica del mundo que le rodeaba.

Se debe precisar que *El hombre frío* no fue la última novela de Burnett: después de una docena de años de silencio, propio de un creador confinado en el retiro, el autor de *El pequeño César* retornó súbitamente a los tiempos de esta obra y publicó la casi elegiaca *Good-bye, Chicago*, subtitulada melancólicamente *1928, final de una era*. Pero en la carrera de este discípulo de Hemingway y de los clásicos franceses del

siglo XIX *Good-bye, Chicago* constituyó tan sólo un epílogo tardío, un intento quizá de recuperar las sensaciones de la juventud cuando la muerte ya se acercaba. Y Burnett (que había nacido en Springfield, Ohio, el 25 de noviembre de 1899) falleció el año siguiente a la edición de su adiós a la ciudad del pequeño César, el 15 de abril de 1982, en Santa Mónica, California.

Su auténtico testamento literario discurre por las páginas de *El hombre frío*. Es ésta una novela más desencantada aún que las anteriores del autor, quien incluso parece renunciar a las convicciones, que nutrían *High Sierra*, *Vanity Row* o *Alrededor del reloj en Volari's*. Sin que Burnett ofrezca alternativa, la sociedad americana de *El hombre frío* casi tan sólo rezuma consumismo a ultranza. Así lo simboliza el protagonista, quien ha soñado años y años con la riqueza, ha enfocado vida y trabajo a la materialización de un atraco altamente provechoso, y, una vez logrado por este sistema medio millón de dólares, arrastra una existencia vagabunda, bajo falsas identidades, y reducida más bien a pequeños y triviales goces.

El «hombre frío» es en realidad un hombre muerto que pasea su soledad y su definitiva carencia de identidad (patente en las sesiones dedicadas al disfrute sexual) de hotel en hotel, y que se escribe a sí mismo breves cartas, a modo de reflexiones destinadas a una inmediata destrucción. Pero, con motivo de que (cinco años después del atraco) surjan rastros sobre su paradero, cede protagonismo a un alud de individuos que, de una u otra manera, están interesados en el medio millón de dólares. Entre estos sujetos hay profesionales de la delincuencia, de la investigación privada y de la Policía, y resulta que en cada uno de tales sectores surge el quebrantamiento de la Ley y se desarrolla la corrupción. La novela, espléndidamente construida de cara a destilar una imagen social de mezquindad y degradación, radicaliza su visión negativa del antihéroe y da un tono irremisiblemente crepuscular a personajes que representan las heces de sus arquetipos.

De forma significativa, Burnett escenifica en un viejo cementerio de coches el encuentro entre dos personajes que colaboraron en el atraco y que pretenden, al cabo de un lustro, lanzarse tras el «hombre frío» y el dinero que ha conservado. Son un detective privado, cojo y sexagenario, rompedor de huelgas, y un violento criminal, al que, mediante la venalidad de un policía, se tiene por muerto. Ambos constituyen únicamente una parte de la galería de perdedores exhibida por la novela en su crónica de un fracaso generalizado y extendido a una sociedad en ruina moral. La incipiente oscuridad de la noche que se abate sobre el cementerio de coches y la chatarra en él acumulada equivale al destino final de un crepúsculo de los antihéroes. La eventual épica del pequeño César o del pistolero de *High Sierra* carece de espacio en un mundo cualificado por los propios delincuentes que produce.

JAVIER COMA

Todos los personajes de esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas vivas o muertas será mera coincidencia.

*Querido Bufón:
Se te ha dado un plazo largo. No lo llames
suerte. La suerte puede cambiar.
Cinco años no pueden considerarse suerte.
Y si todo lo has calculado bien
por cinco años, puedes hacerlo
por cinco más. Manténte frío.*

1

Willie Madden había sido perseguido durante largo tiempo. Hubo una época en la que los detalles espectaculares de su delito habían provocado mucha atención por parte de la Prensa nacional, pero ya habían transcurrido cinco años desde aquel enorme griterío, y ahora él se sentía razonablemente seguro.

Durante varias semanas, Willie se había alojado en el «Pearl of the Orient», el más nuevo y más perfecto motel de Tropic Beach, un país de las maravillas de plástico y cromo en el mundo azul y blanco de California del Sur. Tenía una *suite* por 25 dólares al día; barata en opinión de Willie, en comparación con los precios que había pagado en Miami Beach. Podía vivir con menos dinero pero ¿por qué había de hacerlo? Llevar una vida barata nunca había sido su intención. Siempre había deseado lo mejor, incluso cuando era niño, indignando a su laborioso padre y a sus prudentes hermanos. Pero todavía habría de afligirles más: Willie, a sus cuarenta años, había conseguido, con la ayuda de otros seis, robar algo más de un millón de dólares. Este delito había sido el trabajo de la vida para Willie, que ahora podía al fin viajar en primera clase y olvidar los sacrificios, penalidades y humillaciones del pasado. Ahora podía vivir como le correspondía. Entonces, ¿por qué escribir aquellas notas extrañas dirigidas a sí mismo?

En Tropic era conocido como James Shannon, un hombre apuesto, moreno de ojos azules, que vestía trajes a la moda y muy caros, y había sido lo bastante afortunado como para retirarse relativamente joven y vivir su sueño de la buena vida. Era apreciado. Y también envidiado.

Desde sus ventanas podía ver Tropic Harbor, donde estaban amarrados numerosos yates de recreo y barcos de vela, y más allá, por encima de los tejados de las casas de la costa más lejana, una débil línea de vivo verde en la que brillaban puntos de luz como diamantes: el Pacífico.

Era un espléndido y cálido día de verano, y Willie se sentía perezoso. Se cambió de ropa poniéndose unos *shorts* y una cara camisa de punto, italiana, y salió a dar un paseo. Verdadero amante de la soledad, con frecuencia daba largos paseos en solitario. Era una afición que algunos le censuraban. Incluso el famoso cojo Johnny Quait, rey de los hombres solitarios, había censurado este hábito de Willie, incongruencia que éste había considerado, al principio, como divertida. Pero ya no había nada en Johnny Quait que Willie pudiese considerar con regocijo, pues sabía que aquel extraño y cojo hombrón estaba en alguna parte pensando en él, y que sus pensamientos eran asesinos.

Pasada ya la playa del hotel, Willie vio a Waldo, el guardia de salvamento. Un muchacho alto y rubio cuya vida era amargada por las amorosas atenciones de las huéspedes de mediana edad. La timidez de Waldo era casi patológica, y Willie se divertía a menudo observando cómo trataban las jóvenes maduras de conquistar a Waldo. Lo probaban todo, desde espléndidas propinas hasta insistentes y frívolas

demandas de servicio, y Waldo iba de un lado a otro, sofocado, cargado con tumbonas, sombrillas de playa, mesas y toallas, para ser saludado con sonrisas seductoras y miradas maliciosas.

Ahora Waldo le llamó y se acercó, con sus anchos hombros deliberadamente encogidos, pero escrutando la cara de Willie con descaro impropio de él.

—Hola, Mr. Shannon. ¿Bastante calor para usted?

—El suficiente —dijo Willie.

—Apuesto a que no tienen un tiempo así en Chicago, ¿eh?

—¿Chicago? —repitió cautelosamente Willie.

—Mr. Turley dijo que era usted de Chicago.

Willie se encogió de hombros.

—No he vuelto allí desde hace tiempo. Me he retirado. Sigo la ruta del sol.

—Buena cosa —dijo Waldo, asintiendo concienzudamente con la cabeza—. Buena cosa. A mí me gustaría hacerlo, pero no puedo permitírmelo.

Willie creyó observar una expresión de forzada astucia en los ojos azules y redondos de Waldo, como si éste estuviese representando conscientemente algún papel.

—Nunca podrá llegar a hacerlo si trabaja en un oficio como éste —dijo Willie—. A menos de que esté planeando conquistar a una de esas viejas.

Waldo se ruborizó.

—Sería demasiado duro.

—Tal vez —dijo Willie, estudiando a Waldo con la mirada. Había algo en esto que no le gustaba. Sintió una especie de advertencia en las puntas de sus nervios—. Tal vez —repitió—, pero hay maneras más duras.

Una de las mujeres llamó a Waldo, y éste se estremeció al verla: una criatura blanca y corpulenta, con unos ojillos negros y brillantes, y docenas de brazaletes en cada uno de sus gordos brazos, tintineando como posibles grilletes.

—Discúlpeme, Mr. Shannon —dijo Waldo, rebulléndose inquieto—, pero ¿podría verle después del trabajo? ¿Le parecería bien a eso de las seis?

Willie sonrió.

—Si es para un sablazo, la respuesta es no.

—Bueno, es más que eso, señor. Creo que le interesará.

Willie se echó a reír, pero su mente funcionaba como una computadora y una voz interior le mur muraba: *Chantaje. No puede ser otra cosa. Pero ¿qué puede saber ese imbécil?*

—Está bien —dijo—. Esta tarde no voy a ir a parte alguna. Suba a mi habitación a las seis.

—Sí, señor. Gracias, señor —dijo Waldo, demasiado complacido, revelando parte de su oculta malicia, antes de dirigirse a la mujer que reclamaba todavía su atención.

Willie volvió a su habitación y dispuso su ropa de manera que pudiese hacer apresuradamente su equipaje. Entonces bajó a la pequeña población costera e hizo

varias pequeñas compras en diferentes tiendas, convirtiendo en efectivo la mayor parte de sus cheques de viaje. Sólo conservó los necesarios para pagar la cuenta del hotel, y su cartera estaba ahora llena de billetes. Podría cambiar su seudónimo de James Shannon.

Antes había proyectado pasar varias horas con una de las chicas de «Chez Paree», pero esto importaba poco, y podía cancelar o no la cita según como se presentasen las cosas.

Volvió a su habitación y se sentó a escribir:

Querido Bufón:

Bueno, has tenido una larga racha de suerte. A veces sigue un curso cíclico. Lo mismo que la mala suerte. No me preguntes por qué, pero cualquier jugador de dados o de carreras de caballos te dirá lo mismo: Una vez, un cura me pegó por decir esto. El muy bastardo tenía la mano dura.

Arrugó la nota, la tiró en un cenicero, la encendió y observó reflexivamente cómo ardía.

Waldo, vistiendo chándal y ceñidos pantalones de algodón, entró en la *suite* de Willie deslizándose como un cangrejo. Los cabellos rubios parecían blancos en contraste con su cara tostada por el sol. Los ojos azules estaban inyectados en sangre. A Waldo no le probaba el sol. Llevaba algo en un gran sobre plano de color castaño.

—¿Qué es eso? —preguntó Willie.

Waldo se ruborizó y se agitó, vacilando, como sin saber qué hacer. Willie lo observó y cerró rápidamente la puerta. Fuese lo que fuere, quería acabar de una vez. Había demasiadas cosas pendiendo sobre su cabeza.

—Compréndalo, Mr. Shannon —dijo Waldo—, es tan..., bueno, supongo que en realidad es una tontería. Una locura, quiero decir.

Willie le miró fríamente con sus ojos azules, y Waldo pareció encogerse casi hasta la talla de aquél (pesaba casi treinta kilos más que Willie), y después tosió nerviosamente.

—Vamos, Waldo —dijo Willie, en tono apremiante.

Y Waldo obedeció, casi automáticamente. Sacó una espeluznante revista de crímenes del sobre y se la mostró a Willie.

—Está aquí, en la página diez —dijo, tendiéndole la revista.

Willie disimuló su sorpresa; después, tomó la revista y la abrió por la página doblada. Lo primero que vio fue una fotografía suya, de cuando era más joven, mirando fijamente a la cámara. La cara era más delgada que ahora, pero los ojos eran inconfundibles. Sin embargo, no mostró la menor emoción y, al cabo de un momento, miró inexpresivamente a Waldo.

—¿Qué es esto? ¿Una broma? —preguntó.

Waldo pareció confuso.

—Ya le dije que era una tontería, Mr. Shannon.

Willie siguió mirando fríamente a Waldo.

—¿Qué es?

—La foto..., de aquel delincuente, de Madden —balbució Waldo—. Pensé..., bueno, ¿no cree que se parece mucho a usted, Mr. Shannon?

Willie separó la revista de sus ojos y ladeó la cabeza para estudiarla. Al cabo de un momento, dijo:

—Sí, tal vez sí. Pero parece más bajo. La cara es más estrecha. Los cabellos no parecen negros como los míos. Pero..., sí. Hay un parecido.

Waldo recuperó rápidamente la revista.

—Bueno, esto es todo, Mr. Shannon. Sólo pensé que le gustaría verlo...

Se dirigió como un cangrejo hacia la puerta, completamente confuso e intimidado por Willie, quien había confundido e intimidado a hombres mucho más listos que Waldo.

—Me parece, Waldo —dijo Willie—, que se ha tomado mucho trabajo en subir aquí y mostrarme una foto de una revista. Me parece que tiene algo más entre ceja y ceja, por el tono que empleó en la playa.

—¡Oh, no, señor! —se apresuró a decir Waldo.

—Waldo —dijo Willie—, si yo no fuese como soy, hablaría de esto a Mr. Turley. Pero no me gusta causar problemas a la gente; por consiguiente, olvidemos esto. Pero permita que le diga algo, Waldo. Yo viví mucho tiempo en Chicago. Allí hay muchos delincuentes, y yo conocía a varios reporteros especializados en crónicas de crímenes. Lo único que puedo decirle, Waldo, es que ha tenido suerte de que yo no sea aquel hombre. ¿Sabe por qué?

—¿Por qué, señor? —balbució Waldo.

—Porque si lo fuese —dijo Willie— mañana estaría usted muerto.

La cara colorada de Waldo palideció.

—Pero, Mr. Shannon, yo no...

—El chantaje, Waldo —dijo Willie—, es una acción difícil, incluso para los expertos. No vuelva a intentarlo.

Waldo tragó saliva. Willie siguió mirándole.

—Mr. Shannon —dijo Waldo al fin—, espero que no le dirá nada a Mr. Turley. Por favor, aquí tengo un buen empleo. No me hago rico, pero recibo propinas y estoy ahorrando para graduarme...

—¿Para qué? —exclamó Willie, pillado ahora por sorpresa.

—Para graduarme en educación física —explicó Waldo—. Voy a un colegio durante el invierno. Espero llegar a ser entrenador.

—Bueno, entrenador —dijo Willie—, límitese a su empleo y no trate de cazar en terreno vedado.

—¿No diré nada, señor?

—Ya le he dicho que no.

—Gracias. Le dije que era una tontería. Estuve a punto de salir sin decirle una palabra. Mire, hay lista de espera para estos empleos, debido a las propinas. Yo fui uno de los afortunados.

—Bueno, recuerde lo que le he dicho, Waldo, y que siga su suerte —dijo Willie.

Por fin, lanzando un fuerte suspiro de alivio, Waldo desapareció como un cangrejo a través de la puerta, todavía pálido el semblante.

Aunque Willie pareció bastante tranquilo, incluso después de que Waldo hubiese cerrado la puerta y él se hubiese quedado solo, estaba hirviendo por dentro. Procuró calmarse; infundirse sentido común con un monólogo pero, finalmente, sus emociones se desataron, y él empezó a pasearse arriba y abajo por la habitación, acometido por un deseo de violencia, de represalia. Durante largo rato, mientras siguió enfurecido, acarició la idea de enviar una bomba por correo al director de aquella supuesta revista. Había resucitado este asunto..., ¿para qué? ¡Sólo para sacar unas perras a unos pocos miles de imbéciles!

Por fin, logró dominar sus emociones y se sentó para escribirse a sí mismo otra carta.

Querido Bufón:

No pierdas la cabeza. Esto no es nada. Lo has pasado bien durante demasiado tiempo. Te estás aflojando. Esto ha sido un buen recordatorio. No ha pasado nada, no pasará nada, si tú no lo estropeas todo.

Al diablo con el director. Ahora ya está hecho. Si una bomba hubiese podido impedirlo la habría empleado. Pero ¿de qué serviría ahora? Sería una estupidez.

Permanecería aquí otra semana y después se retiraría ordenadamente, y pondría en conserva el nombre de James Shannon. Estaba casi seguro de que Waldo no le causaría más molestias.

2

Y no canceló su cita en el motel.

Adele, del «Chez Paree», era una alta y rolliza moza de tez morena clara, un poco lánguida, pero bonita y sensible cuando por fin se animaba; y Willie pasó una agradable hora y media «haciendo cabriolas», como solía decir.

Era un juego del que nunca se cansaba, pero, cuando lo había terminado, generalmente se interesaba tanto en la chica como en cualquier pieza del mobiliario.

Mientras se vestía, Adele empezó a hablar a Willie de su hija de dos años. Willie ni siquiera la escuchaba. Ella se volvió a mirarle.

—¿Tú no tienes hijos?

—No —dijo Willie.

—Pero estás casado, desde luego.

—¿Por qué «desde luego»?

—Ellos siempre están casados.

—¿Ah, sí?

—Quiero decir que un arreglo así les conviene. Variedad. Los solteros pueden buscar y elegir; tienen tiempo para ello. Los casados, no.

—Muy interesante —dijo Willie, deseando que ella volviese de una vez al «Chez Paree».

—Vera me dijo que eras un tipo raro —dijo reflexivamente Adele.

—¿Quieres decir que estoy chalado? —preguntó Willie.

Adele rió tontamente, haciendo temblar sus pechos desnudos.

—No, claro que no —dijo—. Sólo un hombre solitario. Vera te aprecia. Creo que está un poco celosa de mí. Pero no es por mi culpa.

Willie no hizo comentarios. Adele se puso el vestido, se volvió de espaldas y dijo con coquetería:

—Súbeme la cremallera, encanto.

Willie corrió la cremallera y después tendió un sobre a la mujer. Adele vaciló y, ruborizándose ligeramente, le volvió la espalda para ver si el sobre contenía lo que se le había prometido. Willie no se ofendió. El mundo era duro para las chicas como Adele y Vera y todas las demás. Unos pocos años de prosperidad relativa y después, ¿qué...? ¿Un prostíbulo barato?

De pronto, Adele se volvió, le abrazó y trató de besarle. Willie la eludió.

—¡Oh, es el doble de lo que dijiste! —exclamó Adele.

—Lo vales.

—Apuesto a que Vera no consigue tanto —dijo Adele.

Pero Willie no hizo comentarios; era como cuando daba una propina. Propina grande, buen servicio. Propina normal, servicio normal. Propina pequeña, resentimiento.

Willie tardaría todavía una semana en marcharse, y había resuelto darse antes otro

revolcón con Adele. ¡Elemental!

—Encanto —dijo Adele, desde la puerta—, llámame a la hora que quieras, ¿oyes? Es un placer estar con un caballero como tú.

Willie le hizo un vago ademán y cerró la puerta; después, sintiéndose un poco triste, un poco vacío, un poco deprimido, como siempre después de estos encuentros, tomó una larga ducha, se vistió despacio y emprendió el regreso al «Pearl of the Orient». Le gustaba andar de noche, cuando se sentía a salvo de cualquier ataque. En realidad adoraba la noche y miraba con recelo la luz del día.

Era una noche estrellada. El cielo estaba completamente despejado, a excepción de un largo banco de nubes en el horizonte del mar, y las estrellas titilaban y vibraban, como agitadas por alguna inmensa fuerza universal. Soplaban una fresca brisa salobre desde el puerto, haciendo susurrar las copas de las altas palmeras reales que flanqueaban la calzada.

Tropico había sido un buen lugar. Willie se había sentido feliz en él. Pero era vagabundo por naturaleza y podía irse de cualquier sitio sin añorarlo después. Buena comida, comodidad y buen servicio podían encontrarse en todas partes, y el país estaba lleno de Adeles y de Veras; al cabo de un tiempo era difícil distinguirlas. Lo único que se necesitaba era dinero, y Willie lo tenía en abundancia: casi medio millón de dólares.

De vuelta en la suite del «Pearl of the Orient», encendió el televisor y observó lánguidamente unos cuantos números de «Último Espectáculo», pero, poco a poco, perdió interés en ello y empezó a leer el periódico de la noche, del que sólo había leído la sección de deportes. Pero las miserias del mundo no retuvieron mucho rato su atención, y al cabo de un momento empezó a pensar en la revista que le había mostrado Waldo, con el terrible titular: ROBO DE UN MILLÓN DE DÓLARES.

Parecía que había ocurrido hacía mucho tiempo, y en otro mundo. Leon Bellini, muerto en un tiroteo con la Policía al tratar de escapar; Rick Novak, muerto al caer desde un tercer piso en la misma arrebatina, y Willie guardándoles un dinero que, desde luego, nunca le reclamarían, aunque sus parientes estaban todavía esperando ansiosamente que les enviase las participaciones de Leon y Rick. ¡Podían seguir esperando!

Orely Peters, Joe Wicks y el loco Fallon O'Keefe, todos en la cárcel, con sus participaciones confiscadas y devueltas al «Kenmore Trust», para algún consuelo de los aseguradores.

¿Y Carl Benedict? Había escapado con su parte del dinero, pero la Policía de la ciudad de Willie había afirmado que un cadáver encontrado en el río dos meses después era el suyo. Pero ¿cómo podía estar alguien realmente seguro? ¡La Policía sólo esperaba que fuese Carl Benedict! ¿La parte de Carl en el dinero? Por lo visto, se había perdido.

En cuanto a Johnny Quait, que había ayudado a Willie a proyectar la operación..., bueno, Johnny nunca había esperado una parte, sino que había tomado su tajada del dinero previo y se había contentado con esto. Johnny no había querido aparecer demasiado en el negocio, dándose cuenta de que las repercusiones podían ser graves. *El Cojo* tenía que velar por su reputación y conservar su licencia. ¡El viejo Johnny, el investigador privado!

Según lo que dijeron los periódicos, uno creería que el robo había sido un grande e inigualado éxito, pero, en realidad, toda la operación había sido una chapuza desde el principio. ¿Y el resultado? Dos muertos; tres hombres en la cárcel; un presunto muerto, y tres séptimas partes del dinero recobradas.

La Policía había actuado bien en un caso difícil, pero todavía le escocían los palos que había recibido de la Prensa. El hecho de que Willie Madden hubiese escapado con casi medio millón de dólares, o al menos esto se decía, era una espina clavada en la garganta de todos. ¡Y precisamente Willie Madden! Un hombre sin más antecedentes penales que un período pasado en un campamento correccional a la edad de dieciséis años; un soldado con un honroso historial; un investigador privado del famoso detective John Quait; un ex investigador de la oficina del fiscal del distrito, y, por último, un agente de seguridad de confianza del «Kenmore Trust».

—Ha estado acechando todo el tiempo —había dicho el teniente detective Art Kramer a un reportero—. ¿Se imagina? Ha estado esperando durante todos estos años, la oportunidad de dar un gran golpe. Listo, muy listo. Un pequeño bastardo muy astuto. Incluso después del robo, estuvimos mucho tiempo sin sospechar de él. Desapareció y pensamos que había sido secuestrado y muerto por la banda. Y ni siquiera ahora ha sido delatado. Los tres infelices que fueron a parar a la cárcel no quisieron nombrarle. Se largó por las buenas.

—¡Sorprendente! —había dicho el reportero.

Era muy tarde, casi las dos de la madrugada, pero Willie se sentó para escribirse a sí mismo una carta.

Querido Bufón:

Pongamos las cosas claras. John Quait está todavía vivo y coleando y te mataría por el dinero, si pudiese encontrarte con éste encima en un callejón oscuro, y así no perdería su licencia.

Estoy seguro de que Carl Benedict vive. Y, si conozco a Carl, las mujeres, el juego y la buena vida se han llevado su dinero, y de buena gana te mataría por el tuyo si pudiese encontrarte.

¿Y bien?

No te han encontrado.

Pero ¿y si me encuentran?

Será tú o ellos.

No te engañes, Bufón. Las cosas como éstas hay que hacerlas.

Quemó la carta, y finalmente se fue a la cama y durmió profundamente hasta casi el mediodía.

3

Había llegado el momento de marcharse. Era temprano para el «Pearl of the Orient», las ocho de la mañana, y como a esta hora no había actividad en la playa privada, el propio Waldo subió para ayudar a Willie a bajar su equipaje. Willie le dio diez dólares de propina.

—Cómprase unas cuantas revistas más —le dijo.

Waldo se entusiasmó tanto con el inesperado regalo, que apoyó una manaza en el hombro de Willie. A éste no le gustó, pero consiguió disimular su impulso de apartar aquella mano y sonrió. Willie no apreciaba, ni había apreciado nunca, estas muestras de confianza. Pero quería dejar un Waldo agradecido a sus espaldas.

Mientras Waldo metía las maletas en el portaequipajes del coche, Willie se dirigió a recepción a liquidar la cuenta. El gerente no estaba allí, pero sí su esposa, detrás del mostrador. Llevaba un escotado vestido de verano y se inclinó automáticamente hacia delante, para mostrar a Willie su principal encanto. Willie observó estoicamente la exhibición.

—Siento que se marche, Mr. Shannon —dijo—. Esperábamos que se quedase todo el verano. ¿Su dirección, por si llega alguna correspondencia para usted?

—Tengo reservada habitación en el «Fairmont», de San Francisco —dijo Willie—, pero como sólo estaré allí un día o dos, le enviaré un telegrama cuando sepa dónde residiré durante el mes próximo.

—Hágalo —dijo la esposa del gerente—. Y vuelva, por favor. Es un placer servir a caballeros como usted, Mr. Shannon.

Willie hizo una ligera reverencia.

Después, ella incluso salió para observar, con Waldo, su partida. También Mr. Turley salió de su despacho y saludó con la mano a Willie quien respondió brevemente a su saludo. En aquel momento, James Shannon dejó de existir.

Eran poco más de las diez de la noche de aquel mismo día; Waldo había terminado, por fin, su trabajo y estaba sentado delante de su pequeña cabaña, justo detrás de las casetas de la piscina, dando descanso a sus pies y estirándose perezosamente de vez en cuando. Su pequeña radio, con el volumen bajo para no molestar a ninguno de los huéspedes, emitía una música dulce a su lado. A pesar de todo, la vida era buena, decidió Waldo. Sí, la vida era buena y podía ser mejor. Estaba estableciendo relaciones. Mr. Turley le apreciaba y confiaba en él, y Mr. Turley era un personaje en Tropic Beach.

Probablemente, la vida nunca sería tan buena para él como, por ejemplo, para Mr. Shannon; nada de «Cadillac», ni de suites de veinticinco dólares al día, ni de chicas del «Chez Paree» a cien dólares la hora. Pero..., estas cosas no correspondían a la idea de la buena vida que tenía Waldo. Éste quería un cargo de entrenador de béisbol

o de fútbol, para empezar, y una bonita caravana grande en la que vivir. Quería ser su propio dueño, sin sonrientes y exigentes y terribles mujeres enredándolo todo.

Pero seguía pensando más en Mr. Shannon que en sus planes de lucro, y al poco rato sacó la revista de crímenes y empezó a estudiarla, por centésima vez, bajo las pálidas luces exteriores del hotel.

—¿Estás intentando estropearte los ojos? —preguntó alguien desde la oscuridad, sobresaltando a Waldo.

—¡Jake! Me has asustado.

Jake, ex agente de policía de Los Ángeles, retirado hacía tiempo, era el vigilante nocturno del «Pearl of the Orient». Tenía sesenta y cinco años, era corpulento y tenía poco que hacer. En el hotel no se habían producido nunca robos ni quejas importantes. Sólo en ocasiones tenía Jake que impedir algún pequeño timo, o calmar a un borracho inofensivo. Su empleo era todo lo cómodo que podía esperar un hombre de su edad y condición.

Waldo le consideraba un viejo latoso, y nunca hablaba largamente con él si podía evitarlo.

—¿Lees esa porquería? —le preguntó Jake, señalando la revista.

—De vez en cuando.

—¡Tú, un joven instruido! —dijo Jake—. Deberías guardarte de esto.

—Tratan de crímenes de verdad, con fotos de los delincuentes —dijo Waldo—. Es una especie de servicio público.

—Sí —dijo Jake—. Lo sé. Y han pillado a algunos tipos gracias a las fotos. De todos modos, es una porquería. También hay demasiadas mujeres desnudas, ¿no?

Jake no toleraba las mujeres desnudas. Siempre las estaba denunciando.

—¿Qué tienen de malo las mujeres desnudas? —le pinchó Waldo—. No son más que mujeres corrientes que se han quitado la ropa.

—Las mujeres no *deberían* quitarse la ropa —gritó acaloradamente Jake—. Mi madre nunca permitió que mi padre la viese desnuda. No, señor. Era una mujer decente.

Waldo desistió. Era demasiado fácil.

—¿Quieres ver una foto, Jake? —preguntó.

—¿De una mujer desnuda? —gritó Jake—. ¡Nunca en la vida!

Y pareció a punto de retirarse, como para eludir la tentación.

—No —dijo Waldo—. Eres demasiado viejo para eso.

Jake tembló de rabia, pero no hizo comentarios.

—Sólo quiero que veas a un delincuente —dijo Waldo—. Entremos.

Jake, mirando recelosamente a su alrededor, siguió a Waldo y entró en la pequeña cabaña, donde éste le mostró la fotografía de Willie Madden.

Jake la miró fijamente durante un momento, se quitó las gafas, volvió a ponérselas, y estudió la imagen durante largo rato.

—¿Le has visto alguna vez? —preguntó Waldo.

Jake se volvió y miró curiosamente a Waldo.

—¿Cuál es tu juego, joven? Claro que no le he visto nunca. Es un criminal del Este y, en todo caso, soy lo bastante viejo como para ser su padre. Me retiré antes de que...

Se interrumpió para echar otro vistazo a la foto.

—¿Qué, Jake?

—Bueno, lo cierto es que he visto a alguien que se le parece.

—¿Quién, Jake?

—Bueno, no sé cómo se llama. Aquel pequeño dandy que conduce un «Cadillac».

—¿Mr. Shannon?

—Sí, Mr. Shannon. Es su viva imagen.

—¿Crees que puede ser el mismo hombre? —preguntó Waldo, medio en serio, medio en broma.

—¿Estás loco? —exclamó Jake—. ¿Qué estaría haciendo en un lugar como Tropic Beach, y en un hotel como el «Pearl of the Orient», conduciendo un «Cadillac» y vistiendo con tanta elegancia? Es un caballero distinguido, ¿no? Y ha estado dos o tres meses aquí, ¿verdad?

—Bueno —dijo Waldo—, aquí dice que Willie Madden se hizo con quinientos mil dólares. Podría permitirse estos lujos.

El viejo Jake se sentó en una silla y reflexionó.

—¿Sabes que tal vez te has apuntado un tanto? Sí, señor. Y la recompensa es grande.

—Sí —dijo Waldo, empezando a brillarle los ojos—. Sí, es verdad. Así lo dice la revista. Dice que telefonee o telegrafe a cobro revertido.

—Espera, espera —dijo Jake—. Pensemos un poco. Si fuese él y nosotros contribuyésemos a su detención, no quisiera que tuviésemos que repartir la recompensa hasta que quedase poco o nada para todos. Te diré una cosa. Dame esa revista. Llamaré a Earl Jordan, y tal vez encontrará un momento para pasar por aquí.

—¿Quién es? —preguntó Waldo, que empezaba a sentirse perplejo.

Lo que había empezado como poco más que una broma, se estaba volviendo rápidamente serio.

—Es un joven detective de Tropic Beach, un amigo de mi hijo. Muy listo. Él nos aconsejará. Y tiene contactos. Sabrá lo que hay que hacer.

—¿No crees que tal vez nos estamos engañando nosotros mismos? —preguntó Waldo, empezando a desinflarse.

—Tal vez sí —dijo el viejo Jake—. Tal vez sí. Pero nada se pierde con probar. El dinero es el dinero, y a mí no me vendría mal y a ti tampoco.

—Tienes razón —dijo Waldo. Después, recordando los ojos azules y fríos de Mr. Shannon y lo que éste había dicho acerca de los criminales de Chicago, prosiguió apresuradamente—: Toma la revista, Jake. Cuida tú de esto. Lo dejo en tus manos.

—Muy bien, muy bien —dijo el viejo Jake.

Aquella noche, Waldo tuvo pesadillas. Algo, una terrible figura negra, le perseguía a través de un paisaje devastado. Se despertó sudoroso y jadeando, agarrando con fuerza la almohada. El sol estaba brillando.

Permaneció nervioso y preocupado hasta que el viejo Jake volvió a su servicio.

—¡Qué! —gritó Waldo.

—Le interesa. Le interesa mucho —dijo orgullosamente Jake—. Las ruedas se han puesto en movimiento. Nuestro amigo, Mr. Shannon, será seguido a todas partes.

Desde luego, ni Jake, ni Waldo, ni el joven sargento detective Earl Jordan, tenían la menor idea de lo difícil que sería «seguir» a un fantasma.

—Telefoneó a la ciudad donde se había cometido el robo, y habló con el jefe de los detectives —dijo Jake—. Estuvo una hora al teléfono. El FBI interviene también en el caso, será una caza del hombre con todas las de la ley.

Waldo se estremeció ligeramente. Con dinero o sin dinero, ¿por qué no había mantenido cerrada la boca? Si Mr. Shannon era realmente Willie Madden, sabría quién había armado el follón y podría volver... Pero Waldo borró en seguida de su mente esta posibilidad.

La gran ciudad, junto al caudaloso río Midwestern, se estaba sofocando en una ola de calor. Toda la urbe olía como un desván cerrado, la gente se desmayaba en las calles, y las sirenas de las ambulancias rasgaban el aire del centro de la ciudad.

Johnny Quait, sudando como un toro y preocupado contemplaba, sentado, su estropeada mesa. Entre el correo de la mañana había encontrado un ejemplar de una revista sensacionalista, enviada por un remitente anónimo en un sobre corriente, y esto no le gustó. No le gustó en absoluto. Que él supiese, nadie estaba enterado de su relación con el robo de «Kenmore Trust», salvo los componentes del equipo de Madden. Dos de ellos estaban muertos y tres en la cárcel. Otro había sido dado por muerto o desaparecido. Sólo quedaba Willie. Pero no podía ser Willie, y esto significaba que Carl Benedict no había desaparecido ni estaba muerto. También significaba chantaje.

Johnny sacó de un cajón su pistola del 38 de cañón corto, y la descargó concienzudamente; después comprobó cuidadosamente el mecanismo, engrasó el arma y volvió a cargarla. Johnny no pensaba pagar a un chantajista y, si liquidaba a Carl Benedict, sería considerado un servicio público. Carl era un rufián vocinglero y los polis le odiaban.

Johnny era un viejo corpulento y nudoso, de espesos cabellos rizados de color gris acero, y una cara maciza que parecía una máscara de goma. Tenía ojos pequeños y castaños, y tan agudos que no necesitaban gafas. Dos casos le habían hecho famoso: había perseguido y capturado a Benson, el asesino del baúl, para el Morning Times, poniendo en ridículo a la Policía, y había desarticulado la red de traficantes de droga más importante del Estado, manipulando hábilmente a los delatores. Incluso ahora, a su avanzada edad, estaba en la nómina de varias grandes empresas industriales y era un experto rompedor de huelgas.

Nadie sabía el dinero que tenía. A juzgar por la manera en que vivía, se le habría podido considerar al borde de la bancarrota. Sus trajes parecían raídos; su despacho estaba en un viejo edificio ruinoso, y no tenía siquiera aire acondicionado; conducía un coche barato de cinco años, y comía en restaurantes baratos y en figones. Nunca soltaba un centavo que no le fuese arrancado por la fuerza. Pero en el mundo del hampa, donde era odiado y temido, se decía que tenía dinero en todos los Bancos de la ciudad, y que había estado defraudando al Gobierno, en los impuestos, desde hacía veinte años.

Johnny era un personaje bien conocido en ciertos sectores de la población. Un viejo alto, de hombros encorvados y extraño aspecto, que arrastraba ligeramente la pierna derecha y caminaba apoyándose en un bastón. El bastón era para él más que un apoyo; a veces era un arma mortal. Grueso y pesado, y manejado con la todavía enorme fuerza de Johnny, podía romper el cráneo más duro. Cuando alguien discutía con Johnny, se mantenía a distancia, temeroso de que subiese y bajase el famoso

bastón.

Había habido muchos intentos de matarle, y el que le había fracturado la pierna (un accidente provocado y seguido de la fuga del responsable), había estado a punto de tener éxito. Pero el duro viejo parecía tener siete vidas como los gatos, debido en parte, según solía declarar, a su «eterna vigilancia».

—Sí, señor —decía el viejo Johnny—; eterna vigilancia, el precio de la seguridad, el precio de la libertad. Todos los imbéciles que están en la cárcel se durmieron. Y por esto les pillaron. Es una tela muy dura para cortarla, y la mayoría de los hombres son incapaces de hacerlo. El mundo —siempre añadía el viejo Johnny— está lleno de imbéciles.

La verdad era que el famoso John Q. Quait miraba de arriba abajo a todo el mundo. En toda su larga vida, sólo había conocido a un hombre que mereciese su total respeto, aunque prestado a regañadientes: Willie Madden. Y este respeto estaba justificado. A pesar del hecho de que el magnífico plan de Willie para el robo del «Kenmore Trust» había sido estropeado por sus tontos asociados, incapaces de tener la boca cerrada y de «cortar la tela dura», Willie había conseguido poner pies en polvorosa con tres partes de las siete del botín, por una suma de al menos medio millón de buenos y negociables dólares.

Willie no estaba mal: un hombre callado, duro, hábil y peligroso.

En cuanto al resto de aquel triste equipo..., ¡bueno! El viejo Johnny los tachó uno a uno.

Leon Bellini, un ladronzuelo de poca monta, un fulano demasiado preocupado, como la mayoría de los italianos, por su familia. Ahora muerto.

Rick Novak, ex estibador, un bruto de los muelles, corpulento y pendenciero. Un cabezota que creía que era inteligente liarse a tiros con la Policía. Muerto.

Orley Peters, ex traficante en coches usados y ahora en mercancías provechosas: Coches, accesorios, vestidos, joyas..., cualquier cosa. Muy duro entre los suyos. Muy blando delante de un Willie. En chirona.

Joe Wicks, ex agente de Policía, despedido del cuerpo por violencia y rudeza indebidas con los presos. Un inútil que pegaba a las mujeres y tenía que comparecer a menudo ante los tribunales por faltas estúpidas, como perturbar la paz o blasfemar en lugares públicos, etc. Un perdedor nato. En chirona. Fallon O'Keefe, un corpulento irlandés pelirrojo capaz de luchar con una sierra circular y darle ventaja. Pero demasiado aficionado al whisky. Ex luchador del club, taxista y conductor de camión. Durante un tiempo, matón al servicio de algunos políticos. En chirona.

¡Vaya una pandilla! Y sin embargo, por alguna razón era la mejor, dadas las circunstancias, que el viejo Johnny y Willie habían podido reunir. No había querido, o necesitado realmente profesionales de categoría, que habrían insistido en tener voz y voto y tratado de dirigir la función y hecho peticiones imposibles de dinero. Willie, el «no delincuente», era el único profesional que necesitaba, o al menos así lo creía.

Bien. Esto era agua pasada. El viejo Johnny había obtenido casi veinte mil

dólares, extrayéndolos en pequeñas cantidades del dinero previo a la operación, con la connivencia tácita de Willie (un buen operario se merece una buena paga, había dicho siempre Willie) y, después de cinco años, el viejo se había considerado más o menos al margen de todo el asunto.

Y ahora venía esta revista y todo volvía a salir a la luz. Johnny se levantó, suspiró, se quitó la chaqueta, se puso una sobaquera, e introdujo cuidadosamente en ella la pequeña pistola del 38. Si era de nuevo la guerra, él no lo impediría. Como siempre, el viejo Johnny pretendía pasar por ella y sobrevivir.

Sonó el teléfono. Mrs. Peet, secretaria del viejo Johnny desde hacía veinte años, se puso al aparato. Él la oyó protestar y abrió la puerta.

—No quiere dar su nombre —explicó ella—. ¿Qué quiere decir? —dijo por teléfono—. No acabo de... ¡Oh! —Se volvió de nuevo al viejo Johnny, con expresión perpleja—. Dice que le diga que es el «director».

Con un gruñido de cólera, Johnny arrancó el teléfono de la mano de Mrs. Peet.

—¿Qué quieres, canalla?

—Decirte unas palabras —dijo una voz confusa y grave que Johnny recordó demasiado bien—. No es lo que te imaginas. Podría hacerte un gran favor.

—¡Oh, claro! —dijo sarcásticamente el viejo Johnny.

—Espera —dijo rápidamente la voz—. Tengo una pista de Willie, y Willie tiene medio millón de dólares. ¿Podríamos hablar?

Carl Benedict, ¡siempre a salto de mata! Probablemente, había gastado ya su parte y quería ahora la de Willie. Sin embargo medio millón de dólares era mucho dinero y, por un instante, hizo que la mano del viejo Johnny temblase sobre el teléfono.

—Está bien —dijo—, hablaremos. ¿Conoces las antiguas cocheras?

—Sí.

—Ve allí. Yo llegaré entre las ocho y las diez de esta noche.

—Pero esto es un lapso de dos horas —protestó Carl.

Johnny colgó y se volvió a Mrs. Peet.

—Márchate a casa, Bertha. Cuida de tus nietos. Voy a cerrar la tienda por hoy, aunque puede que me quede un rato.

Mrs. Peet se echó a reír. Para ella, el viejo Johnny no era un monstruo; sólo un vejete casi veinte años mayor que ella, malhumorado y difícil de aguantar, pero que le pagaba bastante bien y le exigía poco. En realidad, poco había ya que hacer en el despacho.

—Ponte tu ridículo sombrero y vete —dijo Johnny—. Pienso mejor cuando estoy solo.

—¿Ha tomado su medicamento? —preguntó Mrs. Peet.

—No, no he tomado mi maldito medicamento —gritó el viejo Johnny.

—Pues tómelo —dijo, imperturbable, Mrs. Peet.

El viejo Johnny volvió a su despacho privado y cerró la puerta de golpe, en son de protesta..., pero tomó el medicamento.

Después, Johnny se sentó a su mesa y reflexionó. Si conocía a Carl Benedict, había citado a aquel loco en el sitio adecuado. Las cocheras ya no eran utilizadas y todo el sector estaba desierto durante la noche. Podía hacer una de tres cosas: informar a la Policía, matar a Benedict, o parlamentar con él y tratar de sonsacarle. Sin embargo, todo aquello podía no ser más que un truco para sacarle dinero a Johnny. Carl estaba evidentemente sin blanca, o no le habría telefoneado.

Fuera, reinaba un calor sofocante en la gran ciudad. El sol marchaba hacia el ocaso, y salpicaba el agua turbia del caudaloso río con lentejuelas rojas y doradas. Una brisa tibia empezó a agitar las cortinas del viejo y a levantar los papeles de su mesa, pero Johnny siguió sentado, sumido en sus reflexiones y sopesando todas las posibilidades y consecuencias de los tres cursos de acción.

Las altas puertas de la antigua cochera estaban abiertas a los elementos y, en el interior, en una triste hilera, estaban las estructuras de los tranvías abandonados. Habían sido desmontados para obtener chatarra, incluidas las ruedas, y poco quedaba de ellos, salvo el esqueleto y los viejos y gastados asientos de madera.

El viejo Johnny, llevando zapatos con suela de goma y una contera de goma en su bastón, entró sin ruido por la puerta de atrás, un poco antes de las ocho menos cuarto. La última luz del crepúsculo de verano iluminaba aún las viejas casas de ladrillos del barrio, pero las farolas estaban ya encendidas y proyectaban un débil resplandor azulado al interior de la cochera, la cual, por lo demás, estaba en tinieblas.

Johnny sintió, a su pesar, una punzante impresión de soledad y de melancolía, al deslizarse en silencio entre los vehículos y situarse de manera que pudiese vigilar las dos entradas. El asiento de madera en el que se reclinó le trajo un intenso recuerdo del pasado que, a pesar de querer hacerlo, no pudo el viejo Johnny apartar de su mente. Noches de verano. Los tranvías pasando por delante de su casa. 1914. La Primera Guerra Mundial, Dios mío, ¿hacía tanto tiempo? El joven Johnny, de dieciocho años, con su sombrero de paja, saltando sobre la valla y corriendo detrás de un tranvía que no había hecho su parada acostumbrada en la esquina. Después..., el joven Johnny de pie en la plataforma de atrás, y charlando con el cobrador y mirando a las chicas que andaban por la acera, durante el lentísimo viaje hacia la parte céntrica de la ciudad. El conductor, haciendo sonar la campanilla y maldiciendo el tráfico. ¿El tráfico? ¿Qué tráfico? Unos pocos altos y destartados «Ford», y unos pocos carruajes y tal vez algún muchacho en bicicleta; o quizás un carro de cerveza Herrstein, tirado por grandes y poderosos caballos grises.

Más tarde, un grueso y feo uniforme pardo y un fusil. ¿Francia? Lluvia, lluvia, lluvia; barro, barro, barro. Cherburgo, el lugar más horrible que uno pudiese imaginar. Después, vuelta al tranvía y al sombrero de paja y al mismo mundo viejo. Sólo que ya no era el mismo mundo viejo, ni siquiera el mismo mundo. Y su padre había muerto. Y no había trabajo.

Pero el joven Johnny salió adelante. Prosperó en aquel mundo cambiado, por una razón muy sencilla: Johnny estaba mejor pertrechado para el mundo cambiado que para el antiguo, tranquilo e inocente. Johnny era muchas cosas pero no tranquilo ni inocente. Estaba impulsado por una forma simple de codicia: ganar dinero. Ganarlo de prisa y sin importarle cómo. Algunos de sus compañeros de armas hacían cola para comprar pan y se sentaban en las tabernas y salones de billar, quejándose de la situación y compadeciéndose. (¿Cómo puede hacernos esto? Somos soldados que vuelven a la patria, ¿no? ¿Héroes?).

Johnny había trabajado para un tipo listo llamado Al Davis. Era éste un investigador privado turbio pero con licencia, especializado en obtener pruebas para pleitos de divorcio. En ocasiones al conseguir más pruebas de las que habían

esperado, ejercía cuidadosamente un poco de chantaje razonable. Al le enseñó a Johnny a no despojar completamente a un primo. No había que ponerle entre la espada y la pared. No había que desesperarle. Sólo sangrarle lentamente y con el menor dolor posible. Y Johnny, ex ayudante (corpulento y duro) del capitán preboste, sargento de la Policía Militar, aprendió de prisa y, en poco tiempo, dejó muy atrás a su limitado maestro.

Éste solía lamentarse, diciendo: «Tomé a ese chicarrón y le enseñé a ser un caballero. Ahora es mi competidor más encarnizado».

Diez años más tarde, Al Davis, que a sus casi sesenta años, se había quedado sin blanca, acudió a Johnny en busca de ayuda. Johnny le ofreció un empleo, consistente en la limpieza de su despacho. Al se marchó más triste y sabiendo más que cuando había llegado, y acabó en el hogar de los Knights of Pythias, para ancianos e indigentes. El principal tema de conversación de Al era John Q. Quait, ahora un personaje nacional. Feliz en el asilo, Al había perdido toda animosidad contra Johnny. En realidad, se jactaba de que Johnny había sido su mejor discípulo. «Yo hice a aquel muchacho —decía a quien quisiera escucharle—. Yo le enseñé todo lo que sabe».

El viejo Johnny se esforzó ahora en volver del pasado. ¡Era esta maldita y fea y vieja cochera, con sus esqueletos de antaño!

Era el gastado asiento de madera que le recordaba sus viajes al «Luna Park», para subir a las montañas rusas con las chicas chillando, y el agua salpicando las fuertes luces con una espuma de plata.

Miró su reloj, cuya esfera azulada resplandecía débilmente en la oscuridad. Las ocho y tres minutos. Carl no tardaría en llegar. Johnny había aprendido de Al Davis, el valor de un lapso de dos horas. Ponía al adversario nervioso. Si éste llegaba demasiado temprano, tal vez tendría que esperar dos horas; si llegaba demasiado tarde, podía no encontrarse con uno. Era un procedimiento muy eficaz con hombres que deseaban ardientemente algo y estaban dispuestos a hacer tratos. Hacía que estuviesen en ascuas y revisasen su apuesta. Les ponía a la defensiva.

Y entonces el viejo Johnny, de aguda mirada, vio a Carl. Había entrado por la puerta de delante, con las farolas de la calle, naturalmente, a su espalda, ¡el muy imbécil! Un blanco magnífico, si Johnny hubiese pretendido matarle. ¿Y por qué no había considerado esto Carl? Sin duda porque no se trataba, a fin de cuentas, de un chantaje. Pero ¿cómo había tenido el atrevimiento de presumir que Johnny lo creería así? Sacudió la cabeza, ante tanta inepticia. No era extraño que las cárceles estuviesen llenas de esta clase de hombres. No estaban alerta.

Carl se detuvo cuando hubo entrado, y se quedó de pie, de espaldas a la pared de delante, esperando. ¿Había pensado en atrapar al viejo Johnny al entrar éste? ¡Oh, Dios mío! Johnny rió para sus adentros. Pero no..., Carl no tenía esta intención, porque encendió inmediatamente un cigarrillo y la cerilla brilló de modo sorprendente en la oscuridad.

—Carl —le llamó Johnny.

Y vio que aquel hombre tan duro daba un salto.

—¿Dónde diablos estás, viejo lagarto? —gritó Carl, irritado por haber sido pillado por sorpresa y haberse sobresaltado.

—Camina recto por delante de la hilera que tienes ante ti, hasta el tercer tranvía..., y hazlo despacio. Te estoy apuntando con una pistola, Carl.

—¡Oh, por el amor de Dios! —dijo disgustado Carl—. Ya te dije que no trataba de apretarte las clavijas.

—¿Y supones que yo he de aceptar tu palabra? —Johnny rió entre dientes—. No muevas para nada las manos. Puedo verte muy bien. Tienes la luz a tu espalda.

Carl tiró su cigarrillo, disgustado, y levantó las manos sobre su cabeza.

—¿Te parece bien así, chico? —gritó.

—Bien. Ahora sigue avanzando. Así. Ahora párate. Allí mismo. ¿Puedes verme?

—Puedo ver una especie de silueta de elefante. Pero sé que eres tú, amigo. Sé que eres tú.

—Bien. Ahora habla. No dispongo de toda la noche.

Carl bajó despacio y cautelosamente los brazos antes de hablar.

—Tengo un amigo en la Comisaría del Distrito Séptimo.

—Conque le habrás hecho algunas confidencias, ¿eh?

—¿Qué te importa esto, viejo bastardo? —gritó acaloradamente Carl.

—No ha sido más que una observación.

—Está bien. Le di algún chivatazo. No sobre amigos o colaboradores míos. ¡Esto habría sido un crimen! Pero sobre cosas que oía. Una vez consiguió un gran triunfo y le ascendieron. También le di una pequeña tajada de mi parte en lo de Kenmore. A cambio, él me ha estado protegiendo. Se presume que estoy muerto, ¿sabes?

—Lo sé —dijo Johnny—. Pero aquí estás, tan estúpido e intrigante como siempre. Carl habló ahora con súbito calor.

—He roto el cuello a más de uno por menos que esto, amigo.

—Sé que lo has hecho —dijo Johnny—. ¡Estúpido! Por esto te estoy apuntando a la barriga con mi pistola Carl.

—Está bien —dijo Carl, cambiando de tono—. ¿Quieres escucharme? El caso es que el poli y yo tenemos convenido un sistema de señales. Me indicó que quería verme. Nos encontramos. La cosa está que arde, viejo. Willie se alojaba en un magnífico hotel de un lugar llamado Tropic Beach, en California del Sur, bajo el nombre de James Shannon. Se marchó justo a tiempo. Fue por aquella revista de sucesos que te di. Un muchacho del hotel vio la foto de Willie en ella. Y así vuelve a estar la cosa al rojo vivo, con el FBI y todo lo demás. Pero, si conozco a Willie, se disfrazará, cambiará de nombre y seguirá rondando por ahí como si nada hubiese ocurrido. Y si conozco a Willie, permanecerá en California. Quiero decir que no dará saltos largos. Ellos estarán buscando a James Shannon. ¿Ves lo que quiero decir?

—Lo veo —dijo Johnny.

—Bueno, si yo estuviese buscando, no buscaría a James Shannon ni a un hombre

de cabellos negros —dijo Carl.

—Hum —dijo Johnny.

—¿Qué quieres decir con ese «hum»? ¿No estás entusiasmado, viejo?

—Me sorprende que hables con sensatez —dijo Johnny.

—Mira lo que pienso. Si veo a Willie, le conoceré, a pesar de su disfraz. Cosa que no harán ellos.

—¿Vas a chivarte?

—¿Con medio millón en danza? ¿Bromeas? Me imagino que querrás participar en la acción.

—Quieres decir, que tú quieres que yo te financie.

—Exacto.

—Ganaste casi ciento cincuenta mil dólares. ¿Qué hiciste con ellos?

—Los gasté. ¿Qué más?

—Entonces concebiste esta loca idea sólo para sacarme dinero. Si te lo diese, te quedarías tan contento. Después, muy pronto, vendrías a por más.

—Olvidas una cosa, amigo. Estoy muerto, ¿no te acuerdas? Dejaron de buscarme. Ahora tú sabes que estoy vivo. Puedes entregarme. Hay una buena recompensa.

El viejo Johnny guardó silencio, pero la codicia estaba hurgando en él como un dolor de muelas. ¡Medio millón! Una fortuna, incluso en estos días; más dinero del que la mayoría de los hombres llegan a ver en la vida..., ¡en tres vidas!

—¿Dónde te imaginas que guarda el dinero? —preguntó el viejo Johnny, más para conversar que por otra cosa—. No lo llevará encima, esto es seguro.

—En Bancos. Apostaría a que en cajas de seguridad.

—Claro. Entonces, ¿cómo lo conseguirías, aunque lo encontrases?

—Está bien. Voy a ser franco contigo. El poli de quien te hablé va a tomarse un tiempo de permiso. Si tenemos alguien que nos financie, me ayudará a buscarlo, y es un tipo muy listo.

Johnny sintió que aumentaba su interés. Ahora, las cosas empezaban a parecer vagamente verosímiles.

—Te diré una cosa, Carl —dijo—. Tendré que hablar con él. Tendremos que reunirnos los tres, tal vez aquí, o tal vez en algún otro lugar donde pueda verle la cara.

—¿Bromeas? —exclamó Carl—. Tú le conoces.

—Si tú lo dices. Pero, o hablo con él, estando tú siempre presente, o no consideraré siquiera tu propuesta.

Un largo silencio.

—Es un hombre muy cauteloso —dijo Carl—. No sé si...

—Entonces, olvídalo.

—Se lo diré.

—Bien —dijo Johnny.

—Quisiera decirte su nombre, pero no puedo.

—Su nombre, viniendo de ti, no me serviría de nada. Tengo que verle, hablar con él, oír sus ideas. ¿Está pensando en entregar a Willie?

—¿Estás loco viejo? Lo único que queremos es el botín. Willie nos importa un bledo.

Johnny dejó escapar un largo suspiro. ¡Medio millón de dólares! No quería perder todas las esperanzas.

—Está bien. Habla con él. Si la cosa se hace como yo quiero, telefonéame a mi despacho. Tú eres el «director». En caso contrario, no quiero saber más de ti.

—¡Maldito viejo! —gritó Carl—. Me he puesto en tus manos, ¿no?, tratando de montar esto.

—Cierto.

—Entonces, de acuerdo. ¡Pero recuerda lo que te he dicho!

—¿Me estás amenazando, Carl?

—Estoy diciendo que esto es lo que pienso del asunto.

—Entonces, adelante —dijo Johnny.

Carl se marchó al fin, gruñendo para sus adentros.

Al llegar a la puerta, rascó una cerilla contra la pared y encendió un cigarrillo. El viejo Johnny se sentó y sacudió la cabeza con disgusto e incredulidad. Un verdadero estúpido, ese Carl.

Johnny se trasladó a otro tranvía, más próximo a la puerta de atrás, y se sentó. Nunca se podía saber lo que haría un hombre duro que se sintiese frustrado, aunque sólo fuese temporalmente.

Fuera, era noche cerrada, con las farolas del desierto barrio de almacenes resplandeciendo pálidas y solitarias. Johnny volvió a recordar el pasado al apoyar las gordas posaderas en el gastado asiento de madera. Las fiestas en los jardines volvieron súbitamente a su memoria. Las había visto al pasar por la calle, en la plataforma trasera del tranvía. Muchachas de largos vestidos blancos y largos cabellos; hileras de farolillos japoneses de papel; risas divertidas, y tal vez los acordes de una mandolina... y el olor agridulce de la hierba pisoteada.

Una visión tranquila y feliz de un tiempo remoto, muerto como la antigua Roma.

El día siguiente, en la misma ciudad, el sargento detective Jim Glinka hizo una visita de rutina a Mrs. Madden. Mrs. Cornelia Fatts fue a abrir la puerta y se le quedó mirando con ojos irritados.

—¿Sí? —dijo.

—Deseo ver a Mrs. Madden.

Ella se encogió de hombros, todavía con irritación, y se volvió para gritar:

—Hay un joven que quiere verla, Mrs. Madden.

Le respondió otra voz, una voz firme que no estaba para tonterías.

—¿Un joven? ¿Es un policía o un reportero?

—No lo ha dicho.

Jim Glinka no aprovechó esta oportunidad para identificarse. Vio cómo venía Mrs. Madden por el pasillo, y le sorprendió inmediatamente lo mucho que Willie se parecía a ella.

—Bueno, pase —dijo Mrs. Madden—. Espero que no haya estado incordiando a Bernie y a Leo. ¿De qué se trata ahora?

Mrs. Fatts volvió a su trabajo, murmurando para sí: *Un hijo ladrón. ¡Qué lástima! ¡Y con lo buena que es la vieja!*

Hacía más de cinco años que Mrs. Madden vivía en el primer piso, habitación delantera, de la casa de huéspedes de Mrs. Fatts, en Tecumseh Slope. Desde sus ventanas podía ver el río y su desfile de embarcaciones. Los autobuses blancos y verdes de la ciudad pasaban a intervalos regulares, y había un constante ir y venir de camiones hacia o desde los muelles. Era un ambiente atareado, ruidoso y a menudo sucio, pero a Mrs. Madden le gustaba. Era lo único excitante que conocía en su vida. «Pronto tendré toda la quietud que necesite», solía decir a sus hijos protestones, que consideraban que aquel barrio no era digno de que su madre viviese en él.

Siendo la clase de hombres que eran, pensaba que el que pagaba al gaitero tenía derecho a escoger la tonada. Pero su madre aceptaba su ayuda como algo natural y no se creía obligada a escuchar sus quejas. Ella había trabajado como una esclava para ellos cuando eran pequeños; era justo que ellos trabajasen ahora como negros para ella. Y no es que Bernie y Leo trabajasen como negros; eran demasiado listos para eso, y se las ingeniaban para que otros hiciesen el trabajo.

A veces, Mrs. Madden no estaba segura de aprobar su conducta; los dos eran tacaños y estaban orgullosos de sus negocios. No eran como el padre, que había trabajado toda su vida en los muelles, gastando todo el dinero que ganaba, y riéndose de la pobreza; un hombre bonachón, que no había tenido suerte, y había muerto joven dejando a su esposa sola, en los muelles donde había pasado él su corta vida.

En cuanto a Willie... Willie era un niño cambiado por otro. Había nacido de un huevo de cuco metido clandestinamente en un nido de petirrojo. O al menos, éste era el concepto que tenía Mrs. Madden del infame hijo. Pero algunos, como el sargento

Jim Glinka, veían más que un débil parecido entre Willie y su madre. Los mismos ojos azules, los mismos cabellos negros, la misma esbeltez inmutable... y, sobre todo, el mismo espíritu acerado.

Ahora volvió Mrs. Madden a lo que estaba haciendo, que era limpiar la jaula de su canario. Dijo a Glinka:

—Me parece que no lo conozco.

—No, señora —dijo Glinka, mostrándole su placa—, nunca habíamos hablado.

—¿Qué quiere? ¿De qué se trata ahora? ¿Han encontrado a Willie?

—¿Cree que hubiesen debido encontrarle?

Ella se volvió de espaldas a la jaula y miró fijamente a Glinka.

—Sería lo más lógico. Con la mitad de la Policía del país buscándole.

—¿Ha tenido, por casualidad, noticias de él?

—Por favor, joven —dijo Mrs. Madden—. Hace años que me vienen con la misma canción. No. No he sabido nada de él. Pero, si supiera algo, tampoco se lo diría. Entonces, ¿por qué pierde su tiempo y me hace perder el mío?

Glinka sonrió por dentro. Admiraba a la vieja y, si su hijo se parecía a ella, podía comprender la influencia que había ejercido Willie sobre prácticamente todos los que le habían conocido.

—Bueno, tengo que hacer mi trabajo, señora —dijo—. Ya sabe. La vieja rutina.

Miró a su alrededor; la espaciosa estancia, con la gran cama convertida en sofá y adornada con lindos y grandes almohadones. Todo muy pulcro y perfectamente ordenado. Sin una mota de polvo; todo en su sitio.

—Si me permite decirlo, joven —dijo Mrs. Madden—, con su trabajo y su rutina y todo lo demás creo que entre todos habrían podido pillar a un hombre solitario.

—Así parece —dijo Glinka—, pero su hijo es un hombre frío y muy astuto.

—Nunca me lo había parecido.

—¡Ah! ¿Y qué le había parecido?

—Un muchacho tranquilo y trabajador. Yendo siempre a lo suyo. Nunca trató de darme consejos. Prácticamente, mantuvo a la familia hasta que Leo y Bernie prosperaron, si puede llamarse prosperar a esto. Al menos, hasta que se ganaron la vida. Willie era mi hijo mayor.

—Tengo entendido que vivía en su casa.

—Es verdad. Durante años. Tanto Leo como Bernie se casaron a los veinte años. Cuando tuvieron veinticinco, sus armarios estaban llenos de pañales, y ellos cargados de deudas hasta el cuello. Entonces, Willie no les ayudó. Pero me ayudó a mí. Primero, yo viví con Bernie; después, con Leo. Yo era como una niñera. No podía tener una vida propia. Pero, compréndalo, yo me lo había buscado. Trataba de ayudar. Pero Willie dijo basta. Hizo que alquilase una habitación para mí sola, lejos de la familia. Y tenía razón, me estaba matando por los nietos, como me había matado por los hijos. Ahora estoy más sana que una manzana y disfruto de la vida, gracias a Willie.

Glinka se sorprendió un poco al ver que la vieja y respetable Mrs. Madden se mostraba muy parcial con Willie.

—Pero ¿no se casó también Willie muy joven?

Mrs. Madden se encogió de hombros.

—Con aquella tonta. Solía quedarse de pie delante de la puerta, esperando que él volviese a casa. Yo la echaba a menudo de allí. Willie tenía solamente diecinueve años. Ella tenía más de veinte. Sin pizca de dignidad. Iba tras él. Entonces fue su padre quien fue tras él. Si he de serle franca, Willie tuvo que casarse con ella. Sé que eso no está bien; pero cuando un chico tiene sólo diecinueve años y le persigue una moza de veintitrés...

—Comprendo —dijo Glinka.

—Oh, no es que le defienda, sólo le explico cómo fue la cosa. Según la Iglesia, era un pecado mortal. Pero la gente es humana, joven; la gente es humana.

—¿Qué fue del matrimonio?

—Willie la dejó y vino a casa. La familia de ella cuidó de la criatura.

—¿Y qué fue de la criatura?

—No lo sé. Ellos se trasladaron un año más tarde. A algún lugar del Oeste.

Glinka sacó su libreta y escribió algo en ella. Después la hojeó hacia atrás y consultó una nota.

—Creo que el apellido de la familia era Derucki —dijo.

—Sí.

—¿Recuerda el número de su casa? Vivían en Clayburn Avenue.

—¡Por lo que más quiera, joven! —dijo Mrs. Madden, sentándose al fin y tomando una cesta de costura—. De esto hace unos veinticinco años. Ni siquiera recuerdo que viviesen en Clayburn. Esto es una tontería.

—Sí, señora —dijo Glinka.

—Ah, ya veo —dijo Mrs. Madden al cabo de un momento—. Cree que Willie podría tal vez ir en su busca. —Se echó a reír—. No es probable. No, no es probable.

—Estaba tratando de seguir el rastro de esta familia —dijo Glinka—. A fin de cuentas, la mujer es todavía Mrs. Willie Madden, que yo sepa, y la criatura debe tener ahora veinticinco años. Fue una niña, ¿no?

—Creo que sí —dijo Mrs. Madden, con indiferencia.

Glinka se movió de un lado a otro y se acercó a una de las ventanas para mirar hacia el río. Unos remolcadores arrastraban hileras de barcas río arriba, contra la fuerte corriente.

—Un buen lugar para vivir, señora —dijo Glinka—. Puede que yo me traslade también a este barrio. Los alquileres son demasiado elevados donde vivo.

—Las embarcaciones suben y bajan durante todo el día —dijo Mrs. Madden—. Y por la noche, hay una vista muy bonita, con tantas luces a lo largo de las orillas. ¿Quieres una taza de té?

—No, señora, muchas gracias —dijo Glinka.

Por fin se marchó, sintiéndose un poco desconcertado, un poco frustrado e inexplicablemente deprimido. Mrs. Madden era realmente una buena mujer. ¿Cómo podía ser la madre de Willie Madden? Parecía increíble.

Aquella tarde habló con Leo y Bernard Madden, separadamente y en lugares apartados, para no molestarles en sus casas o en sus lugares de trabajo. Ellos se lo habían pedido, al tener Glinka la amabilidad de telefonar antes.

Saltaba a la vista que ambos aborrecían a Willie. Le guardaban un rencor rayano en el histerismo. Leo poseía y dirigía una tienda de accesorios de automóvil, a precio reducido. Bernard estaba en el negocio de venta de inmuebles a comisión. Ambos parecían ganarse bien la vida, y ninguno de los dos se parecían en absoluto a Willie. No podían ayudarle, pero le prometieron que, si sabían algo de Willie, informarían de ello a la Policía.

—Deberían encerrarle donde no pudiese causar más daño —había dicho Bernard.

Aunque no debía afectarle, y estaba al margen de su trabajo, Jim Glinka había sentido una fuerte antipatía por los dos hermanos de Willie al terminar aquellas entrevistas.

Volvió a la Comisaría.

Jim Glinka informó a su superior, el teniente Art Kramer y añadió la última hoja al voluminoso expediente de Willie.

—Esa pista de los Derucki es interesante —dijo Kramer—. Haríamos bien en seguirla. Si Willie, ¿quién sabe?, se ve en un aprieto, podría ponerse en contacto con aquella mujer. Ni siquiera hombres tan fríos como Willie son siempre capaces de desentenderse de sus propios hijos. Tratemos de encontrar a esa familia. Ésta será su misión, Glinka. Tendrá toda la ayuda que necesite.

Kramer despidió a Glinka y consideró su propia situación. Había pasado la mañana con dos agentes de seguros. Éstos estaban interesados en echar mano al dinero que pudiese quedarle a Willie; Kramer estaba interesado en pillar al ladrón. Habían hablado mucho, pero, sin proponérselo, con propósitos opuestos. Kramer sabía que, si ellos encontraban a Willie primero, harían un trato con él para recobrar el dinero, y Willie se largaría probablemente a México, poniéndose fuera de su alcance. Pero Kramer, que era un hombre concienzudo, les dio toda la ayuda que podía, la cual, de momento, no era mucha.

Y la red se estaba extendiendo, cerca y lejos, para cazar a Willie. En California, las oficinas de los sheriffs habían sido alertadas y estaban colaborando con la Policía del Estado, significase aquello lo que significara, y el FBI, que nunca se había apartado del asunto, estaba ahora redoblando sus esfuerzos. Kramer sabía que, con el tiempo, Willie sería aprehendido. Si pronto o tarde, ¿era otra cuestión! Habían pasado ya cinco largos años.

El capitán Len Bescher era un hombrón que usaba gafas con montura de concha.

Chupaba un cigarro apagado desde la mañana hasta la noche, y pequeñas briznas de tabaco estaban siempre pegadas a sus gruesos labios.

—¿Qué es eso del sargento detective Nick Fay?

—¿Se refiere a su permiso? Le ha sido concedido.

—Por el amor de Dios, ¿por qué? Es uno de nuestros expertos en el caso de Willie Madden.

—Está delicado de los pulmones. Tuvo la gripe, y después una recaída. He visto el dictamen del médico. Necesita un cambio de clima. Va a ir a Denver, Colorado.

—¡Maldita sea, Art! Esto es un contratiempo.

—Oh, él no es indispensable. Hemos hecho que dé instrucciones a los muchachos.

—No sé —dijo cansadamente el capitán—, pero, cuando se trata de Willie Madden, todo parece estropearse y complicarse. Daría un año de mi vida para estar mirando a los ojos a ese pequeño bastardo en este momento.

—Bueno, no lo hicimos tan mal —dijo Art—. De siete, es el único que queda.

—¿Está seguro de la muerte de Carl Benedict?

—No exactamente seguro —dijo Art—. La identificación fue difícil. Pero nada se ha sabido de él desde entonces.

—Si está vivo, Dios no lo quiera —dijo el capitán—, tendremos noticias de él en cuanto se le acabe el dinero. Es un mal bicho, y los de su calaña siempre se hacen oír cuando necesitan dinero... Y siempre son aprehendidos. Por consiguiente, consideremos el asunto de esta manera. O Carl Benedict está muerto, o todavía no se ha quedado sin dinero. En todo caso, y por lo que a mí concierne, no es más que un problema secundario. Quiero a Willie. Art —dijo el capitán, después de una pausa—, ¿sabía usted que yo fui el incauto que recomendó a Willie para su empleo en la oficina del fiscal del distrito?

—Lo había oído decir.

—¿Y que el pequeño truhán se valió de mi recomendación cuando empezó a trabajar en el «Kenmore Trust»? Entonces yo había ascendido a capitán.

—¿Cómo le conoció usted?

—En un restaurante. En «Foley's». Usted lo conoce. Una comida magnífica. Willie cenaba allí todas las noches. Tengo que confesar que le tomé simpatía. Era muy divertido. Tenía, lo que podríamos llamar, el ingenio de un irlandés. Y lo estuvo planeando todo..., durante años. Algo casi inhumano. Podría haberme costado el empleo o al menos el ascenso, si no hubiésemos tenido un jefe comprensivo. Le digo que estaban todos pidiendo mi cabeza, y apuesto a que Willie se desternillaba de risa. No es frecuente que un capitán de policía recomiende a un ladrón.

Bescher chupó tristemente su cigarro y se enjuagó el sudor de la calva con un gran pañuelo.

—No me gusta perder a Nick Fay en un momento como éste —dijo al fin—. Dígale que venga a verme esta tarde.

—Muy bien —dijo Art, preguntándose de qué serviría esto.

Nick Fay subía despacio por la escalera de hierro, haciendo de vez en cuando algún ruido innecesario. Carl era un tipo nervioso e imprevisible, que podía concebir de pronto la idea de que había sido engañado y empezar a disparar para discutir más tarde. Un chiflado, un chiflado corpulento y rudo, de cabellos crespos, con la mirada de un toro en los ojos negros y con aquel mechón de cabello rizado pendiendo siempre sobre la frente. Nick Fay recordaba siempre a Carl, tal como le había visto en las películas de Bertillon: cara cuadrada y llena de cicatrices, labio superior saliente, ojos hundidos y un aire implacable y frío. El tipo clásico de criminal, nacido para la violencia.

Y a Nick no le gustaba esta ascensión por un lado del abandonado depósito de petróleo. Era el lugar que había de elegir un chalado como Carl para una cita. A Carl sólo le interesaba aquello en lo que hubiese algún elemento de peligro. Con una educación un poco diferente, un temperamento un poco más tranquilo y un punto de ebullición distinto, Carl habría podido ser alpinista, o piloto de pruebas, u hombre mosca, o paracaidista profesional, en vez de lo que era.

Además, a Nick le molestaba el pulmón izquierdo (no había tenido que fingir su dolencia), y su respiración se hacía más y más fatigosa con la subida. Trataba de mantener los ojos fijos en el lado del depósito, a pocos centímetros delante de él, pero en ocasiones éstos desviaban la mirada como por voluntad propia, y tenía una rápida visión de farolas y bulevares divergentes y casas iluminadas, todo ello muy lejos, reducido de tamaño por la distancia. La magnífica vista le producía una grotesca impresión de espanto. Estaba muy alto, muy alto, pues el propio depósito de petróleo se encontraba en la cima de una pequeña colina.

Nick empezó a jadear y maldecir al mismo tiempo. Ya estaba bien. Se estaba jugando la vida debido a la estúpida noción que tenía Carl de un lugar seguro. ¡Un lugar seguro para las águilas! Y el descenso sería peor. Nick había tenido siempre la impresión de que se soltaría y caería. ¡La asociación con un loco hacía que uno tuviese ideas locas!

Ahora estaba cerca de la cima. No se oía ruido alguno y Nick empezó a preguntarse, inquieto, si le habría pasado algo a Carl. Entonces le oyó. Estaba roncando. Esto le sorprendió tanto que uno de sus pies resbaló sobre el peldaño de hierro y a punto estuvo de caerse.

Carl dormido era aún más peligroso que Carl despierto. Nick recordó un relato que había oído sobre Carl y una de sus muchas escapadas casi milagrosas. Le habían encontrado dormido en la cama con una de sus amigas. Borracho perdido, pensó el afortunado poli. Entonces, antes de que pudiese darse cuenta de lo que sucedía, la chica se le echó encima gritando. Carl le quitó el sombrero de un tiro, trazando una nueva raya en sus cabellos, y salió por la ventana y bajó por la escalera de incendios antes de que el poli pudiese desprenderse de la histérica joven. Cualquiera habría

pensado que un hombre en camiseta y calzoncillos sería fácil de encontrar. Pues bien, la Policía nunca encontró a Carl, a pesar de que hizo peinar todo el barrio por coches patrulla.

Nick comenzó a tranquilizarse poco a poco, cogido al pasamanos, tardando minutos en ello. Un ruido fuerte en aquel momento podía costarle la vida. Ahora vio a Carl, yaciendo de costado, envuelto en una manta.

Le llamó en voz baja:

—Carl, Carl, Carl.

Pero Carl no se movió. A Nick le dolía el pulmón y empezó a sudar mientras la rabia, el miedo y una especie de desaliento se disputaban la supremacía emocional. ¡Vaya un sitio en el que encontrarse! ¡Un sitio tontamente humillante!

—¡Carl!

La manta se movió y Nick oyó un débil ruido de metal contra metal.

—Carl, ¡soy yo! —gritó, mucho más fuerte de lo que había pretendido.

Esperó. La manta se movió de nuevo y Nick se encontró mirando el cañón de una pistola.

—Da la contraseña —dijo Carl y empezó a reír entre dientes.

—¡Cerdo..., estúpido hijo de perra! —gritó Nick, frenético de rabia—. Tengo que subir hasta aquí arriba, tengo un dolor infernal en el pulmón, ¡y he de aguantar tus chiquilladas! Tendría que arrojarte de esta plataforma.

—Oh, vamos, Nick —dijo Carl, sentándose y guardándose el arma—. Uno tiene que buscar maneras de reírse en este sucio mundo. ¿Cómo te ha ido con el capitán?

Pero Nick no respondió. Se sentó, apoyó la espalda en el lado redondeado del depósito, y miró tristemente las luces de la ciudad que se extendían ante ellos.

—Si tuviese un poco de sentido común, te habría denunciado —dijo al fin.

—¿Y perdido una fortuna? —dijo suavemente Carl—. No eres tan tonto.

—Si se tratase de otro cualquiera...

—¿Qué?

—Bueno, me imagino que tú eres la clase de loco que puede tener una verdadera oportunidad contra Willie. Willie piensa en todo. Pero ¿cómo podría pensar en un chalado como tú? Por ejemplo, este lugar. Creo que no se te podía ocurrir un sitio más extraño para una reunión.

—Claro. ¿A quién se le ocurriría venir a fisgonear aquí? Y si alguien lo hiciese, le saltaría la tapa de los sesos antes de que pudiese verme. Aquí tengo cien sitios donde esconderme.

Nick se fue calmando poco a poco.

—Ese Bescher —dijo—, trató de hacerme renunciar a mi permiso. Le dije que mirase mis radiografías. ¿Crees que le importaron? No piensa más que en cazar a Willie, y cree que yo soy el mejor experto.

—Espero que lo seas —dijo Carl—. Si no lo fueres, no le gustaría al viejo Quait..., suponiendo que se ponga de acuerdo con nosotros.

—¿Se pondrá?

—Creo que sí, pero tendrás que hablar personalmente con él.

—No puedo hacerlo. ¿Le diste mi nombre?

—Claro que no.

—Mira, Carl...

—Ese viejo buitro puede financiar nuestra operación. ¿Se te ocurre alguien más?

—No. Pero de todos modos...

Nick accedió al fin a hablar con Johnny Quait. Le conocía desde hacía años y lo único que le gustaba del peligroso viejo era su dinero.

—Willie les está tomando el pelo en California —dijo Nick—. Primero, el coche. El tipo del motel tenía el número de matrícula. Magnífico, salvo por un detalle. Era un coche alquilado, y Willie lo devolvió y no alquiló otro. Después, los cheques de viaje, a nombre de James Shannon. Bien, Mr. Shannon, desconocido en el Banco, los compró con dinero efectivo. No consta nada más.

Carl rió tristemente, pero no hizo comentarios.

—¿Una dirección para que le remitiesen la correspondencia? Claro. Dijo que tenía una habitación reservada en el «Fairmont», de San Francisco, pero que telegrafiaría cuando se hubiese instalado definitivamente. La Policía investigó. Sí, había hecho la reserva en el «Fairmont». Pero había sido cancelada.

Carl rió de nuevo.

—Se acabó James Shannon, Nick. Está muerto y enterrado, y puedes olvidarte de él.

—Sí.

—Y el próximo seudónimo no se parecerá en nada a éste, si conozco a mi Willie.

—Es un hombre frío —suspiró Nick—. Lleva cinco años campando por sus respetos a pesar de todo el escándalo.

Entonces habló Nick a Carl de la pista de la familia Derucki, y Carl rió entre dientes.

—Pueden olvidarse de esto —dijo—. Encontraron a la familia. ¿Y qué? ¿Por qué habría de acercarse Willie a ellos, y qué saben ellos de él? Sin duda Willie se ha olvidado incluso de que tiene una hija que, en cualquier caso, no le importaría un comino.

Se hizo un silencio. Permanecieron sentados, mirando las luces y escuchando las sirenas de los barcos en el río.

—Concertaré la reunión para mañana por la noche —dijo por último Carl, refiriéndose a John Q. Quait—. Si este lugar te parece extraño, ¿qué dirías de la vieja cochera? Incluso a mí me dio escalofríos..., como un cementerio. Con todos aquellos tranvías muertos abandonados allí.

Nick miró a Carl. Semejante observación, de un hombre como él, le sorprendió. *Por lo visto, ¡Carl no era del todo insensible, a fin de cuentas!*

—Es un mercader muy duro —dijo Nick.

—Sí —dijo Carl—. Mientras hablé con él, me estuvo apuntando a la barriga con una pistola. Y volverá a hacerlo, por lo que no debes hacer ningún movimiento sospechoso, Nick, o apretará el gatillo.

Fue pasando el tiempo. Hablaron desordenadamente. Nick no tenía idea de dónde vivía realmente Carl. Le había seguido varias veces, sólo para tener un as en la manga pero, aunque era experto en esta clase de trabajo, Carl había conseguido siempre despistarle. Hasta que, sintiendo que ya había abusado bastante de su suerte, dejó de perseguirle. Carl era capaz de matar a un hombre sin pestañear. Y seguirle habría sido una excusa suficiente.

—Tuviste suerte, Carl —dijo Nick—, cuando identificaron aquel fiambre en el depósito de la ciudad, creyendo que eras tú.

—Sí —dijo Carl—. Yo estaba en Easy Street. Pero me tropecé con demasiadas chavalas listas y con demasiados caballos lentos.

—Las carreras de caballos son un juego para tontos.

—¿Y qué me dices de las mozas? —preguntó, riendo, Carl.

Nick tiene poco que contar en lo tocante a mujeres. Se había casado, se había divorciado y esto parecía haber sido todo.

—Lo curioso —siguió diciendo Carl— es que mi afición a las mujeres caras me viene de Willie. Él me llevó una noche a un sitio de primera clase. Entonces estábamos proyectando el gran golpe. Willie me mimaba porque pensaba que podría necesitar mi fuerza. Tendrías que haber visto a aquellas muñecas. Olían tan bien que me asustaron. Yo estaba acostumbrado a los culos de los muelles. Ya sabes..., verdaderas cerdas. Willie sabe vivir bien.

Por fin, Nick se marchó de mala gana, pero no porque apreciase mucho la compañía de Carl, sino porque le atemorizaba el vertiginoso trayecto de regreso hasta pisar el suelo firme.

Carl escuchó el lento descenso del sargento detective Nick Fay. La noche era templada y agradable. Carl decidió dormir en la plataforma hasta que amaneciese, como solía hacer de vez en cuando: Una mañana le habían despertado las sirenas de los barcos y se había encontrado en el borde de la barandilla, con una piedra colgando en el vacío. Le había parecido divertido. Nick se habría muerto de miedo.

Carl se quedó mirando la ciudad. En cierto sentido, la había poseído durante un tiempo. Un cadáver encontrado en el río había sido identificado como el suyo, y se había quedado tan tranquilo, con casi ciento cincuenta mil dólares en el bolsillo. Ahora estaba de nuevo sin blanca. Pero no se arrepentía de nada. Había hecho lo que tenía que hacer. Durante casi cinco años había vivido a cuerpo de rey. Millones innumerables en todo el mundo no podían hacer esta declaración.

Antes de ver al preso, el teniente Art Kramer, nervioso y excitado a un tiempo, fue informado en el despacho del alcaide por el psiquiatra de la prisión, doctor Derlenko.

—No sé por qué quiere verle a usted, teniente —dijo Derlenko—, pero, dada la importancia del asunto Kenmore, pensamos que debíamos acceder. Debo decirle, acerca de Wicks, que, como preso, es incorregible. Peleas, navajazos, alborotos, continuamente. Podemos poner a cualquiera con él, que a los dos días o menos estarán a la greña. Incluso los más pacíficos. Ha estado tanto tiempo a solas que tuve que poner fin a ello. Ahora esta en máxima seguridad, donde puede al menos ver a algunos de sus compañeros presos y tener ciertos privilegios necesarios. Es bastante inteligente. Incluso cursó un año en una Universidad. Pero tiene un alto grado de irritabilidad, que no parece debido a una causa física, y es el hombre más inestable, emocionalmente hablando, que he visto jamás. Le cuento todo esto para que sepa la clase de hombre con quien tendrá que habérselas.

—Gracias, doctor —dijo Kramer—. Esto podría ser muy importante. ¿Qué me dice de los otros?

—Ambos se portan bien. Peters está dirigiendo el taller de máquinas y está clasificado como de mínima seguridad. Al parecer, todos le aprecian. A Fallon O'Keefe le va todavía mejor y también está en mínima seguridad. El licor era su problema. Aquí no puede obtenerlo, digan lo que digan los de fuera. Es un buen atleta y el mejor jugador de béisbol de la prisión. Debo añadir, también, que es uno de los favoritos del alcaide, que tiene mucho cuidado en estas cosas. No le hace favores especiales, pero le aprecia. El otro día, Fallon lanzó una pelota fuera del patio, a una distancia de casi cien metros, y después preguntó al alcaide si podía ir a buscarla, como si quisiera guardarla como recuerdo. Esto conmovió a todos, incluso al alcaide. Es una vergüenza que un hombre así se metiese en todo aquel jaleo. Sin embargo, cuando salga en libertad bajo palabra, como sin duda saldrá, el licor puede hacer que vuelva de nuevo aquí.

Derlenko sacudió la cabeza. Como psiquiatra, trataba de ser paciente, muy paciente, con los hombres que estaban bajo su cuidado, pero los encontraba tan exasperantes, tan irrazonables, tan infantiles e imposibles a veces, que casi no lo podía aguantar y sólo con un gran esfuerzo de voluntad podía abstenerse de chillar y maldecirles.

Estaban ahora solos en el despacho del alcaide. Una débil luz de sol llegaba desde el patio, y la cara estrecha de Joe Wicks parecía macilenta y fea. Era un hombre fornido y joven (menos de cuarenta años), de mediana estatura, de cuello grueso y corto, y mirada incierta y nada simpática en sus pálidos ojos grises.

—¿Y bien, Wicks? —dijo Kramer.

—He probado los dos bandos —dijo Wicks—, el de los policías y el de los ladrones, y ambos apestan. Pero los polis apestan menos. Jamás había visto una pandilla como ésta. Me siento sucio sólo por estar aquí. No puedo soportar a esos hijos de puta mentirosos, jactanciosos, ladrones, que tienen lástima de sí mismos y no sirven para nada. Todos dicen que se amañaron las pruebas contra ellos. Nunca ha sido por su culpa. Nunca tuvieron una oportunidad. El mundo estaba contra ellos. Mierdas como éstas desde la mañana hasta la noche. Esto me recuerda una antigua película de presidiarios que vi una vez. Uno de los presos había matado a su madre, pero un buen muchacho estaba siempre con él. Un día otro preso preguntó al bueno cómo podía ser amigo de un desalmado que había matado a su propia madre. Y él le respondió: «Bueno, ahora lo lamenta, ¿no?». Esto resume lo que es este lugar. Es lo que usted podría llamar nuestra filosofía.

Kramer le dejó hablar, y hablando estuvo durante más de media hora: quejas y quejas y quejas, pero no las que acostumbran a formular los presos. Wicks era un hombre inteligente y procedía de una clase social económicamente más alta que la mayoría de los otros presos. Su experiencia acerca de aquel tipo de hombre había sido muy limitada antes de este período entre rejas. Era evidente que estaba a punto de volverse loco.

—¿Y bien, Wicks? —repitió Kramer, durante una pausa.

—Estoy dispuesto a hablar —dijo Wicks.

Kramer sintió una fuerte oleada de excitación, pero mantuvo la cara tranquila y rígida.

—¿Sí? ¿Acerca de qué?

—Vamos, teniente. No quiera tomarme el pelo. Quiere usted que se nombre a cierto individuo, ¿no? Quiere atarle tan fuerte que ni el mejor abogado pueda librarle. Y tal vez hay algunas cosas más que desconoce en este caso. Tal vez fueron ocho en vez de siete.

—Y tal vez tú me estás tomando el pelo a mí.

—Vamos, teniente. No perdamos el tiempo, aunque yo tengo mucho que perder. Hagamos un trato. Yo lo convertiré en un personaje.

—¿Qué clase de trato?

—Quiero salir de aquí. Tal vez una bonita celda para mí sólo en la cárcel del Condado. Tal vez podría trabajar en la granja de la prisión. Después... la libertad bajo palabra.

—¿Con el historial que tienes aquí? He hablado con el doctor Derlenko.

—Por esto estoy intentando hacer un trato. Tal como me estoy portando, no habrá libertad bajo palabra, ni nada. Mire, pongámoslo de esta manera. He experimentado un cambio. Voy a ser de nuevo policía. Todavía conservo el concepto de civismo.

—¿De veras?

—¡No, por el amor de Dios! —gritó violentamente Wicks—. Esto es una trola.

Los mandamases se lo tragarán o no, como ellos quieran.

Kramer, todavía excitado, reflexionó. Que alguien nombrase a Willie sería ya un buen golpe. Pero ¿y lo de un octavo miembro? Si era verdad, sería un descubrimiento sensacional, que pregonarían los periódicos de costa a costa y haría aún más difícil la situación de Willie.

—Está bien, Wicks —dijo Kramer—, hablaré de esto con el capitán Bescher en cuanto regrese a la ciudad. ¿De acuerdo?

—No tarde demasiado —dijo Wicks—. Podría cambiar de idea.

Preocupado por la evidente volubilidad de Wicks, Kramer vaciló y después dijo:

—Pongámoslo de esta manera. Has ofrecido un trato. Pero yo no puedo asumir toda la responsabilidad. ¿Cuándo hablarás?

—En cuanto vuelva usted y me saque de aquí.

Wicks fue llevado de nuevo a su celda. Era un hombre violento y despreocupado, y nunca se le había podido ocurrir que no estaba seguro en el corazón más impenetrable de la prisión; pero los rumores circulan en la prisión más de prisa que en cualquier otra parte, y lo que se rumorea en la cárcel pasa rápidamente al mundo exterior, y llega pronto a los oídos de aquellos que tienen razones para querer saberlo y que pueden pagar la información.

Y así fue como recibió Johnny Quait una llamada a última hora de la tarde del mismo día en que Wicks había hablado con el capitán. Mrs. Peet le dijo, por el teléfono:

—Es Z —dijo, en el mismo tono que habría empleado para anunciar a Mr. Smith.

Había vivido tanto tiempo en una atmósfera de oscura intriga, que ahora le parecía normal.

Z era uno de los contactos del viejo Johnny en el mundo del hampa, y la noticia que le dio era sumamente inquietante.

—Tiene que desaparecer —exclamó firmemente Johnny.

—Está en máxima seguridad. Y es un tipo duro. Pero yo podría arreglarlo por cinco mil.

John gimió angustiado. La idea de desprenderse de cinco mil dólares le producía un verdadero dolor físico. Pero si era preciso hacer algo, había que hacerlo, por mucho que le doliese. Johnny no era de esos avaros que agarran los peniques y dejan escapar los dólares.

—Ve si puedes conseguir mejores condiciones, pero no si tienes que regatear demasiado —dijo—. Recoge el dinero donde ya sabes, digamos dentro de dos horas.

Johnny colgó y se quedó mirando la ciudad, los gastados y viejos edificios de ladrillos del distrito, que adquirirían un agradable tono anaranjado mate bajo los rayos del rojo sol poniente.

¡Siempre problemas! ¡Siempre problemas! Y el asunto Benedict todavía pendiente.

¿Se rajaría el agente de Policía que estaba en contacto con Benedict? (Estaba casi

seguro de que era Nick Fay, un agente muy hábil que desde hacía años se la había estado jugando en el departamento de Policía). El viejo Johnny esperó que no fuese así. A cada momento que pasaba, deseaba con más ardor llevarse una tajada de los quinientos mil dólares de Willie.

Joe Wicks abrió despacio los ojos, sintiendo la impresión de que volvía de muy lejos, de un lugar extraño, lleno de oscuras formas desconocidas y siniestras, con largos y vigorosos brazos que habían tratado de estrangularle.

Yacía boca arriba sobre una superficie dura, en un lugar débilmente iluminado. Encima de él apareció lentamente una cara que le miraba fijamente y de cerca. Las gafas... *¡El doctor Parrish!*

—Está volviendo en sí —dijo alguien—. Le ha salvado usted, doctor. Creí que estaba listo.

¡Fallon O'Keefe!

Ahora vio con toda claridad la cara del doctor Parrish.

—¿Cómo te encuentras, Wicks? —preguntó.

Wicks trató de hablar, pero sólo pudo jadear y farfullar. No te preocupes. Trata solamente de relajarte. Hablaremos más tarde.

Wicks tosió con cuidado y levantó las manos para palparse el cuello. Después preguntó, con la mirada y con ademanes, lo que había sucedido.

—¿No lo sabes? —dijo, sorprendido el doctor Parrish.

Wicks sacudió la cabeza.

—Alguien trató de estrangularte en la unidad de ejercicio de máxima seguridad. Por lo visto estabas de espalda a la reja, y aquel hombre te agarró por detrás y te sujetó contra ella. ¿No viste nada?

Wicks sacudió nuevamente la cabeza.

—Casi increíble —dijo el médico, y después—: Había veinte hombres en la unidad y todos están incomunicados y seguirán estándolo hasta que tengamos algunas respuestas. ¿Quién pudo querer matarte, Wicks?

Wicks tuvo ahora una idea clara: había sido alguien a sueldo de Willie, o tal vez enviado por el propio Cojo. Se había salvado por los pelos, y debía esperar más.

O'Keefe, preso que gozaba de ciertos privilegios por su buena conducta, consiguió al fin hablar a solas con Wicks, que se estaba ya recuperando.

—¿Estás loco, Joe? —le susurró—. En cuanto me enteré de que habías hablado con Kramer, supe que estabas en peligro.

—No hablé —jadeó Wicks—. Estaba tratando de hacer un trato.

—Yo hice correr la voz de que sólo habías ido a solicitar la libertad bajo palabra —dijo O'Keefe—. Pero, Joe, si hablas otra vez con el poli, o incluso si parece que lo haces, saldrás de aquí en una caja de madera.

Wicks asintió cansadamente con la cabeza. Había sido un estúpido y ahora lo sabía.

El doctor Parrish se acercó rápidamente a la mesa de operaciones y apartó de allí a O'Keefe.

—¿De qué estáis hablando? Ya sabéis que no está permitido hablar cuando se

investiga un caso como éste.

—Lo siento, doctor —dijo sonriendo O’Keefe—. Joe es amigo mío. Le estaba preguntando cómo se encontraba y al mismo tiempo si quería que le trajese algo de beber.

—Claro —dijo el médico.

—Le juro que es verdad —dijo O’Keefe.

Empezó a alejarse, pero el doctor Parrish le llamó.

—¿Sabes algo acerca de esto?, O’Keefe.

—¿Yo? ¿Cómo podría yo saber lo que pasa en máxima seguridad? Yo estoy en mínima, doctor, ¿no lo recuerda? Sólo puedo ver de lejos a los que están allí.

El doctor Parrish le dejó marchar de muy mala gana.

Fuera, en el pasillo, otros dos presos considerados como de buena conducta, estaban esperando a O’Keefe: Blackly y Wertz. Le miraron mostrando curiosidad.

—Lo que yo dije —les dijo O’Keefe—. Estuvo pidiendo una vez más la libertad bajo palabra. Hacerlo correr o Wicks aparecerá muerto en cualquier momento. Si no se logra la primera vez... ya conocéis a *esos hombres*. Haced correr la voz.

Blackly y Wertz se alejaron con aire vacilante, no muy resueltos a hacer lo que les pedía el irlandés. Cierto es que O’Keefe tenía influencia en la casa y podía beneficiarles mucho, pero para O’Keefe no era una cuestión de vida o muerte, mientras que lo era para Willie. En la cárcel, todos estaban convencidos de que Willie había salido de la sombra para hacer liquidar a Wicks.

Willie era un hombre temible.

En una esquina del pasillo de la enfermería, un preso corpulento y moreno, conocido por Tony *the Moloney*, estaba esperando a O’Keefe. Tony era uno de los jugadores de béisbol, pero fiel a otras cosas, su semblante parecía duro. O’Keefe le miró, imperturbable.

—Te diré una cosa, Fallon —dijo Tony—. No te metas en esto. Mantén las manos limpias. O tendrás un visitante.

—Si lo tengo —dijo O’Keefe—, saldrá de mi presencia con los pies por delante.

—Recibirás la puñalada antes de que te des cuenta.

—Tony —dijo O’Keefe—, ve y di a tus amigos que no se metan conmigo.

—¿*Mis* amigos? —exclamó muy inocentemente Tony.

—Ya me has oído.

Los periódicos de la mañana publicaban un amplio reportaje sobre el asesinato frustrado de Joe Wicks lleno de los titulares decía: «¿Ha alcanzado el largo brazo de Willie Madden el interior de la cárcel?».

Y el ambiente de la Comisaría del Distrito Séptimo no podía ser más pesimista. Kramer había ido inmediatamente a la prisión en su automóvil. Pero su misión había sido inútil. Wicks se negó a verle. Kramer se quejó al alcaide, pero no le sirvió de

nada.

Si Wicks no quería hablar, dijo, ellos no podían obligarle.

—Bueno —dijo Kramer al capitán Bescher—, al menos sabemos que hay un octavo hombre.

—¿Lo sabemos? —preguntó Bescher—. ¿Quiere decir que acepta la palabra de aquel loco?

Kramer guardó silencio.

Y aquella noche, después de una fructífera entrevista con Nick Fay y Carl Benedict, el viejo Johnny Quait, el misterioso octavo hombre, sostuvo una larga charla con su agente Z, el cual le dijo:

—Puede estar tranquilo. Wicks ya lo sabe. No hablará. El susto de muerte que ha recibido ha sido tan eficaz como matarle, y sólo le costará mil quinientos dólares.

El viejo Johnny iba a protestar, pero la recuperación del gordo fajo de billetes le calmó. Asombró a Z tendiéndole un billete de cien dólares.

El recepcionista miró, francamente sorprendido, durante unos instantes, antes de dominarse y poner de nuevo su cara inexpresiva de recepcionista. Ante él estaba una de las mujeres más hermosas que jamás había visto y que, por añadidura, era china. Su rostro era frío y sereno y sólo sus ojos negros parecían delatar una ligera incertidumbre.

—¿Sí, señorita? —preguntó seriamente.

Ella mostró una caja que llevaba.

—Tengo que entregar esto a Mr. Alien. Personalmente. Soy de «Wu's».

El recepcionista asintió con la cabeza, pues conocía la famosa tienda de Chinatown y, al propio tiempo, recordaba todo lo que sabía de Mr. Alien. Mr. Lawrence Allen, de Detroit, un caballero tranquilo, cortés y por lo visto rico, que hacía más de un mes que se alojaba aquí y era apreciado por todo el mundo. Si le sorprendía que una joven tan hermosa actuase de mensajera, borró rápidamente esta idea de su mente. Mr. Alien daba espléndidas propinas.

Llamó a Mr. Alien y se irguió sonriendo, una sonrisa que no pudo evitar que reflejase cierta envidia.

—Puede pasar —dijo—. Atravesando el vestíbulo, a la derecha. El Edificio Rojo. Suite A. Primer piso. No puede confundirse.

Miss Geraldine Fang, combinación de vendedora y modelo de «Wu's», creía disimular su nerviosismo mejor de lo que lo hacía en realidad. Era una china estadounidense, y el hábito y la tradición de impasibilidad se habían diluido en ella. Además, no creía que una mujer fuese propiedad de nadie. La desacostumbrada petición de Mr. Alien de que ella le llevase el costoso quimono y se lo probase delante de él podía ser inocente, pero ella sospechaba que no lo era y no estaba segura de cómo resolvería la situación.

Mr. Alien, antes Shannon y otros muchos nombres, desde la última vez que había sido Willie Madden, abrió la puerta en el momento en que empezó ella a llamar. Le sonrió y la miró a la cara con sus tranquilos ojos azules. Llevaba un polo de rizo, que Miss Fang reconoció como muy caro. También advirtió que los antebrazos dejados al descubierto por las mangas cortas, eran mucho más gruesos de lo que cabía esperar del aspecto general de Mr. Alien. Se estremeció.

—Pase —dijo Willie.

Miss Fang entró y observó la riqueza moderna de la *suite*.

—¿Quiere usted que me pruebe ahora el quimono? —preguntó.

—¿Tanta prisa tiene? ¿Quiere beber algo? Tengo ron, ginebra y whisky escocés.

—No, gracias. Tenemos mucho trabajo en la tienda. Lo siento.

Se quitó el sombrero y el abrigo y, después de una pausa momentánea, también la chaqueta del traje. Ahora llevaba una blusa blanca sin mangas y una ceñida falda negra, con una abertura hasta más arriba de la rodilla. Willie observó su figura esbelta

y perfecta, con satisfacción de profesional, al abrir ella la caja y sacar un hermoso kimono negro, con bordados rojos, anaranjados y dorados. Lo desplegó sobre el brazo.

—Es adorable, ¿no? —dijo.

Willie, a quien le importaba un comino el kimono, siguió observando a Miss Fang.

—Mucho mucho —dijo.

Mientras Willie observaba irónicamente, Miss Fang se puso la prenda.

—A cualquier mujer le encantaría —dijo, en tono profesional.

—¿Le encanta a *usted*? —dijo Willie.

—Desde luego, Mr. Alien.

—Entonces, es suyo.

—Pero, Mr. Alien..., en realidad, no puedo aceptarlo.

—¿Me está tomando el pelo? —preguntó Willie.

—¿Tomarle el pelo? No le comprendo.

—Tal vez no —dijo Willie, estudiándola cuidadosamente—, pero este kimono, encanto, podría ser sólo un principio. Me gustan las mujeres caras, si son tan hermosas como usted. El dinero no me importa.

—Le creo, Mr. Alien —dijo Miss Fang, dejando el kimono sobre el respaldo de una silla y volviéndose para ponerse el sombrero.

Willie lanzó un largo suspiro, encendió un cigarrillo y empezó a pasear arriba y abajo.

—Lo siento, Miss Fang —dijo—. Creí que usted me había comprendido. No estoy acostumbrado a las mujeres orientales. Cuando hablamos en la tienda, creí que...

—Entonces, es posible que la culpa fuese mía —dijo Miss Fang—. ¿Qué haremos ahora con el kimono?

Willie luchó contra su frustración, rechazó un impulso de ser ruin, aunque Miss Fang había rechazado fríamente lo que él consideraba una proposición muy interesante.

—Oh, déjelo aquí. Ya encontraré la manera de utilizarlo —dijo él—. ¿Cuál es su precio exacto? Acabemos con esto.

—Son doscientos noventa y ocho dólares y cincuenta y tres centavos, impuesto incluido.

Willie firmó tres cheques de viaje de cien dólares cada uno, se los tendió y, para su asombro, ella sacó del bolso el cambio de un dólar y cuarenta y siete centavos.

—Gracias, Mr. Alien —dijo delicadamente.

—Me equivoqué al visitar «Wu's» —dijo Willie—. Sólo entré para mirar. Lástima que no se hubiese usted ido a almorzar.

—Lo siento, Mr. Alien. Pero yo no...

—Está bien —dijo Willie—. No ha sido una tragedia.

Abrió la puerta y sonrió.

—Ha sido vergonzoso —dijo—. Tal vez debería disculparme. Por mi manera de plantear la cuestión. ¿La he insultado, Miss Fang?

—Digamos que ha sido un malentendido —dijo Miss Fang, deseosa de marcharse cuanto antes.

Él la dejó salir. Cerró la puerta. Miss Fang se alejó apresuradamente del Edificio Rojo, como si tuviese miedo de que Mr. Alien cambiase de idea y le persiguiese. Pero en realidad, huía de ella misma. En unos pocos minutos, un desconocido le había hecho sentir una gama de emociones que no había experimentado nunca. Su padre, sus hermanos, todos los varones a quienes conocía eran correctos hombres de negocios. Nada, en su corta vida, la había preparado para este encuentro con el rubio desconocido de ojos azules que había parecido estar mirando directamente a su alma. Ella había deseado aceptar el quimono. ¿Lo había comprendido él? Había deseado beber con él. Había..., que su padre y todos sus antepasados la perdonasen..., había deseado quedarse. En aquel momento se sintió ardiente y viva, y sacudida por emociones desacostumbradas. Con Roger Sing, el muchacho que quería casarse con ella, nunca había sentido una cosa así, ni siquiera cuando él la besaba tímidamente.

Debo ser una mujer mala, se dijo Miss Fang, mientras cruzaba apresuradamente el vestíbulo y sonreía al recepcionista, que la saludó cortésmente con la cabeza.

En el taxi, de vuelta a Chinatown, Miss Fang trató de sobreponerse. ¿Por qué se preocupaba? No había hecho nada malo. No había pasado nada. Y ella había hecho la venta y Mr. Wu, el joven, estaría satisfecho, y seguiría pensando que Mr. Lawrence era un perfecto caballero.

Willie escribió:

¿Qué te ha parecido? Un fiasco. Bufón, debes estar perdiendo facultades. Después de un ofrecimiento como éste la mayoría de las chicas habrían hecho que tuvieses que salir corriendo de la ciudad para librarte de ellas. ¡Qué muñeca! Parece de porcelana. Tal vez demasiado frágil. La primera china a quien has mirado por segunda vez.

¡Confórmate con la clase que conoces!

Entonces quemó esta efusión y llamó al jefe de los botones. Mientras esperaba, se puso las gafas y se miró al espejo. Las gafas hacían que pareciese increíblemente diferente. Parecía más elegante, más refinado, como un censor de cuentas o tal vez incluso un erudito. Los cabellos rubios eran también diferentes de los anteriores disfraces, y quedaban muy bien con su tez clara y sus ojos azules. Él mismo se había teñido los cabellos. Las gafas eran reales, no sin graduar. Las había prescrito un oculista. Y Willie se había sobresaltado al descubrir que padecía un leve astigmatismo en un ojo y una ligera miopía en ambos. Aunque realmente no necesitaba gafas, veía mejor con ellas.

Llegó el jefe de botones. Era un joven alto y rubio con una mirada concienzuda que aumentaba en veinte años su edad aparente.

—Por lo que a mí concierne —dijo Willie—, las Hermanas han pasado de moda. ¿Alguna nueva idea?

—Desde luego, Mr. Alien —dijo el jefe de los botones. Pero, si las Hermanas se portaron mal, quisiera saberlo. Yo soy el responsable.

—No, no —dijo Willie—. Están muy bien. Las tres. Pero me gusta cambiar.

El hombre sonrió con cierta admiración y sacudió la cabeza.

—Sí, Mr. Alien —dijo—. Déjeme hacer un par de llamadas por teléfono. Conozco a una bella chica portuguesa, un verdadero bombón, pero no sé si está libre ahora. Me he ocupado principalmente de las Hermanas. Se diría que estas chicarronas son las dueñas del lugar.

Willie le dio una generosa propina y le despidió; después decidió tomar un largo baño. Empezó a preguntarse por qué había decidido prescindir de las Hermanas Ware, tres robustas y bonachonas rubias sin inhibiciones, y por qué la idea de la nueva y bella portuguesa (terreno desconocido y, por ende, misterioso e intrigante), no le interesaba ya. De pronto, una visión de Miss Fang pareció materializarse ante sus ojos, tranquila, elegante, soberbia.

—¡Oh, no! —murmuró Willie—. Ninguna moza va a estropear mi diversión.

Permaneció en la bañera durante veinte minutos, silbando fragmentos de una tonadilla y tratando de distraerse.

No supo nada del jefe de los botones y, por último le llamó irritado.

—Lo siento —dijo aquél—. Aún no he podido encontrarla. Tal vez está en Las Vegas. Pero me estoy ocupando de esto. Por esta noche, ¿no podría pasar con...?

—No —dijo Willie, y colgó.

Cinco minutos más tarde, llamó a «Wu's». Y Mr. Wu, el joven, se puso al aparato, deshaciéndose en cumplidos.

—Me alegro de que nos haya telefoneado, Mr. Alien. Queríamos decirle lo mucho que nos ha complacido que le gustase el quimono. Era el único que nos quedaba de esta calidad. Y ya no los tendremos en lo sucesivo.

—Sólo quería decirles que Miss Fang es una buena vendedora y una modelo magnífica —dijo Willie—. Honra su establecimiento. Una joven muy simpática y toda una dama. Es estupendo hacer negocios con ella.

—Oh, muchas gracias. Tiene usted que volver por aquí. Nos encantará servirle. Colgaron.

Bueno, ¿por qué he hecho esto?, se preguntó Willie. Pero, en realidad, lo sabía.

El joven Mr. Wu, muy satisfecho, llamó a Miss Fang y le refirió lo que había dicho Mr. Alien por teléfono. Miss Fang pareció confusa.

—¿Fue esto todo lo que dijo?

—¡Todo! —exclamó, asombrado, Mr. Wu—. ¿Te parece poco?

Miss Fang no hizo comentarios y el joven Mr. Wu la miró con curiosidad,

mientras ella volvía como en sueños al mostrador.

La joven portuguesa se llamaba Bella. Era bajita, bien proporcionada, morena y muy bonita, pero tenía la fría mirada y unos modales seductores tan visiblemente falsos que, desde el primer momento, Willie sintió poco interés por ella. Pero se esforzó en disimularlo.

No era que hubiese esperado sentimiento. Ni que una chica como ésta mostrase por él un interés particular, más como hombre que como cliente. Pero Bella ganaba en estupidez a las mujeres más tontas que había conocido. Saltaba a la vista que consideraba a Willie como un primo, y por esto no paraba de hablar de su amigo Ted, de Las Vegas, que conocía a «todos los tipos de las mesas», según decía ella, y era capaz de hacer que un hombre de categoría y con dinero consiguiese fuertes ganancias. Si esto no le daba resultado, sin duda ensayaría otro juego. Su cabecita estaba llena de trucos convencionales y baratos para apuntarse un tanto.

Willie la dejó hablar. Estaban en un motel, cerca del mar. Willie podía oír, a lo lejos, las sirenas de niebla de los barcos.

Bella se vistió despacio, exponiendo largamente lo que no había interesado mucho a Willie desde el principio.

—Bueno, ¿podremos seguir hablando de lo de Ted? —preguntó, mientras se ponía el vestido.

—No lo sé —dijo Willie—. El juego me interesa poco.

—¿Quién ha hablado de jugar? —exclamó Bella—. Pero aquellos grandes casinos tienen millones. No les vendrá de unos pocos miles.

—Una filosofía muy interesante —dijo Willie.

—Es como Robin Hood —dijo Bella.

—Creo que tienes razón —dijo Willie—. Como Robin Hood. Robar a los ricos para dar a los pobres. Supongo que nosotros somos los pobres, ¿eh?

—Bueno, en todo caso, yo lo soy —dijo Bella—. En cuanto a ti, no lo sé. A mí me pareces rico y distinguido. Ted es pobre. Quiere decir que tiene que afanarse para ganarse la vida.

Willie se imaginó a Ted: un perdedor lastimoso, siempre con la Policía o el alguacil pisándole los talones. Cualquier tipo que emplease a una tonta como Bella para ir tirando, o tampoco él era muy inteligente, o realmente las estaba pasando moradas.

—Lo siento —dijo Willie—, pero no creo que me interese tu proposición.

—Oh, piénsalo bien —dijo Bella—. Espero volver a verte. Chris sabrá dónde encontrarme.

—¿Chris?

—El jefe de los botones.

Ahora había acabado de vestirse. Willie le tendió un sobre. A diferencia de Adele,

Bella lo abrió inmediatamente para contar su contenido.

—Pero, cariño —dijo, poniendo mala cara—, ¿no hay propina?

—¿Propina? —dijo Willie, fingiendo asombro—. Es lo que convinimos, ¿no?

Bella le observó la cara durante un momento; después se sosegó. Pensando en el futuro, se dijo Willie. Esperando tener más suerte la próxima vez.

—Bueno —dijo—, está bien. Y gracias.

—Gracias *a ti* —dijo Willie.

En cuanto estuvo de vuelta en «The Carioca», Willie llamó al jefe de los botones y le dijo que subiese a su habitación.

—Una buena pieza, ¿eh? —dijo éste, haciendo un guiño.

—Líbrate de ella —le dijo Willie—. Sólo te pondrá en dificultades. Tiene un amiguito de poca monta y ha estado tratando de timarme.

La expresión satisfecha se borró del semblante de aquel hombre, como se borra la tiza de un encerado; sus ojos revelaron preocupación, ansiedad.

—Oh, acabo de enviar a uno de nuestros mejores clientes al «Shore Motel».

—¿Es un hombre listo?

—Es inteligente para los negocios. Pero tonto con las chicas. Tiene más de cincuenta años y ellas pueden engatusarle como quieran.

—¿Estás seguro de que se ha ido ya?

El jefe de los botones dio un brinco y empleó el teléfono de Willie para comprobarlo. No se había marchado, pero le endilgó un largo discurso por teléfono y, a pesar de las advertencias, no se dejó disuadir de acudir a la cita.

—Se la presenté demasiado bien a ese buen hombre. Se le caía la baba. Y se le cae todavía.

—Bueno, al menos le has avisado —dijo Willie—. Líbrate de esa moza.

—Sí, señor —dijo el jefe de los botones, con una mirada de profundo respeto—. Espero que no crea usted que...

—Si lo creyese, ¿estaría ahora hablando contigo? —dijo Willie—. Las Hermanas Ware son perfectas para ti. Conténtate con ellas.

—Lo siento.

—No ha pasado nada.

—Mr. Alien, desde el primer momento comprendí que era usted muy inteligente. Tal vez me ha salvado el cuello.

Willie hizo un ademán de indiferencia y el hombre se marchó.

Willie se desnudó, se puso el pijama y encendió el televisor. Todavía era muy temprano; tenía una larga noche por delante.

Empezó a garabatear en una hoja de papel del hotel y por fin escribió:

Querido bufón:

Es hora de que cambies de sitio. Bella ha sido un buen recordatorio. Puedes no haber hecho el primo con una ramera como ésa, pero podrías dejarte

embaucar por una chinita llamada Geraldine. ¿Qué te retiene aquí?

Despertó después de un sueño largo y desagradable, casi de pesadilla. Estaba sentado en la cama, sudando copiosamente y balanceándose de un lado a otro. Presa de pánico, saltó de la cama, encendió las luces y se sirvió una bebida.

Durante un rato, mientras bebía, consiguió arrojar de su mente el problema con que en definitiva tendría que enfrentarse.

Se estaba balanceando de nuevo. De muchacho y de joven le habían llamado *Willie el Lanzadera*, y este apodo le había acompañado mucho tiempo, incluso después de dejar de balancearse. ¿La causa? Desconocida. Diagnosticado por varios médicos como un «tic nervioso», le acometía de pronto e inexplicablemente: en el colegio, en el cine o en la calle.

Cuando tenía veintiocho años, había desaparecido misteriosamente. Ésta era su primera aparición desde hacía diecisiete años.

Willie estaba asustado, y no había sentido esta emoción, este temor infantil, desde su adolescencia. Terror, lo había sentido una vez, durante el robo del «Kenmore Trust». La tensión y el nerviosismo no eran desconocidos para él. Y el espanto le había mostrado su fea cara de vez en cuando. Pero el temor infantil... ¡no! Estudió su imagen en el espejo. Era la acostumbrada, salvo los cabellos rubios. ¿Era este balanceo un justo castigo? ¿Había tenido demasiada suerte? Dio unos puñetazos en el marco, rápidos, frenéticos y después se echó a reír.

Era hora de largarse. Sí, era hora de largarse. Tal vez el Carioca le estaba fastidiando..., algo sobre su ambiente de novedad rica, grosera, de masas. Tal vez su encuentro con aquella pequeña, barata y patética ramera, Bella, había despertado algo en su interior, algo relacionado con un pasado olvidado.

O... la joven china. ¿Podía ser esto?

Escribió:

Querido Bufón:

El Este es el Este, y Occidente es Occidente. La oriental inescrutable..., tonterías. Una mujer no es más que una mujer. Bella... Geraldine, ¿dónde está la gran diferencia?

Conque sigue rodando, hombre. Ve. Ve. Piérdete de vista.

Se sintió mejor y volvió a la cama. El balanceo no se repitió.

Miss Fang estaba ayudando al joven Mr. Wu a guardar una nueva remesa de vestidos de seda, orientales y occidentales, de Hong Kong y de Shanghai. Era una tarde apacible pero gris, con una niebla alta que velaba el sol. Fuera, los turistas, con niños y cámaras fotográficas, desfilaban interminablemente, contemplando los llamativos rótulos de Chinatown.

Miss Fang parecía nerviosa y preocupada, y guardó silencio durante tanto rato que Charles Wu empezó a mirarla. Una joven adorable, esa Miss Fang. Sería una esposa excelente para su amigo Roger Sing. Hablaba poco. Parecía vivir en un mundo propio. Pero la taciturnidad difícilmente puede considerarse defecto de una esposa, como tampoco el vivir en un mundo propio, ya que esto impide que se entremeta en los asuntos del marido. En una palabra: en opinión de Charles Wu, Miss Fang era una joya.

—Mire esto —dijo Wu, sosteniendo un magnífico traje sastre de seda cruda beige, de Shanghai—. Es precioso. Distinguido. Tengo que mostrarlo a mi esposa.

—Sí —dijo Miss Fang, rompiendo su largo silencio—. Estaba pensando...

—¿Qué, Miss Fang?

—En Mr. Alien —dijo Miss Fang—. Creo que va a casarse pronto. Su novia... Tal vez le interesarían unas prendas como éstas, ¿no cree?

Miss Fang trató de mantener los ojos bajos, mirando los vestidos, pero no lo consiguió del todo. Levantó la mirada, pero Wu le estaba sonriendo amablemente, sin sospechar en absoluto sus motivos.

—Sí, ¿cómo no había pensado en Mr. Alien? —dijo—. ¿Quiere telefonarle?

—¡Oh, no! —se apresuró a decir Miss Fang—. Podría interpretarlo mal.

Wu se rió, mostrando sus perfectos dientes blancos.

—Es usted muy precavida. ¿Acaso no tuve yo que persuadirla para que llevase el quimono al hotel de Mr. Alien? Pero..., sí, tal vez será mejor que le llame yo.

Wu se dirigió al teléfono. Sintiendo nerviosa y no queriendo oír la conversación, Miss Fang corrió al lavabo de señoras y estuvo allí casi un cuarto de hora, retocando el maquillaje de sus ojos. Cuando volvió, Wu estaba atareado con sus listas de inventario, y tan absorto en ello que no levantó la mirada. Miss Fang no dijo nada.

Por fin, Wu la miró.

—¿Quiere ayudarme a comprobar esta segunda lista de Shanghai? No cuadra del todo y no sé por qué.

—Sí, Mr. Wu.

Trabajaron en silencio durante media hora, hasta que encontraron lo que estaba equivocado en la lista y lo arreglaron.

Miss Fang tenía las manos frías y el resto de su cuerpo ardiendo. Le pareció que debía estar sofocada. Pero, desde luego, Wu no se dio cuenta de nada. ¿Qué había

sucedido? ¿Había hecho la llamada por teléfono? Si era así, ¿por qué no decía nada?

De pronto, él la miró.

—¡Ah! Sobre Mr. Alien. Se ha ido. Se ha marchado del hotel.

Miss Fang no pudo resistir un brusco movimiento y una mirada de asombro.

—¿Qué le pasa, Miss Fang? —preguntó Wu—. ¿Tanto la sorprende esto?

—Sí —dijo Miss Fang—. Por lo que dijo, creí que pensaba pasar allí una temporada.

—Tal vez le ocurrió algo imprevisto —dijo Wu, volviendo a su trabajo.

—¿Le han dicho adónde ha ido?

—No lo pregunté. Pero me dio la impresión de que se había marchado de la ciudad. Tal vez ha vuelto a Detroit.

¡Detroit! En el frío norte de los Estados Unidos, a miles de millas de la Golden Gate. Miss Fang había nacido y se había criado en San Francisco, y nunca había salido del Estado de California. El Medio Oeste y el Este le parecían tan remotos como Europa o la India.

—Miss Fang —dijo Wu—, ¿por qué no se toma un rato de descanso? Vaya a tomar un té. Dé un paseo. Hoy tenemos bastante calma y ha estado trabajando sin parar desde las nueve.

—Gracias, Mr. Wu —dijo ella—. Iré a «Ching's» a tomar un té con pastas. Si me necesita...

—No la necesitaré. Tómese tiempo.

Era un alivio. Ahora podría estar a solas en la penumbra de «Ching's», donde casi nunca había turistas, y pensar y soñar. ¿De nuevo en todo aquello? Le parecía increíble, imposible. ¿Cuáles habían sido sus intenciones? Vagas, muy vagas. Pero ¿por qué las había tenido, por vagas que fuesen? Evidentemente, Mr. Alien no era la clase de hombre que cualquiera de sus amistades llamaría «amable». Era, pensándolo bien, como otros muchos occidentales maduros que entraban en «Wu's» para mirarla, aunque tal vez más inteligente y, sin duda, más audaz.

Miss Fang sorbió su té. Molly Ching se acercó a hablar con ella, pero Miss Fang no estaba muy comunicativa y, por fin, Molly la dejó sola, mirándola de un modo un poco extraño.

¡Detroit! A miles de kilómetros de distancia. Parecía imposible. Y por último, Miss Fang decidió que, sencillamente, no podía creerlo.

Carl se estaba hartando cada vez más del sargento detective Nick Fay. O Nick se estaba volviendo hipocondríaco o era un hombre muy enfermo, que pasaba más tiempo consultando a médicos y hablando de su enfermedad, que preocupándose del verdadero objeto de su investigación.

Bajaban por una empinada calle de San Francisco, con Carl al volante del coche de Nick. Carl se había hecho teñir el cabello de un rojo zanahoria, en imitación de uno de los trucos que estaba seguro que empleaba Willie. Nick pensaba que estaba horrible, y se empezaba a hartar de escuchar el relato de las aventuras de Carl en el salón de belleza donde le habían hecho aquel trabajo.

—¡Menuda moza! —decía Carl—. Una robusta rubia de grandes ojos; tendrías que haber visto cómo se tragó mi historia. Le dije que mi esposa me estaba volviendo loco porque se había encaprichado de un tipo pelirrojo; por esto quería teñirme el cabello del mismo color, para hacerle un poco la competencia...

—Es la tontería más grande que... —le interrumpió Nick.

—Pero se lo tragó todo —dijo Carl—. Era muy simpática. Creo que habría podido darme un revolcón con ella allí mismo, en la tienda, de no haber sido por las otras. Sí, me hizo un buen trabajo y me deseó suerte y todo lo demás. Lo que me preocupa es que ahora tendré que hacérmelo teñir de vez en cuando, a medida que se decolore. ¿Estás inquieto por mí, Nick?

—No irás a que te tiñan, loco bastardo —dijo Nick—. Comprarás un tinte en una tienda y lo harás tú mismo. ¿O acaso quieres que te pillen?

—Pero estoy muerto —dijo Carl—. ¿No lo sabes? Soy un fiambre. ¿Y quién va a buscar un fiambre?

Hubo un largo silencio en el coche y, después, dijo Nick:

—Es ahí.

—¡Vaya un antro! —dijo Carl—. Que me aspen si puedo sentirme cómodo en un sitio como ése. Pero es el adecuado para Willie. ¿Cómo no lo probamos antes?

—Es nuevo de este año —dijo Nick—. Ni siquiera sabía que existiese.

Carl condujo el coche hasta el final de la extensa zona de aparcamiento de «The Carioca», y lo detuvo allí. Nick se apeó y dijo:

—Ahora quédate en el coche y mantén baja la cabeza. Si Willie está aquí, te reconocería en seguida, a pesar de tus cabellos rojos.

—Escucharé el partido de béisbol por la radio —dijo Carl—. No te preocupes por mí.

Nick le dejó. Carl observó cómo se alejaba el viejo y flaco Nick Fay, con sus hombros caídos y su aire desalentado, un tipo bastante duro en el fondo, pero que estaba perdiendo facultades. Lo cierto era que Carl y Nick se estaban hartando el uno del otro. Unas pocas semanas más, y alguien podía salir malparado. Juntos, no se encontraban bien.

Si se sentaban a comer, Nick empezaba a rebullir inquieto, se frotaba cuidadosamente el lado izquierdo del pecho y, después, empezaba con el cuento de su lesión calcificada, y del ambiguo resultado del electrocardiograma, y de sus fuertes dolores, y de su debilidad por la mañana, y dale que te pego. Había estropeado todas las comidas de Carl con sus constantes gemidos y lamentaciones.

Por otra parte, la rudeza de Carl hería la sensibilidad de Nick. Las bromas de Carl le estremecían a menudo y, de vez en cuando, Carl hacía algo (como manosear a una camarera), que enfurecía a Nick hasta el punto de que tardaba horas en calmarse.

—Eres un palurdo sucio y repugnante —gritaba—. ¿Y si la chica presenta una denuncia?

—No lo hará —replicaba Carl—. Sé escogerlas bien.

Y Carl tenía razón. Sus bufonadas no solían crear dificultades, salvo algunas miradas ofendidas.

Dejando a Carl en segundo término, Nick había visitado el «Pearl of the Orient», en Tropic, empleando su placa, y había sostenido incluso una larga charla con el joven detective Earl Jordan. No había podido descubrir ninguna pista que no conociesen ya, salvo la reserva en el «Fairmont». Por consiguiente, habían seguido la autopista de la costa, deteniéndose en todos los lugares ostentosos para echar un vistazo e investigar, seguido después hasta San Francisco, donde Nick, experto en descripciones, incluidas las peculiaridades, peinó los hoteles caros, entre ellos el «Fairmont», el «Mark Hopkins» y el «St. Francis».

El «Carioca» fue su última parada. Habían inspeccionado ya todos los mejores moteles de la península.

Carl se arrellanó en el asiento delantero, encendió un cigarrillo y escuchó la retransmisión del partido de béisbol de los Giants. La temporada casi había terminado, pero la lucha era muy encarnizada en la Liga Nacional.

Mientras tanto, «Cadillac», «Thunderbirds», «Mercedes-Benz» y coches deportivos de todas las variedades, iban y venían, con Carl observándolos sarcásticamente. ¿De dónde, oh, de dónde venían todos esos estúpidos ricachones?, se preguntaba. Coches que tal vez valían, entre todos, un millón de dólares, iban y venían mientras él estaba sentado allí. ¡Terrible! Tal vez sus dueños sabían lo que se hacían. Pero lo único malo era que esto significaba siempre hacer la pelota a alguien, cosa que Carl encontraba imposible. Para hundirse o flotar, como Willie, debía contar solamente con sus propias fuerzas.

No podía hacer las cosas a medias, o tratar de andar en ambas direcciones, como intentaba hacer el atolondrado Nick Fay. Había que fijarse en Nick. Durante años, no había sabido si era un truhán o un policía. ¿Y qué había pasado? Que había resultado ser un policía truhán, lo cual, en opinión de Carl, significaba realmente ser menos que nada.

Cierto que él mismo se había chivado alguna vez, pero no era porque tratase de andar en ambas direcciones, sino sólo de establecer relaciones útiles con la Policía, de

lo que Nick Fay era buena prueba.

Al cabo de un rato, Carl vio que Nick venía en su dirección, macilento, con los hombros caídos y el aire desalentado. Pero Carl sabía que era un error sacar deducciones del aspecto y la actitud de Nick. Siempre era igual.

Nick llegó y se apoyó en el coche.

—Esta vez di en el blanco —dijo—. Pero hemos llegado tarde. Se alojó aquí, bajo el nombre de Lawrence Allen, de Detroit.

—¿Cuánto tiempo hace que se fue?

—Tres días.

Carl maldijo en voz baja y dio una palmada en el asiento del coche.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora? —preguntó, disgustado.

—Dejó la misma clase de dirección —dijo cansadamente Nick, quitándose el sombrero y enjugándose la frente—. No sé por qué estoy sudando tanto. No hace calor.

La cara cuadrada de Carl mostró una irritación exagerada.

—No pienses en el sudor —dijo—. ¿Qué haremos ahora?

—Eres un bastardo muy simpático —dijo Nick—. ¿Qué puedo hacerle, si me encuentro fatal?

Carl se quedó mirándolo, apretados los labios.

Nick suspiró, volvió a calarse el sombrero, y siguió diciendo:

—Tiene una reserva en el «Biltmore» de Los Ángeles. Dijo que sólo estaría allí un día o dos y que telegrafiaría diciendo a qué hotel debían enviarle la correspondencia. El mismo truco. Pero, como aquí no tuvo motivo de alarma, es posible, sólo posible, que siga usando el mismo apodo...

—Sí —dijo Carl, más animado—. Una buena idea. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Creo que él se quedará en California. Se está acercando el otoño, ¿por qué volver a la nieve y a la cellisca? Creo que probablemente rondará por la zona de Los Ángeles. Ah, y ahora tiene los cabellos rubios y usa gafas.

Carl rió con fuerza.

—Buena idea. Me parece que voy a hacer lo mismo.

—Cuando lleguemos al sur de California podrás llevar gafas de sol. Todo el mundo las lleva.

—Sí —dijo Carl, haciendo un guiño—. Me parece bien. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Volveremos atrás, por la autopista de la costa hacia Los Ángeles. En cuanto hayamos pasado de St. Luis Obispo, empezaremos a buscar por allí. Me imagino que Willie se esconderá probablemente en un motel u hotel de la costa, en uno de los mejores, y no hay muchos de ellos en aquel sector.

—Vamos allá —dijo Carl.

—No —dijo cansadamente Nick—. Antes quiero dormir bien una noche. Esto me está fatigando mucho.

—Dormirás en el coche, ¡maldita sea! —chilló Carl—. Yo conduciré. No

comprendo por qué diablos estás tan cansado. Y no voy a perder prácticamente todo un día. Sube.

Nick obedeció en silencio, se arrellanó en el asiento y cerró los ojos. Hubo una larga pausa mientras Carl conducía el coche por una larga y empinada cuesta, desde cuya cima podían ver el centro de San Francisco extendiéndose ante ellos, con los grandes edificios alzándose hacia un cielo tranquilo y grisáceo, y las casas y edificios más pequeños formando racimos de sucios bloques blancos, desparramados a varios niveles. Más allá, había una franja gris de agua y la enorme curva de un brazo de un puente. Carl observó que volaban gaviotas en lo alto, encima de la ciudad y esto le pareció extraño.

—Está bien —dijo Nick—. Vayamos en busca de nuestras maletas. Probablemente tengas razón, Carl.

—Claro que tengo razón —dijo Carl—. Golpea mientras el hierro está al rojo. Es lo que solía decir mi padre.

Nick se volvió y miró sorprendido a Carl, como si no pudiese imaginarse a éste como muchacho, y con algo tan vulgar como un padre.

—¿Qué hacía tu viejo?

—¿Hacer? ¿Quieres una lista? Luchaba en peleas de club. Bebía. Era un rompedor de huelgas. Jugaba en las carreras de caballos. Tenía miedo de mi madre y me azotaba furiosamente, cosa que yo me merecía. No era malo en comparación con otros, ¡que lo son bastante! ¿Quieres saber cómo murió? Te partirás de risa. Era la víspera de Navidad. Yo tenía entonces unos quince años. El viejo se emborrachó y compró un árbol de Navidad y lo puso en la parte de atrás del coche. Lo malo fue que tropezó con una furcia en un bar y la llevó a un motel. Hacía mucho frío, alrededor de cero. Por consiguiente, encendieron al máximo la estufa. Y no se despertaron. Los gases. El maldito árbol de Navidad continuaba en la parte de atrás del coche del viejo.

Carl soltó una carcajada.

Nick se quedó impresionado, recordando la cara austera del irlandés del Norte de su propio padre. ¿Quería Carl tomarle el pelo? Pero no, no era una de esas historias que se inventan. Tenía el triste son de la verdad. En medio de la vida, nos tropezamos con la muerte. ¿Quién sabe cuál será el próximo? Nick se estremeció involuntariamente, y se tocó con delicadeza el lado izquierdo del pecho con la mano derecha.

Pero esta vez, Carl no lo advirtió. Estaba demasiado entretenido recordando otros episodios «cómicos» de la vida de su padre, Vig Tom Benedict, un verdadero perdedor.

Chris, el jefe de los botones, era el favorito de Addison, uno de los subdirectores del «Carioca», y en la reserva de su pequeño despacho, Addison solía confiarse al alto mozo rubio. Hoy no fue una excepción. Addison había sufrido una fuerte impresión. Un agente de Policía del Medio Oeste había irrumpido en el «Carioca» y hecho muchas preguntas, robando a Addison casi cuarenta y cinco minutos de su valioso tiempo y llegando al fin a la extraña conclusión de que Mr. Lawrence Allen, de Detroit, huésped distinguido del «Carioca» durante casi un mes, era el hombre que estaba buscando.

—¡Pero esto es absurdo! —exclamó Addison.

Chris no dijo nada. Como también él era un pájaro de cuenta, había reconocido algo, una calidad, un tono, en Mr. Alien, que no correspondía exactamente a un hombre de negocios retirado, de Detroit. También había reconocido su agudeza y su habilidad. De hecho Chris le había tomado mucha simpatía a Mr. Allen, y deseaba hacerle un favor.

—¿Y qué ha hecho usted? —preguntó Chris.

—Bueno, telefoneé al «Bildmore» de Los Ángeles, donde Mr. Alien había reservado habitación. Pero la reserva había sido cancelada. Yo quería avisarle. Esto es una cosa horrible. Pero, afortunadamente, no estará en el «Bildmore» cuando vaya a buscarle el agente. Tiene que haber un terrible error.

—Sí, señor —dijo Chris.

Chris volvió al vestuario y fumó reflexivamente un cigarrillo. Por fin se dirigió a un teléfono público y llamó a las hermanas Ware, esperando que tal vez Mr. Alien les habría dejado alguna clase de señas. Pero fue inútil, tal como habría presentido Chris en lo más recóndito de su mente. Un hombre como Mr. Alien no se confiaba a las ramerías.

Pero no quiso darse por vencido. Mr. Alien le había tratado bien, dándole una propina más generosa de lo que era corriente o necesario. Y sin embargo, no era sólo cuestión de dinero. La admiración representaba un papel en su deseo de emulación. Mr. Alien, fuese lo que fuere (y Chris tenía ahora pocas dudas de que era probablemente, un estafador importante), era más o menos lo que esperaba ser Chris en el futuro. Ahora no era más que un modesto alcahuete con un equipo de muchachas; pero tenía dinero en el Banco y un buen empleo, y sólo tenía veinticuatro años.

Chris se estrujó el cerebro. Él me dio el soplo, pensó, sobre esa pequeña y horrible zorra, Bella, y tal vez me salvó de dificultades con la Policía. Por último, recordó lo que se había hablado en el hotel acerca de Miss Geraldine Fang, de «Wu's». El exquisito bombón que había venido a visitar a Mr. Alien.

Nacido en San Francisco, Chris no había estado en Chinatown desde hacía años. La pálida luz amarilla del sol, filtrándose entre la neblina, iluminaba las chillonas fachadas de las tiendas y se reflejaba en las cámaras de los cansados turistas que andaban pesadamente de tienda en tienda.

Mr. Wu miró al alto joven de chaqueta deportiva y pantalón ceñido, de algodón, con el recelo propio de un policía.

—¿Miss Fang? Sí, está aquí.

A un ademán de Wu, Miss Fang se acercó. Chris sonrió cortésmente y asumió sus mejores modales estilo «Carioca», pero pensó: *Me gustaría añadir esa pequeña a mi lista. Ganaría una fortuna.*

—¿Sí? —dijo Miss Fang, disimulando su sorpresa.

—Usted no me recordará, desde luego —dijo Chris—. Sólo la vi de lejos. Pero soy el jefe de los botones del «Carioca».

—¿Sí? —dijo Miss Fang, poniéndose tensa.

—Se trata de uno de nuestros huéspedes, de Mr. Alien. Estoy tratando de localizarlo. Hay una carta. Tenía una reserva en el «Bildmore» de Los Ángeles, pero la canceló. Y no hemos sabido nada más de él. Entonces recordé que había hecho tratos con este establecimiento cuando estuvo en la ciudad y...

Miss Fang parecía incapaz de hablar y Chris se preguntó qué diablos le ocurría. Wu se acercó a ellos.

—¿Mr. Alien? No, lo siento. Yo también traté de ponerme en contacto con él. No tengo ni idea de dónde está. Tal vez ha vuelto a Detroit.

Chris asintió cortésmente con la cabeza, y dio las gracias a Wu, pero estaba seguro de que «Mr. Alien» podía proceder de cualquier parte menos de Detroit, por lo que sería fútil tratar de buscarle allí.

—Tal vez tenga razón —dijo—, y tal vez nos dirá algo desde allí pero, si le telefona o se pone en contacto con usted, ¿tendrá la bondad de darle un mensaje?

—Desde luego. No faltaría más. Miss Fang, tome nota, por favor.

Miss Fang sostuvo el bloc y la pluma en sus delicadas manos marfileñas, sin levantar la mirada.

—Mr. Alien debe ponerse en contacto conmigo, Chris, el jefe de botones, en el «Carioca». Es muy importante.

Les dio de nuevo las gracias y se marchó. Miss Fang arrancó cuidadosamente la nota del bloc y se la tendió a Wu, que la introdujo en la máquina registradora.

—Es raro —dijo— que un hombre como Mr. Alien no dejase una dirección donde pudiesen remitir la correspondencia. Debe recibir cartas muy importantes.

—Sí —dijo Miss Fang.

Si Willie había conseguido escapar una vez más de sus perseguidores y dejarles muy atrás, no había logrado librarse de su balanceo. Había vuelto a acometerle con tal fuerza y persistencia, que él había tenido miedo y se había hecho reconocer por un especialista del sistema nervioso, un tal doctor Horton Mahon. Mahon le había sido recomendado por el gerente de un gran motel, el «Golden West», en el que se había alojado Willie al salir de San Francisco. El «Golden West» estaba a 200 millas al sur, en la autopista de la costa. El doctor tenía su consultorio en Los Ángeles.

El médico le hizo un rápido reconocimiento físico, ayudado por una joven enfermera que puso gravemente a prueba la frialdad de Willie, a pesar de las gruesas gafas y de la actitud de distanciada eficacia. Percibió en ella algo que no podía acabar de definir; tal vez una sensualidad profundamente reprimida.

Después tuvo una charla con el médico, en un pequeño despacho privado.

—Usted parece ser un hombre muy sano, casi diría excesivamente sano, Mr. Alien. —El médico le miró con sus agudos ojos grises—. No sé qué decirle. Este rápido reconocimiento parece indicar que, al menos físicamente, es usted mucho más joven de lo que corresponde a sus años. Debería encontrarse bien. El balanceo, como lo llama usted, es desconcertante y, debo confesarlo, algo nuevo para mí. Tiene dos alternativas. Quiero decir que le haré dos recomendaciones: Primera: ingresar en un hospital y someterse a pruebas exhaustivas bajo mi supervisión. Esto podría decirnos algo. Segunda: probar un tratamiento a base de sedantes suaves que le recetaré. Evidentemente, no hay peligro inmediato, Mr. Alien. Si el examen no revela nada, o si los sedantes no dan resultado, probaremos otra cosa.

Willie lo estuvo pensando en apariencia, como si realmente considerase las alternativas. Pero, de hecho, había decidido ya olvidarse de ello. Ni pensar en ingresar en un hospital. En cuanto a los sedantes, era un hombre que tenía que estar constantemente alerta y no podía exponerse a tener la mente turbia, especialmente por la noche.

—Bueno —dijo—, creo que lo pensaré durante unos días. Por lo visto estoy físicamente sano, por lo que la cosa no puede ser grave.

—Al contrario —dijo el médico—, esta manifestación, si no comprobamos qué es, puede conducir a algo muy grave. En mi opinión, este «balanceo» no es más que un síntoma de algo mucho más profundo. Si tiene tiempo, podríamos buscar una pista en el historial de su familia. Pero dejaré que esto lo decida usted, Mr. Alien.

Entonces, el doctor le ofreció un cigarrillo y ambos encendieron y fumaron. La enfermera entró con algunas notas y Willie volvió a sentir una fuerte reacción. Levantó los ojos. El doctor le estaba mirando con curiosidad.

—Gracias, Dorothy —dijo el médico, al ver que la enfermera parecía inclinada a entretenerse en sus funciones.

Ella salió.

—¿Polaca? —preguntó Willie.

—Sí —dijo el médico—. Dorothy Velinsky. ¿Por qué?

—Me lo pareció —dijo Willie—. Yo soy de ascendencia irlandesa. Viví mucho tiempo en un barrio que era medio irlandés y medio polaco. Reconocí algo en esa joven.

—¿Qué? —preguntó el doctor.

—Una fuerte sexualidad —dijo Willie—. Algo muy frecuente en las jóvenes polacas.

Pero Willie no estaba en realidad seguro de lo que había reconocido, y se sorprendió un poco, e incluso se molestó, cuando el médico se echó a reír.

—Debe haber reconocido algo más —dijo el doctor—. En la casa, Miss Velinsky es conocida como la Monja. Gusta a los hombres, pero los hombres no le gustan. Es un caso interesante. Estudió para ser bailarina de ballet, pero la moral relajada, frecuente en el negocio del espectáculo, la afectó tanto que prefirió ser enfermera.

—Algo anda mal en ella —dijo Willie.

—No —dijo el doctor—. Miss Velinsky es una joven sumamente inteligente, que está tratando solamente de encontrar su vocación. Le gustaría estudiar Medicina, pero tiene ya veinticinco años, y la tarea sería larga y pesada, por no hablar de los gastos.

El médico parecía querer retener a Willie para charlar, pero éste consiguió al fin despedirse de él. Miss Velinsky estaba de pie en el antedespacho, hablando con la recepcionista a través de la ventanilla.

—Adiós, Mr. Alien —dijo.

Willie se volvió y la observó. La blancura almidonada y rígida de su uniforme, no disimulaba las líneas de su voluptuoso cuerpo. Detrás de las gruesas gafas, sus ojos eran de un azul brillante, mientras que los cabellos, debajo de la cofia, eran sedosos y de un negro azulado. Y había algo en la suave curva de los labios firmemente apretados... Willie no sabía qué...

—Adiós, Miss Velinsky —dijo, y salió apresuradamente.

El médico la llamó y Miss Velinsky entró en su despacho.

—¿Qué te ha parecido nuestro nuevo paciente, Dorothy? —preguntó él.

—No estoy muy segura —dijo ella.

—Tiene algo.

—Oh, sí. Algo.

—Le encuentro muy interesante —dijo el médico— y me gustaría que volviese. Pero tengo la impresión de que no lo hará.

—Parece muy sano. ¿Qué puede tener?

—No lo sé. Podría haber antecedentes epilépticos en su familia. Es un asunto delicado. Pero yo diría que es un hombre muy agitado.

Mientras volvía por la autopista de la costa, Willie se sintió vagamente impresionado y profundamente preocupado. ¿Por qué le había afectado Miss Velinsky...? ¿Sólo porque le había recordado una época de su vida que casi había

olvidado? ¿O por algo más? ¿Qué importaba? Pero, a pesar de su renuencia, el tiempo retrocedió en más de veinticinco años.

Volvía a ser un joven galán, muy hábil con un taco de billar, y con una mano muy segura para las jóvenes polacas de su distrito... María, Doll, Rosicka..., ¿y cuántas más?

Era esto. Miss Velinsky se parecía mucho a las jóvenes polacas de aquella época.

Se detuvo en un motel que tenía bar y parrilla, pidió un bocadillo y un vaso de cerveza y se sentó para contemplar, a través de las amplias ventanas, el océano Pacífico que se extendía ante él, inmenso, azul, tranquilo, hasta el lejano horizonte. Pero encontró insípido el bocadillo y floja la cerveza.

«¿Qué me pasa —escribió más tarde, de regreso en el “Golden West”—, que nada me parece bien y todo se me presenta mezclado y confuso? ¿Por qué me balanceo? ¿Por qué me hizo volver al pasado la visión de una joven polaca? ¿Hay algo más espantoso que el pasado? Bufón, vas por mal camino».

Aquella noche, Willie dio un paseo a solas por los vastos terrenos del motel, con sus cientos de luces resplandeciendo en la oscuridad, la música de una orquesta de cuerda llegando desde el comedor, y el Pacífico rompiendo mansamente sobre la playa arenosa.

—Willie —dijo Willie—, no te comprendo en absoluto. Te has salido con la tuya. ¿No puedes meterte esto en tu cabezota irlandesa? ¡Te has salido con la tuya! Por consiguiente, deja de preocuparte.

Pero su condición no mejoraba. Los balanceos nocturnos eran ahora casi cotidianos. Parecían estar esperándole. Pero de día le dejaban tranquilo, y a veces conseguía olvidarse de ellos. Por la mañana, bajaba a la extensa playa blanca y caminaba hacia un viejo rompeolas cubierto de lapas, con la brisa fresca y salobre refrescándole y calmándole. Holgazaneaba en la piscina, observando a las mujeres durante las largas y soleadas tardes, y por la noche, después de dar un paseo por los jardines del motel, consumía una cena excelente en el grill, donde había una gran chimenea blanca de ladrillos y un ambiente de confort opulento..., y donde su Enemigo parecía brillar por su ausencia. Más tarde, leía los diarios y tal vez una revista o dos; después, se preparaba una bebida (Willie era y siempre había sido un bebedor moderado) y se sentaba cómodamente para ver la televisión. ¿Dónde estaba su Enemigo?

Finalmente se iba a la cama, sintiéndose tranquilo y sólo ligeramente cansado, y a los pocos minutos se quedaba dormido. Transcurría una hora, o un par de ellas y de pronto, el Enemigo estaba allí, poderoso en el silencio de la noche. Willie se despertaba sobresaltado y se encontraba sentado en la cama, bañado en un sudor frío y balanceándose a un lado y otro sin poderse dominar.

Su primera emoción era siempre de terror infantil, paralizador, seguido de furiosa

irritación y, por fin, de ira. Se levantaba de un salto de la cama y empezaba a pasear arriba y abajo por el dormitorio a oscuras, sudando y delirando. Y entonces, poco a poco, se calmaba, tomaba una ducha, se cambiaba de pijama, se sentaba delante del televisor y miraba cualquier cosa que estuviesen dando. Pronto le pesaban los párpados y volvía a la cama y se sumía en profundo sueño. El Enemigo también dormía, por lo visto satisfecho del resultado de su único ataque.

En su juventud no había sido así. El Enemigo había actuado con más frecuencia, pero más débilmente, atacándole de forma inesperada en cualquier momento, pero no con la fuerza de las actuales acometidas nocturnas.

Una noche, Willie escribió:

Debe ser lo que yo pensaba. He tenido demasiada suerte. Di el golpe más grande que me podía imaginar y conseguí lo que quería. Es como si algo se sintiese ofendido y quisiera castigarme. Una justa venganza, ¿qué otra cosa puede ser?

Después de un ataque muy fuerte, resolvió ir otra vez a ver al doctor Mahon, pero en el tranquilizador ambiente soleado de la mañana siguiente las cosas volvieron a adquirir un aspecto distinto, y decidió no ir.

Por la noche, cuando estaba sacando del armario una caja de camisas nuevas que había comprado, advirtió otra caja de cartón en el fondo del estante. No se acordaba de ella. ¿Qué podía ser? Después de afeitarse, vestirse y prepararse para su agradable visita nocturna al grill, bajó aquella caja y la abrió. La primera impresión que le causó su contenido fue de una belleza rica y resplandeciente. Negro, oro, amarillo, naranja: una profusión de colores sobre una seda brillante. El quimono. El regalo que había rechazado Miss Fang. Lo sacó, lo contempló y lo colgó en el respaldo de un sillón de su pulcro dormitorio blanco y beige donde, con su opulenta belleza, casi cambió completamente el carácter de la habitación. En realidad, le pareció tan maravilloso a Willie (un festín para los ojos) que lo dejó allí.

Y le saludó a su regreso, resplandeciendo bellamente en la fluorescente y austera habitación, como una protesta contra la fealdad deliberada, como una promesa de que había en el mundo, y para los vivos, algo más que eficacia para las masas y buenas instalaciones sanitarias.

Lo dejó sobre el sillón. Incluso en la oscuridad, los pálidos reflejos de las luces del jardín del hotel lo alcanzaban aquí y allá, produciendo un débil, pero agradable resplandor en el dormitorio. Willie se durmió casi en seguida. No se despertó hasta la mañana, cuando arrancaron los coches en el exterior y empezó la gente a hablar y reír, y los pájaros a Willie se sintió como un hombre nuevo. ¡Miss Fang! Ésta era la respuesta. ¡Miss Fang!

Durante días, Carl Benedict había tenido poco que hacer, salvo observar a la gente rara que pescaba en el muelle de la pequeña población de California del Sur donde él había encallado. Las observaba durante horas, bebiendo una lata de cerveza tras otra, mientras ellos cortaban el cebo, fijaban carretes, desenredaban hilos..., y en realidad lo hacían casi todo, salvo pescar peces.

Estaban chalados, decidió Carl, mirándoles severamente. Sentados tontamente y con la cabeza huera. No se podía distinguir a los hombres de las mujeres. Carl estaba de un humor de perros. La tensión de sus nervios estaba a punto de alcanzar el grado de ruptura. Necesitaba acción. Cualquier clase de acción. Tenía el bolsillo lleno de dinero, pero esto no significaba nada. El dinero nada valía si no se podía trocar por placer. Y Nick Fay yacía día tras día en una cama de motel, asistido por un médico de pueblo que, en opinión de Carl, parecía todavía más chalado que Nick.

Había aguantado todo lo que había podido. Aquella noche, después de cenar, entró de golpe en la habitación de Nick. Éste, sobresaltado, miró a Carl con irritación.

—Estaba a punto de conciliar un agradable sueño —se lamentó.

Carl lanzó una maldición y dijo:

—Siempre estás a punto de conciliar un agradable sueño, y este pequeño gruñón se está hartando de ti. Eres un timador repugnante; ni más ni menos. ¡Mira que coger el dinero del viejo Johnny sólo para tomarte unas vacaciones...!

Nick protestó débilmente, gesticulando, y de pronto Carl, a quien tenían casi completamente sin cuidado los contratiempos de los otros y que era un torpe observador, pudo ver perfectamente las manos de Nick. Eran increíblemente delgadas, casi como garras, y parecían transparentes. Aquello le impresionó y le hizo guardar silencio. Nick *estaba* realmente enfermo. Aquellas manos parecían las de un muerto.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nick, levantando la cabeza con un doloroso esfuerzo.

—Estaba pensando —dijo Carl—. No quiero apretarte demasiado, Nick. Sé que estás bastante enfermo... Por consiguiente...

Nick se sentó en la cama y le miró fijamente. Una cosa era que él insistiese en que estaba muy enfermo, y otra muy diferente que Carl se mostrase de pronto de acuerdo con él. Esto le preocupó y le asustó.

—Oh, estoy mejorando. Hoy me siento más fuerte.

—Claro, claro —dijo Carl—. Ya lo veo. Pero tú no podrás ir a parte alguna durante unos días y yo me estoy aquí sentado. Lo mejor que puedo hacer es coger el coche, recorrer un trecho de costa, tal vez un centenar de kilómetros, y volver. Al menos haría algo. Si no, pronto me volveré loco, Nick. No puedo aguantar mucho más.

—No sé —dijo recelosamente Nick.

—¿Por qué?

—Eres un loco bastardo, Carl; podrías meterte en algún lío y te pillarían. Y tendrías mi coche, ¿no? Podría ser un follón de mil diablos.

—Nick —dijo Carl—, puedo ser un loco bastardo y, por consiguiente, hacer locuras; pero no *ahora*. Estoy pensando en aquellos quinientos mil dólares. Estoy pensando en lo cerca que hemos llegado de aquel pequeño bastardo, de Willie. Estoy pensando que tal vez nos acompañe la suerte. Vamos, Nick. ¿Qué podemos perder con esto?

Con mucho recelo, Nick dio al fin, aunque débilmente, su conformidad. Lo cierto era que se sentía demasiado enfermo como para preocuparse realmente de aquello.

A la mañana siguiente, muy temprano, Carl cogió el coche de Nick, se caló las nuevas gafas de sol, se despidió con un irónico ademán de los pacientes pescadores del muelle y se dirigió hacia el sur por la ondulada autopista de la costa, sintiéndose libre por primera vez desde que había empezado la caza.

Era un hermoso día de finales de verano, con un enorme banco de esculpidas y blanquísimas nubes en el horizonte marino. El cielo era de un azul muy claro; el mar, de un azul más oscuro, con rayas verdes donde había corrientes de superficie procedentes de la costa, y de un rojo pardusco donde había campos de algas. Las gaviotas estaban en todas partes, volando alto, posándose en bandada en las playas y chirriando como goznes herrumbrosos. El aire era casi tan puro y claro como en un desierto, y las distancias parecían increíblemente grandes.

Al mediodía se detuvo para tomar un bocadillo en un restaurante de carretera con vistas a la playa. Había una mujer de constitución robusta y ojos tristes detrás del mostrador, y Carl empezó a hablar con ella.

—¿Hay grandes moteles de playa por aquí? —preguntó al fin.

—Cerca, no —dijo la mujer, mirando a Carl con interés—. Pero hay un pequeño motel un poco más abajo, tal vez a un cuarto de kilómetro de aquí. En los grandes, cobran una barbaridad.

Carl reflexionó, sopesando, como había hecho durante toda su vida, las varias alternativas. El objetivo único nunca había sido de su gusto. Él no era como Willie. ¿Por qué no echar una cana al aire? La mujer parecía dispuesta a un revolcón, esto era evidente. Probablemente se aburría en este lugar apartado. Pero a Nick le daría seguramente un ataque si no volvía la próxima noche. Y de todos modos, ¿valdría la pena el revolcón?

Miró especulativamente a la mujer. Ésta pareció sentirse violenta, y al fin dijo:

—Hay un gran motel de lujo a unas treinta millas de aquí: el «Golden West». Me han dicho que, por algunas de sus habitaciones, cobran cuarenta dólares al día.

—Sí —dijo Carl—. Jesse James sin caballo.

Decidió seguir adelante y echar un vistazo al «Golden West». Parecía un lugar

que podía ser del gusto de Willie. Siempre podía volver. La mujer estaría todavía aquí y, además, no era realmente nada excepcional: sólo una mujer solitaria y bien dispuesta.

—Tal vez vuelva por el mismo camino —dijo—. ¿Suele estar siempre por aquí?

—Sí —dijo la mujer—. Hasta las seis, aproximadamente. Vivo al otro lado de la carretera.

Carl le hizo un guiño.

—Hasta luego —dijo.

Carl dio un respingo y se quedó rígidamente sentado. No podía dar crédito a sus ojos.

Acababa de entrar en el ancho paseo flanqueado de árboles que conducía al edificio principal del «Wolden West Motor Hotel» cuando lo vio, justo delante de él, en toda su gloria; el gran Willie Madden, sentado en un «Cadillac» blanco aparcado, y hablando tranquilamente con un botones. Willie llevaba también gafas de sol, y sus cabellos eran mucho más claros, pero no había duda de que era él. El pequeño y astuto y peligroso Willie, listo como una cobra y dos veces más mortífero.

Carl empezó a sudar. No sabía exactamente qué hacer, cómo llevar este inesperado enfrentamiento. Willie tendría escondido el dinero. Había que tener paciencia y seguirle con cuidado. Pero Carl no era paciente ni cuidadoso.

Todo su instinto le empujaba a la acción y, como sabía que sería una locura actuar ahora, y era incapaz de resolver cómo tenía que hacerlo, se quedó allí sentado, sudando, aturdido e indeciso.

Mientras Carl vacilaba, Willie hizo un breve ademán, arrancó y condujo el coche por el camino que llevaba del «Golden West» a la autopista de la costa; después se dirigió hacia el Norte, conduciendo despreocupadamente, observó Carl, como si nada le inquietase en el mundo.

Tomando rápidamente una decisión, Carl condujo el coche por el paseo privado y se dirigió al botones.

—¿Qué desea, señor? —dijo volviéndose el muchacho.

—Discúlpame, chico —dijo Carl, esforzándose en hablar como se imaginaba que lo haría un ciudadano distinguido—. ¿Podrías decirme si se aloja aquí Mr. Lawrence Allen?

—Sí —dijo el botones, señalando—. Precisamente acaba de salir.

—¡Oh, no me di cuenta! —dijo Carl, de un modo tan poco natural que el muchacho le observó, preguntándose qué le resultaba tan raro en aquel hombrón de cabellos tan rojos—. ¿Se ha marchado del hotel?

—No —dijo el muchacho—. Sólo ha ido a dar un paseo en coche por la costa, supongo que para ver el paisaje. Volverá.

—¿Ha dicho cuándo? Mira, yo soy amigo suyo, de su misma ciudad natal. Me

gustaría darle una sorpresa, por mor de los viejos tiempos.

—No lo ha dicho —respondió el muchacho—. Pero es posible que vaya a San Francisco y cene allí.

—Pero ¿se supone que volverá esta noche?

—Oh, sí. Estoy seguro de que volverá esta noche. O en todo caso, de que volverá. Tiene aquí todo su equipaje. Acabo de trasladarle a un nuevo bungalow. Mejor que el anterior, lejos de la piscina. Allí hay mucho ruido.

Carl gruñó para sí, con satisfacción. Ahora tenían a Willie. La suerte les acompañaba. Si Willie hubiese «pillado» a Carl, la cosa sería diferente. ¡Le tenían! Lo que había que hacer ahora era volver y dar la buena noticia a Nick, que sin duda saltaría de su cama de enfermo; después podrían esperar a Willie y empezar a seguirle. Finalmente, tendrían una pista sobre el sitio donde había escondido el botín, y entonces encontrarían la manera de forzarle la mano, asustarle, hacerle correr en busca del dinero, y echarle la zarpa cuando lo tuviese en sus manos.

Willie era demasiado listo para llevar mucho dinero encima. Su fuente de suministro podía estar en San Francisco, pero Carl tenía muchas dudas sobre esto. Willie acababa de venir de allí. No volvería tan pronto en busca de dinero.

Ahora tengo que marcharme, se dijo; después dijo al muchacho:

—¿Está el bungalow de Mr. Alien por aquí?

—Sí —dijo el muchacho—. Es aquél de tejado de esquisto. El mejor que tenemos.

Carl sonrió y le dio un dólar.

—Tal vez vendré a verle esta noche. Somos viejos amigos. ¡Menuda sorpresa va a llevarse! Si lo ves, no le digas nada. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo el muchacho, sin dejar de observar a Carl, preguntándose qué clase de hombre sería. Parecía duro, muy duro. Pero esto no era todo. Había algo raro en él; el muchacho no sabía exactamente qué. No era la clase de hombre que uno diría que podía ser amigo de un caballero tan distinguido como Mr. Alien—. ¿Estuvieron juntos en el Ejército? —preguntó.

—¿Cómo lo has adivinado? —dijo Carl, riéndose interiormente—. Eres un chico muy listo.

El botones estaba ahora satisfecho. El Ejército. Esto lo explicaba todo.

Carl volvió por la autopista, sonriendo ampliamente. Para estar muerto, lo hacía bastante bien. Esta broma le gustó y le preocupó tanto, que pasó por delante del pequeño restaurante sin pensar en la mujer solitaria de detrás del mostrador.

Recordaba lo que era tener realmente dinero en abundancia. Recordaba que casi se había vuelto loco al ver aquel millón y pico arrojado al suelo del apartamento de Novak. Novak, aquel desgraciado, y Bellini, otro que tal. Se habían liado a tiros con la Policía, para demostrar lo duros que eran. Bueno, ahora estaban muertos, pero se lo

habían merecido. Solamente Willie y él habían tenido la sensatez de separarse. Wicks, O’Keefe y Peters se habían quedado donde estaban, porque eran unos imbéciles y los polis los habían cazado uno a uno. Solamente Willie había sobrevivido de veras. Y ahora le había llegado su turno.

Pero una punzada de preocupación desacostumbrada inquietaba a Carl. El artículo de aquella revista había traído de nuevo a primer plano todo el follón. Durante mucho tiempo, el caso se había enfriado, pero ahora estaba seguro de que los cretinos de las compañías de seguros volvían a actuar, lo mismo que la policía local, por no hablar de la F, la B y la I, porque éstos no se daban nunca por vencidos.

Mucha gente se pondría en movimiento, se dijo Carl. Pero ellos habían dado en el clavo y todo acabaría bien si Nick se lo proponía. Un hombre solo, aunque fuera tan duro como él, no podía esperar nunca dominar a Willie.

Cuando llegó a su habitación del motel, encontró la puerta entornada, las cortinas corridas y un desagradable olor a rancio en la estancia. Nick yacía en la cama, de cara a la pared. Con una mueca de irritación, Carl levantó la persiana. Nick no se movió. En vista de lo cual, Carl le agarró bruscamente del hombro, pero se echó atrás, impresionado... Allí pasaba algo..., una brisa helada pareció soplar de pronto en la habitación...

«Este tipo está muerto», dijo lentamente Carl para sus adentros. Después se dejó caer en un sillón y se quedó mirando la espalda rígida de Nick Fay. Conque era verdad que Nick había estado *gravemente* enfermo. Sus lamentos habían sido auténticos.

Carl no compadeció a Nick. Sólo estaba asombrado de lo mal que podía juzgar un hombre a otro. Nick se había estado muriendo desde que habían emprendido su viaje, y Carl no había sospechado nada hasta esa misma mañana, cuando se había fijado en las manos de Nick.

Ahora apoyó los codos en las rodillas, se sostuvo la cabeza con las manos y empezó a pensar en la situación. ¿Qué era lo mejor que podía hacer? Pero reflexionar sobre acciones alternativas era algo nuevo para él, por lo que empezó a dolerle la cabeza al poco rato.

Un par de moscas empezaron a zumbar alrededor de Nick, y Carl, que no podía sufrir las moscas, las echó de allí, con una mueca de repugnancia.

—Nick, bastardo —dijo, en voz alta—, ¿por qué has tenido que hacerme esto?

Aquella tarde, a hora más avanzada, se dirigió a la oficina del motel y pagó la cuenta. Llevaba, no sólo su dinero, sino también el de Nick, así como los documentos acreditativos de la condición de policía de Nick y su permiso de conducir, por si le convenía utilizarlos. ¡Nunca se sabía!

—¿Cómo está su socio, Mr. Carl? —preguntó el dueño del motel, un horrible y viejo bastardo que llevaba siempre una visera verde—. Me pareció que estaba muy

enfermo.

—Sí —dijo Carl—. Tengo que llevarle a Los Ángeles para que le vea un especialista. Por consiguiente, nos marcharemos esta noche.

El dueño selló la factura y dio el cambio a Carl.

—Sí, está muy enfermo —dijo—. Yo tengo experiencia en esto, porque también lo he estado.

Carl hizo que le llenasen el depósito del coche, y le diesen a éste un repaso general; después pagó la gasolina y el aceite, y volvió a su bungalow.

¡Menuda perspectiva la suya! Pensaba permanecer en la habitación con los restos mortales de Nick Fay hasta que anocheciera. Tenía ganas de salir y haraganear en el muelle o de sentarse en el restaurante y escuchar el tocadiscos; pero temía que alguien pudiese entrar equivocadamente y encontrar el cadáver. Por esto tuvo Nick Fay quien le velase.

Willie aparcó en una calle lateral de Chinatown y echó a andar hacia «Wu's», con el quimono en su caja bajo el brazo. La perspectiva de ver a Geraldine Fang le había dado más ánimo de lo que esperaba, y caminaba vivamente, interesándose en lo que veía a su alrededor. Las calles estaban envueltas en una espesa niebla, a través de la cual seguían circulando sumisamente los turistas, y aunque sólo era media tarde las luces de «Wu's» estaban encendidas.

Cuando Willie entró en la tienda no había nadie en ella; pero Miss Fang acudió inmediatamente, en respuesta al grave tintineo de una campanilla que, de algún modo, había activado Willie. Se quedó mirándolo, con los ojos muy abiertos.

—¿No me reconoce? —preguntó él, al cabo de un momento.

—Claro que le conozco, Mr. Alien. Sólo me ha sorprendido.

Él le tendió la caja.

—Todavía deseo ofrecerle esto.

En aquel momento apareció Mr. Wu, saliendo súbitamente de un despacho, y ambos se volvieron a mirarle.

—Es Mr. Alien —dijo Miss Fang.

—Ya lo veo —dijo Mr. Wu, adelantándose para estrecharle la mano—. ¿Le ha dicho que tiene una carta importante en el «Carioca»?

Willie se quedó helado, pero se recobró en seguida. En cambio, Miss Fang parecía estar en trance.

—Miss Fang —dijo Mr. Wu, en tono apremiante, inclinándose hacia delante para observarle.

—¿Una carta? —preguntó Willie.

—Miss Fang —dijo Mr. Wu, con impaciencia—, haga el favor de sacar aquel mensaje que guardé en la caja registradora y dárselo a Mr. Alien.

Willie sintió una fuerte inquietud. Algo andaba mal, muy mal. Miss Fang pulsó una tecla de la caja registradora y sacó una hojita de papel que le tendió a Willie. Éste le echó un vistazo.

—El joven del hotel dijo que era una carta importante —le explicó, solícito, Mr. Wu.

Willie pensó rápidamente. El muchacho rubio, Chris. Él le había hecho un favor. Tal vez le había salvado de un palo de la Policía. Tal vez trataba Chris de pagarle con la misma moneda. Willie sabía que lo de la carta era un pretexto. El instinto le decía que había peligro, y él se estaba jugando el cuello a causa de una moza. Era difícil de creer.

—Tengo que ir a buscarle en seguida —dijo—. Dejaré el quimono aquí, Miss Fang.

—Estoy segura de que Mr. Wu aceptará su devolución, si es esto lo que usted desea —dijo Miss Fang.

—Oh, sí —dijo Mr. Wu—. Pero hemos recibido nuevos materiales del Lejano Oriente que tal vez podrían interesarle.

Miss Fang miró a Mr. Wu con disimulada irritación. ¿No veía que Mr. Alien tenía que atender a algún asunto muy importante?

—Sí, bueno, muchas gracias —dijo Willie—. Pero, si estuviese demasiado ocupado y no pudiese volver, me gustaría que Miss Fang se quedase con el quimono.

Mr. Wu se les quedó mirando, sin comprender. Pero Miss Fang sintió que le temblaban las piernas. Algo le advertía que Mr. Alien se hallaba en serias dificultades.

Willie la miró, dio media vuelta y salió. Su balanceo había vuelto a él con renovada fuerza. Muy bien. Podía soportarlo. Era mejor que meter el cuello en un nudo corredizo por una chica. ¡Esto era propio de imbéciles como Carl Benedict!

—Simplemente, no lo comprendo en absoluto —dijo Mr. Wu, mirando fijamente a Miss Fang—. Este quimono le costó trescientos dólares a Mr. Alien.

Haciendo un gran esfuerzo, dijo Miss Fang:

—Supongo que estaría bromeando. Claro que volverá.

Pero estaba segura de que nunca volvería a verle.

Willie telefoneó al «Carioca» desde una cabina pública. Al cabo de un rato, Chris se puso al teléfono. Le explicó rápidamente lo que había ocurrido. Willie le pidió más detalles, pero Chris le dijo:

—No vi a aquel hombre. Fue Mr. Addison quien habló con él. Pero era un detective del Medio Oeste. Mr. Addison estaba muy inquieto y deseoso de ponerse en contacto con usted, porque tenía la seguridad de que era un error y no quería que le molestasen.

Willie reflexionó. ¿Un detective? Cualquiera podía llevar una placa. Podía ser algún tipo listo que hubiese oído medio millón de dólares. Pidió hablar con Mr. Addison y, al cabo de un largo rato, Chris le puso en comunicación con él.

A Willie le costó trabajo conseguir que Mr. Addison dejase de disculparse, pero al fin logró que fuese al grano, y en pocos minutos descubrió quién era su hombre: Nick Fay, un policía granuja.

Y esto era mala cosa: Nick era un hombre listo, paciente minucioso, y Willie había dado en el «Golden West» el mismo nombre que había usado en el «Carioca».

Dio las gracias a Mr. Addison y le aseguró que todo había sido un error; después, Chris se puso de nuevo al aparato, y Willie le dijo que le enviaría algo por correo. Addison era tonto, pero Chris no lo era; había sospechado lo que era él y le había hecho un favor. Chris no tenía idea de lo grande que había sido. Sin perder instante, Willie salió de San Francisco y se dirigió de nuevo al «Golden West», dando vueltas

en su cabeza a lo que le convenía hacer. Ni pensar en marcharse de allí, con Nick Fay siguiéndole la pista tan de cerca. Tendría que llegar allí de noche, y forzar la entrada de su propio bungalow. Esto no presentaba dificultades, pues la gran ventana podía abrirse con un cuchillo y se hallaba en un lugar resguardado, en la parte de atrás. Entrar por la puerta con una llave, era demasiado peligroso. El lugar podía estar ahora vigilado. Pero Willie se negaba a marcharse sin más. Una de sus maletas tenía un doble fondo muy bien disimulado, y llevaba en él muchas cosas necesarias: una pistola, un talonario de cheques de viaje (ahora inútil), y algún dinero en efectivo, tres mil dólares, para un caso de emergencia.

Mientras viajaba hacia el Sur por la autopista de la costa, con el día empezando a declinar, pensó minuciosamente en cómo tenía que proceder. Era el primer tropiezo que tenía en años. Lo de la revista en el «Pearl of the Orient» había sido una nimiedad en comparación con esto.

Nick Fay era un hombre peligroso e imprevisible. Podía estar del lado de la Ley. Podía estar igualmente contra ella, y podía estar jugando con dos barajas hasta que supiese cuál de ellas podía darle mejor resultado. Y además tenía que contar con el intrigante y viejo bastardo Johnny Quait. ¿Podían haberse puesto de acuerdo los dos?

Desde luego, Carl Benedict no pasó ni un instante por su mente.

En cuanto Carl se hubo librado del cadáver de Nick (lo arrojó al Pacífico, con las pesadas maletas del propio Nick atadas a los tobillos), se dirigió más hacia el Sur calculando sus probabilidades durante el trayecto. Por mucho que le pesase, llegaba siempre a la conclusión de que burlar a Willie no era tarea para un hombre solo.

Se detuvo en una cabina de la carretera y, calculando trabajosamente la diferencia de horario, telefoneó a Johnny Quait.

Cuando éste se puso al aparato, estaba receloso y furioso como un toro atormentado. ¿Dónde diablos habían estado? ¿Por qué no le habían telefoneado antes? Pero cuando se calmó lo bastante como para escuchar lo que Carl tenía que decirle, lanzó una exclamación de entusiasmo y de codicia. El olor del dinero había cruzado un continente.

—Tomaré el primer avión —dijo el viejo Johnny.

Johnny había estado otras veces en la costa, y conocía un pequeño hotel en el centro de Los Ángeles, donde uno podía registrarse con el nombre que usase a la sazón, y contar con una reserva absoluta mediante unos cuantos dólares bien colocados. Carl tenía que telefonearle al día siguiente. Si no estaba en el hotel, debía seguir probando.

—Tengo que buscar un ayudante adecuado —dijo Johnny—. Ya no soy tan joven como antaño, ¿sabes? —añadió, maliciosamente.

—Me estás partiendo el corazón —dijo Carl y colgó.

Carl continuó hacia el Sur hasta que llegó al «Golden West», una larga hilera de luces debajo de los árboles. Un hotel de lujo, se dijo Carl. Se detuvo en el arcén. El camino de acceso al hotel estaba exactamente delante de él. Willie no podría entrar por allí sin que Carl le viese, y Willie no sospechaba nada, nada. Él estaba perfectamente situado.

Rebullendo en su asiento, fumó un cigarrillo tras otro hasta que empezó a impacientarse. ¿Por qué no echar un vistazo al bungalow de Willie, sólo para ver lo que podía encontrar? Tal vez algún dinero suelto. Willie atribuiría el hurto a la servidumbre. Esta idea le gustó y, sonriendo interiormente, se apeó del coche, siguió el alto seto del fondo del «Golden West» y pasó por la parte de atrás de varios bungalows. En uno de ellos, estaba paseándose una mujer con una corta camisa de dormir y, al parecer, sin nada más. Carl, merodeador por naturaleza, la observó durante un momento. ¿Debía silbar y darle un susto terrible?

«Carl, idiota —se dijo—, ¿estás buscando jaleo?».

En todo caso, su nuevo papel le resultaba cada vez más enojoso. Tener paciencia, tener cuidado: esto no se había hecho para él. Él actuaba impulsivamente. Por esto se metía en dificultades. Bien, ¿y qué? Podía resolverlas.

Sé prudente, sé prudente, se aconsejó.

Consiguió seguir adelante.

El bungalow de Willie estaba a oscuras. Carl cruzó una especie de pequeño jardín y llegó a la parte de atrás de aquél, donde había unas ventanas de cristales. Levantó el pestillo con un cortaplumas, abrió una de aquéllas y entró, ¡así de fácil!

Silbó en voz baja en la oscuridad. ¿Se había vuelto tonto Willie? Parecía invitar al hurto. Tal vez pensaba que, después de haber triunfado, podía permitirse vivir como cualquier ricachón chapado a la antigua. Carl sonrió, muy satisfecho. Carl Benedict, que nunca había podido engañar a nadie, sería el único que habría conseguido tomarle el pelo a Willie.

Terminó rápidamente su faena y salió de las habitaciones de Willie para ocupar un puesto de observación sobre el techo plano de un edificio de dos plantas, al otro lado del camino. Ahora no se sentía tan dichoso. Sólo había encontrado tres dólares y setenta y cinco centavos de plata, y un par de gemelos de zafiros. Si la situación hubiese sido diferente, se habría llevado las dos maquinillas de afeitar eléctricas, el aparato de televisión, las maletas, los trajes, todo lo que no estuviese clavado a las paredes o al suelo. Pero ahora jugaría un poco con Willie, y empezó a imaginarse la rabia de éste cuando echase en falta sus valiosos gemelos y aquellas moneditas de plata. Willie se ensañaría con el gerente.

Carl levantó la cabeza, acariciada por la suave y templada brisa. Estaba en un lugar perfecto. A su derecha podía ver la entrada por la que tendría que llegar Willie, en su coche. Un poco más allá estaba la puerta principal. Pensaba esperar a que llegase Willie y se metiese en la cama y, entonces, él dormiría también un poco y ya vería qué se le ocurría por la mañana.

Esperó, tendido de bruces sobre el tejado, levantando la cabeza cada vez que brillaban unos faros debajo de él; pero, gradualmente, se aburrió e impacientó. *Nunca* era él. Carl había nacido para la acción violenta. Cualquier clase de acción disimulada hacía que se considerase menos de lo que era. Empezó a pestañear al entrarle el sueño. Y de pronto pensó en el depósito de petróleo donde se había quedado dormido esperando a Nick Fay. Y ahora Fay estaba muerto.

Más allá de los ostentosos jardines del «Golden West», estaba lo que antes había sido terrenos para merendar al aire libre. Ahora estaba siendo limpiado para una urbanización en ciernes: casas cerca de la playa, para gente acaudalada. Pero poco se había hecho aún, salvo quitar las rústicas mesas y los bancos.

El suelo era firme y estaba bien apisonado, y Willie, con las luces apagadas, condujo su coche por allí sin la menor dificultad, pasando entre los árboles espaciados.

Condujo hasta unos pocos pasos del seto limítrofe del «Golden West»; después hizo girar el coche, de modo que quedase aparcado de cara a la carretera y se apeó de

él, dejando el motor en marcha.

Después de echar un rápido vistazo a su alrededor, pasó a la parte de atrás de los bungalows a través de una abertura que había en el seto, y la cual había advertido automáticamente la primera vez que lo había observado.

En una oscuridad total pasó detrás de su bungalow (era el único que tenía las luces apagadas en aquella hilera), cruzó el pequeño jardín donde había esperado tomar el sol la mañana siguiente, e iba a sacar la navaja que siempre llevaba consigo, cuando descubrió que una de las ventanas estaba ligeramente entreabierta.

Se detuvo en seco y escuchó. ¿Tenía un visitante? ¿Estaba alguien al acecho, esperando que entrase por la puerta principal? Willie dejó pasar unos minutos. Tenía muy fino el oído y, en caso necesario, podía superar a cualquiera en paciencia. Un débil resbalón podía delatar a un hombre, o incluso una respiración fuerte.

Poco a poco y sin ruido, abrió la ventana, permaneció de espaldas a la pared al lado de aquélla y escuchó. Nada.

Tal vez estaba exagerando algo que no era más que accidental. Tal vez él mismo había dejado entornada la ventana. A fin de cuentas, había estado supervisando el traslado de su equipaje, sin esperar entonces contratiempo alguno.

Sin embargo, sólo podía actuar de una manera: como si su vida estuviese en juego.

Sacó una navaja grande del bolsillo y soltó la hoja más larga, más que suficiente para acabar con una persona si se aplicaba correctamente. Sosteniendo la navaja con la mano derecha, entró en la habitación y esperó, también de espaldas a la pared, pero ahora dentro del bungalow.

Pudo oír el tictac de un reloj en alguna parte. Él no lo tenía. Por consiguiente, debía estar en el bungalow contiguo y oírlo él a través de una ventana abierta: tan absoluto era el silencio.

Sin embargo, esperó un rato más; pero no se oía nada en absoluto, salvo aquel tictac lejano.

Ahora se movió despacio, siempre de espaldas a la pared, hasta llegar al dormitorio. La puerta estaba abierta de par en par. Escuchó. Silencio. Entró rápidamente, sosteniendo baja el arma, preparada, pero allí no había más que oscuridad.

Después de una larga espera, cerró sin ruido la puerta del dormitorio. A continuación, sacando una pequeña linterna del bolsillo interior de su chaqueta, empezó a hacer los bártulos.

En el tejado de enfrente, Carl bostezó largamente y se levantó, maldiciendo. ¡Esto era demasiado! ¡Demasiado! Miró las ventanas a oscuras, del bungalow de Willie.

Willie vio en seguida que alguien había rondado por allí; pero, probablemente, no habría sido más que un ladronzuelo o alguno de los que trabajaban en el motel. Nick Fay no le habría birlado unas pocas monedas, ni siquiera unos gemelos de zafiros.

Abrió el doble fondo de una de las maletas, examinó el contenido (no faltaba nada), y tomó la pistola de cañón corto, guardándola en el bolsillo de la chaqueta.

Tanto si había sido un ladronzuelo como si no, no iba a arriesgarse, con Nick Fay sobre su pista.

Carl se puso rígido. Estaba casi seguro de haber visto un destello de luz en el bungalow de Willie. ¿O había sido sólo un reflejo de los faros de un coche, o...?

Pero allí estaba de nuevo...

Carl bajó apresuradamente, haciendo mucho ruido, y se acercó al bungalow sin tomar ninguna precaución, observando atentamente. Un rayo de luz, un fino y brillante destello, cruzó el cuarto de estar y se apagó. Carl creyó oír que se cerraba una puerta. El corazón le dio un salto en el pecho, y le acometió una ira feroz. Willie, el hijo de perra de Willie, ¡le iba a dejar con un palmo de narices!

Corrió a lo largo de la hilera de bungalows y alrededor del último, a tiempo de ver una figura oscura que se movía y desaparecía en el seto, como si las altas plantas se lo hubiesen tragado.

Carl corrió desesperadamente a lo largo del seto y se metió en la abertura, rasgándose la camisa, arañándose la cara, saliendo justo a tiempo de ver un hombre delgado y cargado con dos maletas, que se dirigía tambaleándose hacia un gran automóvil blanco.

—¡Willie!

Carl sacó su pistola.

—¡Willie! ¡Willie! —gritó—. *Tengo que hablar contigo.*

Willie se sobresaltó, pero hizo caso omiso de él. *¡Carl Benedict!*

En el momento en que Willie subía el coche, Carl disparó y Willie sintió un fuerte dolor en la pantorrilla izquierda, como si se hubiese clavado un alambre espinoso; pero cerró la portezuela, arrancó, y se dirigió hacia la autopista de la costa.

Ahora iría hacia el Sur, hacia el laberinto de Los Ángeles, que estaba más de ciento cincuenta kilómetros de distancia. No más poblaciones pequeñas. No más hoteles de lujo junto a la autopista. Había llegado el momento de enterrarse entre los millones de pobres ciudadanos anónimos.

Pero no había recorrido aún cinco kilómetros, cuando se dio cuenta de que Carl había conseguido ponerse sobre su pista. Y Carl era el último hombre que quería él que le siguiese. En cuanto se acaloraba, Carl no sabía qué eran la precaución o el miedo. Era el loco más peligroso con quien se había encontrado. Y en nombre de

Dios, ¿de dónde había salido? ¿Se había confabulado con Nick? ¿Había sido Carl quien había robado en su bungalow? Era más que probable que fuese así.

Había un tramo de carretera desierta. Willie vio, por el espejo retrovisor, el coche de Carl que oscilaba de un lado a otro al ganar velocidad. Willie no se sobreestimaba nunca. Sabía que Carl podía conducir más rápido que él, sencillamente porque no calculaba lo que podía costarle. Habría un choque. Sería la muerte. ¡Al diablo con todo!

Willie pisó el acelerador. Delante de él vio una hilera de luces: una gasolinera, unas tiendas, un semáforo. Mala cosa, si éste estaba en rojo; Carl se le echaría encima. A su izquierda había una carretera asfaltada que parecía subir a las montañas. Willie la tomó, haciendo chirriar los neumáticos.

La carretera subía y subía, serpenteando en la falda de un monte. Willie no podía ver nada por el espejo retrovisor; demasiadas curvas; pero estaba seguro de que Carl venía detrás de él. ¿Y si la carretera no tenía salida? ¡Sería un desastre!

En el momento de tomar otra curva vio, a su derecha, un terreno plano, más allá del arcén, resguardado por un saliente de la montaña; un buen sitio para merendar, para contemplar el panorama. Se metió allí rápidamente, apagando las luces.

Al cabo de un momento, Carl pasó zumbando, carretera arriba. Pero, precisamente cuando Willie empezaba a dar la vuelta, Carl volvió a toda velocidad. Había caído rápidamente en la cuenta.

Ahora todo se hizo confuso para Willie. Carl le estaba gritando, maldiciendo. Hubo un fuerte chirrido de frenos. Actuando automáticamente, Willie pudo disparar tres veces. Lanzando un grito de desesperación, Carl cayó de espaldas sobre el asiento. Pero, precisamente cuando Willie arrancaba, se incorporó de nuevo y trató de apuntar. Willie se agachó y el coche rodó montaña arriba, esquivando el desastre.

Pero Carl no disparó. Se apeó tambaleándose y maldiciendo todavía a Willie; pero entonces cayó de bruces en la orilla de la carretera.

La carretera siguió subiendo por los oscuros montes durante varios kilómetros, antes de allanarse al fin. Poco a poco, Willie se dio cuenta de que estaba conduciendo a una velocidad suicida, y levantó el pie del acelerador. De pronto, se sintió agotado. Se detuvo en el arcén. *Te ha ido de un pelo, Bufón.*

Cogió un mapa de la guantera, encontró la carretera en que se hallaba, y trazó la ruta hasta Los Ángeles. Dos horas más tarde vio el rojo resplandor de la vasta zona metropolitana. Cruzó Santa Mónica. Advirtió que le atraía el océano, pero esta vez no buscó un motel de lujo, sino que se conformó con una pequeña habitación. Tenía que renunciar a las vacas gordas durante una temporada. No podía quitarse a Carl de la cabeza. ¡El muy estúpido! ¿Por qué había disparado? ¿Se imaginaba que Willie andaba por ahí con quinientos mil dólares en el bolsillo? Las evidencias denotaban que no había pensado nada en absoluto, pero, si era así, ¿cómo había encontrado a Willie? Si Carl no ha muerto esta vez, concluyó Willie, me rindo.

Pero lo primero era lo primero. La herida de la pierna era peor de lo que se había

imaginado. Limpió la sangre coagulada y descubrió un surco de más de dos centímetros de largo y bastante profundo. Si la bala se hubiese desviado un poco hacia la derecha, se habría encontrado en serios problemas, con un hueso fracturado.

Willie empleó una loción para después del afeitado como antiséptico, bailando sobre un pie, haciendo muecas y lanzando maldiciones al propagarse el dolor a lo largo de la pierna. ¡Vaya un remedio! Por último, vendó la pierna con tiras cortadas del faldón de una camisa blanca. Pero no le había gustado el aspecto que presentaba la herida. ¡Sólo le faltaba una infección!

Empezó a urdir un plan, y una sonrisa momentánea se pintó en sus labios; sería una prueba de su instinto. Pero esto tendría que esperar hasta el día siguiente. Mientras tanto, había cosas que hacer y planes que idear.

Llamó al «Golden West», y por fin consiguió que el subdirector se pusiese al teléfono. Le explicó que se había visto obligado a marcharse con urgencia (un pariente estaba gravemente enfermo), le preguntó el importe de su cuenta y le dijo que se lo enviaría por correo a primera hora de la mañana. El subdirector había simpatizado con Mr. Alien, y se mostró preocupado y comprensivo. A Willie le costó hacerle colgar el aparato.

Willie no quería dejar detrás de él motivos de enfado que pudiesen conducir a investigaciones; además, pensaba pagar la cuenta con cheques de viaje conformados, que ahora ya no le eran de ninguna utilidad: Lawrence Allen se reuniría pronto con James Shannon en el limbo. Mañana aparecería un nuevo fantasma: John Ward. Con permiso de conducir y otros documentos de identidad completos; en aquel momento se encontraban en el doble fondo de una de sus maletas. Había otras cuestiones; pensaba recompensar a Chris, del «Carioca», con un grueso fajo de cheques de viaje conformados, también a nombre de Lawrence Allen. Chris era un muchacho inteligente que le había salvado de una situación peligrosa.

Además, Willie podía volver a San Francisco, donde Chris tal vez le sería útil.

También estaba la cuestión del coche alquilado. Era de una agencia del centro de Los Ángeles. Podía devolverlo a nombre de Lawrence Allen, ir a otra empresa de alquiler de automóviles y hacerse con un coche completamente distinto, a nombre de John Ward. Si alguien buscaba un «Cadillac» blanco conducido por Lawrence Allen, su esfuerzo sería inútil.

Por último, dentro de unos días, cuando se hubiese calmado un poco la situación, tendría que hacer una excursión a su fuente de abastecimiento. Perdería más de dos mil dólares que tenía a nombre de Lawrence Allen, pero la seguridad valía a veces más que el dinero, una lección que Carl Benedict no pudo aprender nunca.

Se estaba haciendo tarde, Willie apagó las luces, encendió la televisión y se fue a la cama. Pasaban coches zumbando por la autopista de la costa, a menos de mil metros de su puerta, y sonaban risas y fuertes voces en la calle. La fresca brisa del océano soplaba a través de una de sus ventanas.

Agotado, se sumió en un sueño profundo; se despertó, estremecido. Una voz

parecía murmurar a su oído. Estaba soñando. Entonces se dio cuenta de que se había dormido con la televisión encendida.

Saltó de la cama y apagó el televisor, después miró su reloj de pulsera. Se sorprendió al descubrir que había dormido casi dos horas.

Llenó un vaso de agua y se sentó en el sofá para beberla. Después tomó la pluma y escribió:

Querido Bufón:

¿Esperabas que siempre te resultaría fácil? Willie, cuando alguien se larga con quinientos mil dólares que no son suyos, tropieza con dificultades.

Los buitres se ciernen sobre él.

Los perros huelen el dinero.

¿Qué hace que un hombre sea grande? El dinero.

¿Qué hace que un hombre sea respetado? El dinero.

¿Qué hace que un hombre sea despreciado? La falta de dinero.

Por consiguiente, Willie permanece alerta, mantén las riendas tirantes, no te descuides.

Tienes los medios. El problema es conservarlos.

Y esto es lo que harás, Bufón, pase lo que pase.

Al menos no te has despertado balanceándote.

Sintiéndose mejor, como siempre que expresaba por escrito sus sentimientos, bebió su vaso de agua mientras observaba cómo ardía el papel en el cenicero.

John Q. Quait estaba cruzando el continente a bordo del reactor. Tenía los ojos cerrados, fingiendo dormir, pero sumido en realidad en negros pensamientos. Wicks había sido incomunicado, a pesar de las protestas del doctor Derlenko, y se estaba volviendo completamente loco; Z había dicho al viejo John que tendrían que encargarse de él en cuanto saliese de la jaula, a un coste adicional, para el viejo Johnny, de tres mil quinientos dólares.

¿Creían aquellos imbéciles que el dinero se criaba en los árboles?

Pero, si Wicks hablaba al fin, y la Policía confirmaba su declaración, el viejo Johnny perdería su licencia y tal vez, a pesar de su edad avanzada, pasaría un tiempo en aquella misma cárcel.

¿Por qué estaba el mundo tan lleno de locos peligrosos e incompetentes? ¿Por qué había tan pocos Willie Madden?

El reactor zumbaba en el cielo nocturno estrellado, y *el Cojo* permanecía con los ojos cerrados, preocupado.

Varios asientos más atrás viajaba su ayudante, un tipo llamado Cheever, conocido también como *el Cheev*, y como *el Gato* y, por algunos, como la Rata. Era un ex investigador privado que se había especializado en casos de divorcio y de chantaje..., y se había pillado en ello los dedos, perdiendo su licencia y viendo cómo se cerraban tras él las grandes puertas de hierro de la cárcel, aunque sólo por un breve período, que *el Cheev* se jactaba de haber pasado «haciendo cabriolas».

Aunque trabajaba con frecuencia para *el Cojo*, no figuraba en nómina y nadie estaba enterado de ello. *El Cojo* era un detective privado «respetable» y no podía relacionarse oficialmente con *el Cheev* o con otros como él.

El Cheev pasaba la mitad de su tiempo dando cabezadas, para recobrar el sueño perdido en seguimientos y rondas nocturnas. Pero bastaba que cayese un alfiler al suelo para que se abriesen sus ojos amarillentos de gato. Podía pasar de la inmovilidad total a la acción furiosa. A veces parecía no tener huesos en el cuerpo, y estar hecho de goma. Era especialista en escapar de situaciones imposibles. Y era siempre muy reservado.

Para *el Cojo*, era un tipo raro, pero valioso, porque siempre estaba sin blanca y tenía que tomar lo que le daba el viejo, y mantener cerrado el pico sobre ello. Los mendigos nunca pueden escoger.

Él y *el Cojo* viajaban separadamente y actuaban como si no se conociesen. Se registrarían por separado en el pequeño hotel «privado» de *el Cojo*, haciendo constar ciudades diferentes de procedencia. Sólo se reunirían subrepticamente.

El viejo Johnny abrió los ojos. Una linda azafata rubia le estaba mirando con benevolencia.

—¿Ha dormido bien, señor?

—Sí, gracias —dijo *el Cojo* y volvió a cerrar rápidamente los ojos.

Las mujeres ya no le interesaban particularmente. El dinero era su único amor.

El reactor continuaba su viaje. *El Cheev* seguía dando cabezadas, abriendo de vez en cuando los ojos para observar las bien formadas posaderas de la azafata, al deambular ésta por el pasillo. *El Cheev* se preguntaba si tendría ocasión de acostarse con algunas muchachas de California del Sur, pues había oído decir que eran estupendas. ¿O le tendría, el viejo y cojo monstruo, ocupado todo el tiempo?

John Q. seguía preocupado. ¿Podía confiar en que Z se encargaría de Wicks, aunque no hubiese recibido aún los tres mil quinientos? ¡Dios mío, qué mundo tan complicado éste! ¿Cómo había podido permanecer vivo y prosperar, en semejante embrollo de bandidos? ¡No podía confiar en nadie si había un dólar de por medio!

Mientras tanto, la linda azafata rondaba por el pasillo en misiones de benevolencia comercial.

Willie se presentó en el consultorio del doctor Mahon poco después de las ocho de la mañana. Ahora era oficialmente John Ward, de St. Louis, retirado; aunque aquí era todavía Lawrence Allen.

Estuvo un momento en la desierta antesala hasta que la recepcionista, arreglándose todavía los cabellos, vino apresuradamente de una habitación de atrás.

—¡Oh, Mr. Alien! —dijo—. ¿Tiene hora reservada?

—No —dijo Willie—. Ha sido algo imprevisto. Como tengo que salir temprano de la ciudad, he probado suerte.

—Pero el doctor Mahon nunca viene antes de las diez, y a veces a las once; lo siento. A primeras horas de la mañana está en el hospital. Podría tratar de localizarle allí.

—No —dijo Willie—. No le moleste. Tal vez Miss Velinsky podría ayudarme.

La recepcionista habló por el intercomunicador y, un momento después, apareció Miss Velinsky. Todavía no llevaba su uniforme, sino un vestido de color rosa pálido, ajustado al adorable cuerpo que había llamado la atención a Willie con anterioridad. Llevaba los cabellos más cortos de lo que él recordaba. En cambio, las gruesas gafas parecían ser las mismas.

—¡Mr. Alien! —dijo, sorprendida, y las dos muchachas intercambiaron una mirada que hizo comprender a Willie que habían hablado de él después de su última visita.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó Dorothy.

—Bueno —dijo Willie—, tengo que salir de la ciudad esta mañana, y pensé que tal vez podría darme usted aquel sedante de que habló el doctor. Quiero decir para llevármelo. Últimamente he tenido molestias.

—Oh, no podría hacerlo —dijo Dorothy—. Creo que el doctor pensaba en un sistema graduado. Lo siento de veras, pero...

Parecía muy preocupada. Willie le sonrió amablemente.

—Oh, no tema, no voy a morir por esto. Pero en realidad vine aquí para matar dos pájaros de un tiro. Sufrí un pequeño accidente: el borde de la portezuela de un coche me ha producido una herida superficial en la pierna. Sólo deseaba que le echaran un vistazo y la vendasen. En realidad no es nada.

—Nunca hay que arriesgarse —dijo Dorothy—. Si espera un momento a que me cambie, tal vez podré ayudarle en eso.

Ahora estaban en un cuarto de atrás, y Dorothy, con su uniforme de enfermera, estaba absorta en su trabajo. Había administrado a Willie una inyección antitetánica y ahora le estaba vendando la pierna. Él le había repetido su versión del accidente; ninguna de las dos veces le había replicado Dorothy. Willie tuvo la convicción de que no le creía.

Ella terminó al fin, y Willie se bajó la pernera del pantalón. Ella le impresionaba; había algo en esta muchacha, en esta muchacha silenciosa..., que le atraía. ¿Era sólo su ascendencia polaca? ¿Los apiñados recuerdos del pasado, cuando era él un muchacho de diecinueve años y había conocido a Doll y a Rosicka y a María..., y, sí, a Lena? Lena Derucki, su supuesta esposa.

Encendió un cigarrillo para calmarse, y dijo:

—¿Cuánto le debo? Como me marchó, es mejor que le pague ahora.

—Veinte dólares —dijo Dorothy.

Willie le tendió un billete de veinte dólares.

—Es usted muy hábil —dijo mirándola—. El doctor me dijo que pensaba estudiar Medicina.

—Empecé a hacerlo —dijo Dorothy—, pero se me acabó el dinero.

—¿No podían ayudarla los suyos?

Dorothy apretó visiblemente los labios, y al fin dijo:

—Los míos no me ayudarían a cruzar la calle si estuviese inválida. Los míos no aprueban mi conducta. Cuando trabajaba de camarera, a los dieciséis años, estaban encantados.

—¿Son pobres?

—Ahora viven de la asistencia social —dijo desdeñosamente Dorothy—. A mi padrastro le duele la espalda cada vez que le ofrecen un trabajo.

Willie sonrió ligeramente. Esta muchacha no sólo le atraía físicamente, sino que la apreciaba, lo cual no solía ocurrirle; en realidad le sucedía muy pocas veces.

—¿Y el ballet? —preguntó.

La muchacha le miró de un modo extraño.

—Oh, el doctor Mahon me lo dijo. Dijo que usted lo había dejado porque no aprobaba la moral del ambiente, o algo así.

—Esto fue lo que yo le dije —declaró Dorothy.

Willie se echó a reír. Comprendió perfectamente la situación. La chica estaba haciendo méritos ante el doctor.

—De nuevo se me acabó el dinero —dijo Dorothy—. Soy bastante buena en la

danza.

—Lo creo —dijo Willie—. Estoy seguro de que es muy buena en muchas cosas.
Se miraron.

—También me dijo que por aquí la llamaban la Monja.

—Es verdad —dijo Dorothy—. Aquí recibimos las acostumbradas invitaciones de los lobos..., en su mayoría casados. Ya sabe: la cena, el baile y un motel.

Willie soltó una carcajada.

—Y usted tiene otros proyectos.

—Desde luego —dijo Dorothy.

Entonces ella cogió el cigarrillo que le ofrecía Willie, y lo encendió.

—Mire usted —siguió diciendo—, el doctor Mahon es un hombre maravilloso. Lleva tal vez treinta años de casado. No va a ninguna parte. No parece darse cuenta de las cosas. No podría desilusionarle.

—Por consiguiente, representa el papel que cree que a él le gusta.

Dorothy le observó un momento y asintió con la cabeza.

—Esto es.

Willie estuvo un rato fumando y mirando por la ventana. El sol de California resplandecía sobre los edificios a lo largo del borde de Beverly Hills.

—¿Sabe una cosa? —dijo—. Creo que los dos podríamos sostener alguna conversación interesante.

—Estoy segura de ello —dijo Dorothy—. Lástima que tenga usted que marcharse.

—Oh, pero volveré —dijo Willie—. Y, si le parece bien, me pondré al habla con usted.

—Telefonéeme aquí antes de las diez de la mañana —dijo Dorothy.

Willie hizo una pausa, pensando. Realmente, podía salir algo de aquí. Aparte de Miss Fang, no había visto, en veinte años, una muchacha que le interesase tanto como Dorothy Velinsky, e inmediatamente se había dado cuenta de ello. Lo que tenía que hacer era ir a buscar algún dinero, volver y esperar a ver qué pasaba.

Se volvió y la observó fijamente.

—¿Tiene que usar esas gafas? —preguntó.

—Si quiero ver, sí —dijo despreocupadamente Dorothy.

Willie se echó a reír.

—He actuado en unas cuantas representaciones teatrales —prosiguió Dorothy—. Tenía que esforzarme mucho por no tropezar con los muebles..., y el público se me aparecía muy borroso. Soy muy corta de vista. Cuando era pequeña, en Polishtown me llamaban *Cuatro Ojos*.

—Bueno —dijo Willie, mirándola de arriba abajo—, no se puede tener todo. No quiero pensar lo que habría pasado en este edificio si no llevase usted gafas.

—Aun así, me incordian bastante —dijo Dorothy—. La mayoría de ellos se los paso a Julie. Es la chica de enfrente, y va a cenar y a bailar y a moteles.

—¿La mayoría de ellos?

—Algunos no se los pasaría ni a mi tía —dijo Dorothy—. Y si conociese usted a mi tía...

Esta chica estaba muy bien, decidió Willie. En realidad, le recordaba su propia juventud. La vida era dura para ella; no tenía dinero y sí grandes ambiciones, y estaba jugando su juego con las personas chapadas a la antigua. Frente a la vida, era un Willie en forma femenina, tal vez no tan dura. Pero de esto no estaba seguro.

Una pausa.

—Bueno —dijo Willie—. Ahora tengo que marcharme. ¿Cree que esta herida de la pierna me causará molestias?

—Lo dudo —dijo Dorothy.

Se miraron.

—¿Se lo explicará al doctor?

—Sí —dijo Dorothy, mirándole fijamente—. Le diré que es una herida superficial, y que se la produjo con la portezuela de un coche.

—Buena chica —dijo Willie.

Y entonces, súbitamente, la rodeó con un brazo y la estrechó; su cuerpo, firme y vigoroso, tenía un tacto exquisito.

Ella no se retiró ni respondió.

—Y no trate de pasarme a Julie —dijo él, retirando el brazo.

—Mr. Alien —dijo Dorothy—, le aseguro que no tengo esa intención.

Cuando él se hubo marchado, Dorothy pasó detrás del recinto encristalado para fumar un cigarrillo con Julie.

—¿Y bien...? —preguntó excitada ésta.

—Oh —dijo Dorothy—, sólo está por los negocios. Aunque se haya retirado. Sólo por los negocios.

Julie pareció decepcionada.

—Habéis estado tanto rato allí, que pensé que tal vez podrías contarme algo interesante.

Cualquiera hubiese dicho que le habían echado a perder toda la mañana.

—Un hombre muy simpático —dijo Dorothy, bostezando—. Cortés. Todo un caballero.

—Muchacha —dijo Julie—, me parece que estás dando un resbalón.

—Sí —dijo Dorothy—. ¿Será por las gafas?

Ambas se echaron a reír.

En su habitación del hotel de Los Ángeles, *el Cojo* bebió su cerveza y trató de relajarse. Mientras tanto, *el Cheev* dormitaba en un diván. *El Cheev* era una compañía parecida a la de un maniquí de escaparate, con los ojos casi siempre cerrados. Se decía que podía ver en la oscuridad lo cual explicaba, tal vez algunas de sus más

famosas escapadas.

—¿Qué diablos supones que le ha ocurrido a ese loco bastardo? —dijo finalmente *el Cojo*, dejando de golpe sobre la mesa su vaso de cerveza—. Tendría que haberme llamado ya.

—Tal vez se ha liado con alguna moza —dijo *el Cheev*, sin abrir los ojos—. Ya le conoce.

—¿Con todo lo que se juega?

—Está chalado —dijo *el Cheev*.

El viejo se sentó, asintiendo despacio con la cabeza. *El Cheev* tenía razón. Carl era un chiflado, y él había permitido que un chiflado le metiese en este asunto de locos. Gastos. Gastos. Dinero saliendo del bolsillo. Y no pasaba nada. ¿Habría, Carl, perdido de vista a Willie y salido en su busca?

—*Cheev* —dijo—, no podemos quedarnos aquí sentados. Alquila un coche y dirígete al «Golden West», en la autopista de la costa. Está a unos trescientos kilómetros de aquí. Ve qué puedes averiguar acerca de Lawrence Allen. Yo esperaré en esta habitación.

—Enterado —dijo *el Cheev*, y desapareció haciendo tan poco ruido como un gato.

El Cojo bebió su cerveza, tratando de disfrutar con ella. Gastos, gastos; buenos dólares saliendo de su bolsillo.

Dejó el vaso y dio un suspiro largo, de elefante.

—Me estoy haciendo viejo —se dijo, compadeciéndose—. Demasiado viejo.

Desde detrás de los cristales de su cabina, Julie observó con desconfianza la llegada del desconocido. Era un hombre joven, de unos treinta y cinco años, rubio, vistiendo un pulcro traje negro, camisa blanca y corbata negra. Por su atuendo, parecía uno de los jóvenes de la gran agencia teatral de Beverly Hills, los cuales venían ocasionalmente a consultar al doctor Mahon sobre sus nervios, sus úlceras y otras dolencias propias del oficio; pero el parecido terminaba en la ropa. Este hombre parecía moverse sin ruido sobre el parqué desnudo, en el que repicaban locamente los tacones altos de las mujeres.

—¿Qué desea, señor?

El joven se acercó a la ventanilla.

—Estoy buscando a un amigo —dijo—, y me han dicho que visitó al doctor Mahon..., hace tal vez una semana. Su dirección me sería de gran ayuda. Soy paisano suyo.

Julie trató de conservar la calma; pero había algo en los ojos amarillentos de aquel hombre que la inquietaba. Sin responder, llamó a Dorothy Velinsky por el intercomunicador. El doctor estaría fuera todo el día.

Dorothy compareció al cabo de un momento y Julie le explicó lo que pasaba. Dorothy estudió durante un instante a *el Cheev*, y le preguntó:

—¿Cómo se llama su amigo?

—Lawrence Allen.

Dorothy y Julie intercambiaron una mirada que no pasó inadvertida a *el Cheev*, cuyas antenas empezaron a vibrar ligeramente.

—¿Ha ido usted a su hotel? —preguntó Dorothy.

—¿A qué hotel? —replicó *el Cheev*.

—Quiero decir —dijo Dorothy—, que cómo sabe usted que vino a consultar al doctor Mahon.

Una chica lista, muy lista, pensó *el Cheev*, observándole. Vaya un bombón, a pesar de las gafas y del rígido uniforme blanco.

—Sí —dijo *el Cheev*—, fui a su hotel, pero él se había despedido. El gerente me habló del doctor Mahon.

—¿A qué hotel se refiere? —preguntó Dorothy.

—Al «Golden West». En la costa, más arriba.

—Creo —dijo Dorothy—, que es la única dirección que tenemos de él. Sólo estuvo aquí una vez, ¿sabe?

Julie, que estaba trajinando con su caja de tarjetas, mantuvo los ojos bajos. ¿Qué sucedió? ¿A qué venían esas evasivas, esa reserva? Dorothy era una mujer extraña, cautelosa.

—Sí —dijo Julie, sacando una tarjeta—, ésta es la única dirección que tenemos: el «Golden West Motor Hotel».

—Me parece que se fue de la ciudad —dijo Dorothy—. Creo recordar que le oí decir que se marchaba, aunque no presté mucha atención.

Y un cuerno, pensó *el Cheev*. Era una joven impenetrable, y muy lista, por cierto, detrás de aquellas gafas. ¿Sería un elemento de Willie? Era posible. *El Cheev*, que no conocía personalmente a Willie, siempre había oído decir que tenía mucho éxito con las mujeres.

Se dio cuenta de que toda ulterior investigación sería inútil, pero pensó que no sería mala idea seguir ocasionalmente a esta chica. No habría problema. Era una trabajadora. Horario regular. Podía ser seguida al salir del trabajo o al volver a él, siempre que fuese necesario.

—Bueno —dijo—, muchísimas gracias, señoritas. Tal vez pueda conseguir en otro sitio la información que me interesa.

Sonrió y se dispuso a salir.

Dorothy le llamó.

—¿Quiere dejar su nombre y dirección para el caso de que Mr. Alien telefonee para preguntar algo al doctor?

¿Por qué no te vas al diablo, querida?, tuvo ganas de gritarle *el Cheev*, pero le dijo:

—Le diré una cosa: si mi otra gestión no da resultado, le telefonaré. Gracias de nuevo, señoritas.

Y se fue tan silenciosamente como había llegado.

—No hace ningún ruido cuando camina —dijo Julie, sintiéndose ligeramente impresionada por razones ignoradas.

Sin embargo, había sentido una especie de extraña tensión entre el joven y Dorothy.

—Creo que es un mal bicho —dijo Dorothy—. Por esto traté de averiguar quién era. Me parece que Mr. Alien es un hombre rico. Y los ricos siempre están en peligro por tipos como éste.

—¿Y por esto le has dicho que sólo vino aquí una vez?

—Sí —dijo Dorothy.

El Cojo estaba tumbado en su sillón, escuchando a medias a *el Cheev*. Nada andaba bien: no había tenido noticias de Carl, ni le había llamado Z desde larga distancia. El viejo Johnny estaba preocupado por Joe Wicks. ¿Habría? ¿O se encargaría de él uno de los hombres de Z?

Soy demasiado viejo para ir a la cárcel, pensaba John Q., como pidiendo clemencia a algún poder invisible. Soy demasiado viejo. Me moriría allí.

Volviéndose a *el Cheev*, dijo:

—Cuando murió Nick, la operación se fue al traste. Si yo fuese un hombre inteligente, volvería a casa y me olvidaría de todo el asunto. No trae más que

problemas.

—¿Quiere escucharme? —dijo iritado *el Cheev*—. Esa muchacha... Escuche, Mr. Quait. Me guío por el instinto, pero es una buena pista. Creo que tal vez es la amiga de Willie..., o al menos que él se ha acostado con ella y puede volver en busca de más. De estar en su lugar, yo lo haría.

—Sí —dijo el viejo, de mal talante—, apuesto a que lo harías. Pero ahora olvídate de esto. No vinimos aquí para que pudieses correr detrás de las chicas. Espera a haber pillado al hombre. Te lo dije una vez y te lo diré de nuevo: Willie no se pone en dificultades por las mujeres. Que yo sepa, sólo lo hizo una vez cuando tenía diecinueve años. Aquello le curó. Creo que fue con una torpe moza polaca.

—Por favor, Mr. Quait, escúcheme —suplicó el Cheev—. Sólo hemos podido encontrar esta pista, pero es buena. Créame. Algunos de mis mayores éxitos los logré a través de las mujeres. Quiero decir, leyendo sus pensamientos. ¿Me entiende?

—No lo sé —dijo, pesimista, el viejo.

Y en aquel momento sonó el teléfono y John Q. lo descolgó, temblándole la mano. Era Z, desde larga distancia, y dio rápidamente a John Q. el número de un teléfono público en la ciudad, para que le llamase allí. Y así terminó la conversación, con el viejo temblando todavía al ponerse apresuradamente en pie.

John Q. eligió una cabina telefónica en la esquina de una calle del centro de la ciudad, y *el Cheev* esperó en una calle próxima, viendo pasar las mujeres.

—Primero —dijo Z—, acerca de Joe Wicks...

El viejo contuvo el aliento.

—Olvídese de él, Mr. Q. Está completamente loco. Han tenido que ponerle la camisa de fuerza. Nadie prestará atención a lo que diga. Precisamente ahora, está delirando. Una cuestión solucionada.

—¿Estás seguro? —preguntó John Q., enjugándose el sudor frío de la frente.

—Seguro. En cuanto a Fallon O'Keefe, ha pedido la libertad bajo palabra y la conseguirá. Tal vez también la consiga Orley Peters.

Esto le importaba un comino al viejo. No dijo nada; prescindió de ello.

—Y ahora agárrese, Mr. Q. —dijo Z—. Encontraron a Nick Fay acribillado a tiros en las afueras de una pequeña población de California, llamada, ¿quiere anotarlo?, San Ignacio. Está en la montaña. Lo último que he sabido es que todavía estaba vivo en un hospital de allí. Y escuche bien: el teniente Kramer se dirige hacia allí para ver lo que ha pasado...

John Q. se quedó pasmado. ¿Nick, en la montaña? ¿Herido a tiros? Nick estaba en el océano Pacífico, según le había dicho Carl... Pero, espera; podía ser Carl, con el documento de identidad de Nick...

En tal caso, no sería de extrañar que no hubiese tenido noticias de él.

—¿Qué saca usted de todo esto? —preguntó Z.

—No lo sé —dijo John Q., sin dar más explicaciones.

Al poco rato, puso fin a la conversación que, a su modo de ver, le había costado ya demasiado. A pesar de las buenas (pero poco concluyentes) noticias acerca de Wicks. En opinión del viejo John, esta cuestión no podía darse por resuelta. Los muertos no hablan. Los vivos pueden hablar, aunque estén locos.

John Quait hizo que *el Cheev* le condujese hacia el Norte, a la población donde se presumía que yacía Fay en las puertas de la muerte. El viejo John había inventado la historia de que trabajaba para unos parientes de Fay y, después, Z había logrado que uno de los verdaderos parientes estuviese de acuerdo en ello, salvo en pagar.

Encontró en el hospital al teniente Kramer, llegado del Medio Oeste, y a un joven agente del FBI, de ojos fríos, llamado Alford.

—¿Qué está haciendo aquí, John? —preguntó el teniente Kramer.

—He venido a ver a Nick Fay. Sus parientes están ansiosos por él.

Kramer le dedicó una sonrisa que al viejo John le pareció burlona.

—Entonces, venga a echarle un vistazo —dijo.

El viejo John siguió al detective, todavía intrigado por la sonrisa de Kramer, y tratando de disimular su ansiedad; casi lanzó un gruñido cuando entró en la habitación y no vio a Nick Fay, sino a Carl Benedict. Los ojos hundidos de Benedict se fijaron en él, pero ni siquiera pestañeó al ver al viejo John. Carl era un loco bastardo, pero en ciertos aspectos, era duro como una roca.

—Tenía los documentos de identidad de Nick Fay —dijo el teniente Kramer—. Y también su coche. Probablemente mató a Nick.

—Entonces, ¿quién disparó contra él? —preguntó el viejo John.

—Es una buena pregunta —dijo pausadamente Kramer—. El que disparó contra él no le robó. Llevaba más de cuatro mil dólares encima.

El viejo John reprimió una mueca de dolor. El dinero era suyo y lo había perdido. Levantó los ojos y se encontró con la mirada de Alford, el hombre del FBI. De pronto empezó a dolerle la pierna coja. No quería continuar con esto. Era demasiado viejo.

—¿Tienen alguna teoría? —preguntó.

Kramer apretó los labios. Sabía que el otro estaba fingiendo. Ninguno de los parientes de Fay tenía dinero para enviar a John Quait en un viaje de más de tres mil kilómetros. Era un subterfugio, pero que sabía que se sostendría. En alguna parte habría un Fay dispuesto a jurar que había contratado a Quait para hacer esta investigación.

Kramer sacudió la cabeza.

—Por lo visto, Fay y Benedict se confabularon para algún fin. Tan malvado era el uno como el otro, aunque operaban en campos diferentes, pero quién sabe lo que hacían juntos.

El viejo John miró de nuevo a Alford.

—Y el FBI, ¿tiene alguna teoría?

—Si la tiene, Alford no lo dirá.

—Si descubre algo acerca de Fay, ¿me lo dirá?

—Claro que sí, John —dijo Kramer.

El viejo John se despidió de ellos, contento de marcharse. De nuevo en el coche, dijo a *el Cheev*:

—Vamos a salir de este follón. Es mala cosa para cualquiera que esté metido en ello. Dejemos que Willie se quede con su dinero.

El Cheev frunció el ceño, pero no dijo nada. Tenía una pista valiosa y, aunque no pudiese persuadir a este viejo caduco, todavía creía en ella. Podía encontrar a Willie.

Aquella misma noche, a hora muy avanzada y, después de haber dormido largo rato en un hotel próximo, Kramer se vistió y volvió al hospital, para comprobar la situación de Carl Benedict. Por mucho que se pusiese sobre aviso a los jóvenes agentes californianos, no se podía estar nunca seguro de que tomarían las precauciones adecuadas con un hombre que había estado a punto de morir no hacía muchas horas. No tenían experiencia con sujetos como Carl Benedict. Tratándose de éste, todo era posible.

La ciudad dormía profundamente. No se veía una luz en parte alguna, salvo en el vestíbulo del hospital, e incluso aquí la luz había sido amortiguada. Y ocurría lo que Kramer había sospechado. Un joven agente estaba dormitando en un diván y, detrás del mostrador, un hombre de cabellos grises, un vigilante, estaba también durmiendo. En el momento de entrar Kramer, una enfermera de edad madura y aspecto cansado llegó de la parte de atrás, llevando unas fichas.

Kramer la detuvo.

—¿Está bien nuestro hombre?

—Se le han administrado sedantes y está durmiendo, teniente.

Kramer asintió con la cabeza y se acercó al joven agente, que se puso en pie, confuso.

—He estado perdiendo mucho sueño —dijo, antes de que Kramer pudiese hablar.

—Entonces debería pedir que le releven —dijo Kramer, tratando de disimular su irritación.

—Pero ese hombre está medio muerto.

—No cuente con ello —dijo Kramer—. ¿Acaso quiere que le maten?

El joven agente tragó saliva y no respondió. Kramer echó a andar por el pasillo y miró dentro de la habitación de Carl, cuya puerta estaba siempre abierta. Kramer dio un respingo. Carl estaba sentado en el borde de la cama.

—¡Túmbate, imbécil! —gritó Kramer—. ¿Qué te pasa?

—Estoy un poco aturdido, con todas las porquerías que me dan —dijo Carl—. Supongo que estaba soñando.

Lanzando un gruñido, se dejó caer de lado sobre la cama, y levantó despacio y dolorosamente las piernas.

Kramer siguió observándole, seguro de que mentía.

—Continúa así —dijo— y tendré que atarte con cadenas a la cama. Emplea la cabeza, Carl. Si no tienes cuidado, lo más probable es que mueras. El médico ha dicho que tal vez tendrá que hacerte otra transfusión mañana. Debes ser prudente.

—Está bien, está bien —dijo Carl, con irritación.

—¿Estás dispuesto a decirme qué estabas haciendo allí con Nick Fay?

—Adivínelo. Usted es el detective.

—Creo que lo sé.

—Le felicito. Pero ¿cómo va a probarlo?

Una pausa.

—¿Quiere sacar a Nick de apuros? —preguntó al fin Carl.

—¿Por qué habría de quererlo?

—Usted es un policía; él también lo es. Nick me agarró, ¿sabe? Me estaba llevando detenido para someterme a juicio.

—Estupendo. Entonces te prestó su coche para que te divirtieses dando un paseo.

—Sí —dijo Carl—. ¿Cree que podría sostener esto ante un tribunal?

Se echó a reír; después empezó a toser y, por último, se puso fatigosamente de espaldas sobre la cama, y yació mirando al techo.

—Creo que estoy muy grave. Estuve a punto de palmarla.

—Esto es lo que estoy tratando de decirte, maldito idiota —dijo Kramer.

—Está bien, está bien —dijo Carl, con voz soñolienta.

Una larga pausa.

—¿Mataste a Nick, Carl? —preguntó Kramer—. Confidencialmente.

—Confidencialmente, no —dijo Carl, bostezando.

—Muy bien, duerme —dijo Kramer—. Pero si vuelves a hacer tonterías, te encadenaré a la cama, palabra.

—No se preocupe —dijo Carl—. Ese joven polizonte de ahí fuera está siempre mirando hacia aquí. Sólo estaba aturdido, se lo aseguro.

Y Kramer decidió, al fin, que tal vez Carl, sin duda muy débil, estaba diciendo la verdad.

Collins, un joven del FBI, tuvo muchas dificultades en encontrar el distrito, a pesar de que llevaba claramente escrita la dirección. Era nuevo en la zona de Los Ángeles, y ésta era tan extensa e interminable y desconcertante, con callejones sin salida y tantos nombres de calles repetidos que, frecuentemente, los residentes no conocían calles que estaban a dos manzanas de distancia de la suya. Era un verdadero laberinto.

Por fin encontró la dirección, abrió una verja desvencijada y entró. En el mismo instante en que un hombre salía al porche, un perro castaño, de mediano tamaño, apareció en la esquina de la casa, gruñendo y ladrando.

—¡*Brownie!* ¡No! —gritó el hombre, y el perro se detuvo y se encogió, pero siguió mirando amenazadoramente a Collins.

—No debería entrar de esa manera —dijo el hombre, en tono de reproche—. Si yo no hubiese estado aquí, le habría mordido. Hemos tenido problemas en el barrio con los ladrones y los curiosos.

Brownie seguía gruñendo.

—Discúlpeme —dijo Collins—, ¿es usted Mr. Velinsky?

—¿Yo? —gritó, molesto, el hombre—. No. Viven en la parte de atrás. Siga la

valla.

El hombre dirigió ahora una mirada desdeñosa a Collins, llamó el perro y ambos desaparecieron dentro de la casa.

Collins siguió la valla y, detrás de un seto alto y mal cuidado, encontró la casa de Velinsky. Era una casita desvencijada, de madera, antaño parte de una antigua caballeriza. Un hombre gordo, en pantalón de trabajo y camiseta, estaba sentado en una gastada silla de lona, leyendo un periódico y tomando el sol. Justo detrás de él, una mujer rubia e igualmente gorda, de casi cincuenta años, cara redonda y bonita, y grandes ojos azules perfilados de negro, estaba sacando la colada.

—Discúlpeme —dijo Collins—, ¿son ustedes Mr. y Mrs. Velinsky?

La pareja cambió una larga mirada.

—¿Se trata de una colecta? —preguntó el hombre—. Nosotros no tenemos dinero.

Collins avanzó unos pasos y se identificó.

—FBI —dijo el hombre a su esposa, y cambiaron otra larga mirada, esta vez muy significativa.

—Sí —dijo Collins—. Pero no es más que una investigación de rutina. No tienen de qué preocuparse. ¿Son ustedes los Velinsky?

El hombre asintió con un gesto de la cabeza. La mujer desplegó otras dos sillas de lona y ofreció una a Collins.

El agente del FBI sacó su libreta y se volvió a Mrs. Velinsky.

—Su nombre de soltera era Lena Derucky, ¿verdad?

—Sí, señor. No necesita ser tan cauteloso, joven. Sabemos a qué viene esto. Pero es la primera vez que la emprenden con nosotros.

—Oh, nadie va a emprenderla con ustedes —dijo Collins—. Sólo se trata de unas pocas preguntas de rutina. No deseamos molestarles.

—¡Aquel bastardo! —dijo, furiosamente, Velinsky—. ¿Qué clase de mundo es éste, en que un hombre como él pudo largarse con un millón de dólares hace cinco años, y nadie es capaz de pillarle? ¡Mientras otros infelices se desloman por unos sueldos de hambre!

Mrs. Velinsky miró irónicamente a su marido, pero no hizo comentarios.

—Será aprehendido —dijo Collins—. Estamos trabajando en esto. —Se volvió de nuevo a Mrs. Velinsky—. Creo que tiene usted una hija de veinticinco años.

—Sí, Dorothy —dijo Mrs. Velinsky.

—¿Están ustedes en contacto con ella?

Velinsky lanzó un bufido burlón.

—Es demasiado para nosotros. Nos desprecia, después de todo lo que hice yo por ella. Como si hubiese sido mi propia hija. En realidad, todo el mundo creía que lo era.

—Y lo era —gritó acaloradamente Mrs. Velinsky—, y tú lo sabes, Thad. Por consiguiente, no mientas más.

—Basta —gritó Velinsky—. Digamos la verdad. ¿Por qué mentir al FBI? Tal vez

es importante...

—Podría serlo —dijo Collins.

—Bueno, Dorothy es hija de Willie Madden, y esto es la pura verdad; pero yo me casé con Lena a pesar de ello.

Collins miró a Mrs. Velinsky y desvió la mirada. Se había puesto colorada y parecía confusa.

—¿Es verdad, Mrs. Velinsky?

—Sí, señor —dijo ella, y empezó a sollozar y a enjugarse los ojos.

—Oh, Lena, no llores —dijo su marido—. ¿Qué importa ahora esto? Entonces no eras más que una niña.

Collins carraspeó e hizo una pausa, esperando a que se calmasen las emociones.

—¿Cuándo supo de ella por última vez? —preguntó.

—Tal vez hace un año —dijo Mrs. Velinsky—. Pero hace dos que no la vemos. Un día vino y nos dijo que se iba a Chicago para actuar en un espectáculo; después, hace cosa de un año, recibimos una carta suya desde Detroit. Nos decía que tal vez iría a Nueva York para probar suerte allí. Es muy bonita y demostró ser muy inteligente en sus estudios; estuvo tres o cuatro semestres en la Universidad, alternando el estudio con el trabajo. Es una chica muy ambiciosa.

—Se portó muy bien hasta que tuvo unos dieciséis años —dijo Velinsky—. Entonces empezaron a metérsele ideas en la cabeza. Quería ser alguien. Se avergonzaba de nosotros, después de todo lo que había hecho yo por ella. La había tratado como a mi propia hija.

—¿Vivió durante un tiempo aquí?

—Sí —dijo Mrs. Velinsky—. Pero ahora no vive nunca mucho tiempo en el mismo sitio; no desde que tenía diecisiete años. Es una chica muy inquieta. No se parece a mí en absoluto. Yo nunca fui inquieta, ¿verdad, Thad?

—No —dijo Thad—, nunca lo fuiste. —Miró a Collins con sus ojos azules—. Ha sido una buena esposa para mí, una buena mujer. Una mujer magnífica. Todo fue culpa de aquel maldito Willie Madden.

Mrs. Velinsky empezó de nuevo a sollozar y enjugarse los ojos.

—Basta, Lena, por favor —suplicó Mr. Velinsky.

—¿Nunca ha vuelto a saber de Willie Madden? ¿Ninguna carta? ¿Ninguna llamada telefónica? ¿Nada? —preguntó Collins, creyendo que era inútil, pero haciendo su trabajo.

—No he visto a Willie Madden ni tenido noticias de él en veinticinco años —dijo Mrs. Velinsky.

—Si algún día apareciese por aquí, Dios no lo quiera —gritó Velinsky—, le tendría agarrado hasta que llegase la Policía; todavía soy lo bastante fuerte como para hacerlo.

—¿Y supo él algo acerca de su hija?

—Sabe que nació..., o al menos que nació una criatura —dijo Mrs. Velinsky—.

Pero dudo de que se acuerde siquiera de ella. Sé que no le importa. Era un hombre de corazón muy frío. Se marchó y me abandonó. Nunca volvió a decirme ni una sola palabra.

—Y entonces los hermanos de ella hicieron anular el matrimonio —dijo Velinsky, siguiendo el hilo de la historia—, y yo accedí a casarme con ella. Lena había sido siempre mi novia hasta que empezó a perseguirla el tal Willie, un muchacho cuatro años menor que ella. ¿Se imagina? Bueno, Lena y yo salimos del pueblo y fuimos a Cincinnati, donde todo el mundo creyó que Dorothy era hija mía. Después vinimos aquí.

Mrs. Velinsky estaba de nuevo sollozando y enjugándose los ojos, pero esta vez Mr. Velinsky no la reprendió. Sólo le dio unas suaves palmadas en el hombro.

—Lamento disgustarles —dijo Collins—. Acabaré en seguida. Pero ¿sabe la joven que Madden es su padre?

—Nunca oyó hablar de Willie Madden —gritó Velinsky—. Nosotros cuidamos de esto. Pero creo que cometimos un error. Fue idea del hermano de Lena. Éste vino a vivir una temporada con nosotros. Es un católico severo y no quería mentir a Dorothy; por consiguiente, cuando ésta tenía unos once años, su tío le dijo que su padre había muerto en la guerra, y que yo era su padrastro. Esto, según Joseph, no era una mentira, porque Willie estaba realmente muerto... para todas las personas decentes..., y yo era realmente su padrastro.

Collins reflexionó. ¿Quién hubiese podido imaginarlo? ¡Qué complicada era la gente!

—Sigo diciendo que fue un error —insistió Mr. Velinsky—. Si ella hubiese pensado que yo era su verdadero padre, me habría tenido más respeto y no se habría escapado de casa como una delincuente juvenil.

—En realidad no se escapó —protestó Mrs. Velinsky—. Sólo se fue. Nos dijo que se iba. Yo no llamo escaparse a esto.

—El caso es que se marchó —dijo Mr. Velinsky—. Demasiado joven para ir de un lado a otro.

—¿Tienen alguna fotografía de ella? —preguntó Collins.

—No —dijo Mrs. Velinsky—. No desde que tenía unos once años. Las otras se las llevó. No sé qué hizo con ellas.

Collins se marchó al fin. En su opinión, había sido una entrevista fútil, inútil. Se sentó pensando en todo el trabajo y todas las horas que se habían dedicado a buscar a aquella gente (sólo una pequeña faceta en la busca encarnizada de Willie Madden), desde el agente Glinka, en el pueblo natal de Willie, y a través de muchos y complicados procedimientos, hasta llegar por fin a él, Paul Collins, ¿y para qué? Willie no se acercaría a estas personas.

De todos modos, tenía que redactar su informe.

Willie estaba de nuevo en Los Ángeles y había dormido bien en su gran habitación del «St. Nicholas», un viejo y buen hotel conservador, que había sido pintado y decorado de nuevo, pero había conservado su primitivo encanto. Los techos eran altos; las ventanas grandes, abiertas en gruesas paredes; todo era vasto, propio de un pasado en el que sobraba espacio para la gente, y la vida transcurría a un ritmo más lento.

Era poco más de las ocho de la mañana. Willie se acercó a la ventana y miró al exterior. Estaba en el segundo piso. Al otro lado de la calle se alzaban unos grandes almacenes de lujo y, hacia el Este y entre los árboles, se veía un parque boscoso con un lago en el centro que era como un gran espejo, reflejando la orilla, los árboles y un anticuado cobertizo. El día era espléndido y ya había gente en el parque. Un bote de remos cruzaba lentamente el lago.

Un buen lugar, pensó Willie, bastante satisfecho, pero también bastante preocupado. Siempre había alguna pega. Había retirado más fondos de donde los guardaba, y ahora estaba bien pertrechado para una larga estancia, mas, en la población donde tenía el dinero, había observado, en la calle, una cara conocida en compañía de otra desconocida, pero que parecía la de un policía de paisano.

Willie pensó inmediatamente en el FBI. La cara conocida pertenecía a Tom Corby, ex agente de seguridad de «Kenmore Trust» y, tiempo atrás, superior de Willie. ¿Qué estaba haciendo a miles de kilómetros de su casa? ¿Y qué estaba haciendo en esta población en particular?

Desde luego, podía haber una explicación sencilla. Era una población de vacaciones, desde el otoño hasta la primavera, y tal vez Tom se estaba tomando un descanso. Y si era así, nada impedía que pudiese estar con un amigo, un hermano policía de la clase que fuese. Los agentes de policía solían juntarse siempre, lo mismo que los músicos o los actores o los conductores de camiones.

Pero Willie no era capaz de tomarse las cosas a la ligera. Había salido rápidamente de la población. Afortunadamente, Tom no le había reconocido, aunque habían pasado bastante cerca el uno del otro, en la calle. Varios años antes, Willie se había presentado allí como James Williard, de Cincinnati, Ohio; esta identidad era preciosa y necesaria para él, y no quería ponerla en peligro. En realidad, era algo *necesario*. Había salido bien del encuentro, pero no estaba satisfecho. ¿Era posible que Tom Corby, retirado, residiese ahora allí? Su manera de vestir parecía indicarlo. Ciertamente no parecía un turista.

Willie estaba de pie detrás de la ventana, contemplando la luz del sol, preocupado. Tal vez había llegado el momento de buscar un nuevo lugar donde esconder su dinero, por mucho que le alarmase esta idea. Transportar casi medio millón de dólares en efectivo a otro sitio, no era algo que pudiese hacerse a la ligera.

Decidió no tomar, de momento, una decisión sobre este importante asunto, sino

pensarlo bien. Apartó toda la cuestión de su mente para concentrarse en Dorothy Velinsky. Había estado pensando constantemente en ella.

Telefonó al consultorio del médico. Fue Dorothy quien se puso al aparato. Pareció sorprendida y excitada.

—¿Qué le parece esta noche? —dijo Willie—. ¡Cena, baile y un motel!

Un silencio seguido de una risa en el otro extremo de la línea.

—Me parece que no he oído el final —dijo Dorothy—. Pero acepto la cena y el baile.

Quedó acordado.

—¿Y mantendremos el secreto? —sugirió Willie.

También estuvieron de acuerdo en esto. Él la esperaría en el vestíbulo de un hotel próximo, a las ocho de la tarde.

Kramer volvió del teléfono con aire satisfecho, con una expresión triunfal en su duro semblante y Carl, que yacía de costado fumando un cigarrillo, no le perdía de vista.

En el pasillo, un policía alto y con casco estaba leyendo un periódico.

—Kramer —dijo Carl—, cualquiera diría que su peor enemigo acaba de ser atropellado con un carro de la basura.

Kramer sonrió, se sentó en una silla y encendió tranquilamente un cigarro.

—Carl —dijo al fin—, voy a hacerte un favor.

—¡Oh, gracias! —dijo sarcásticamente Carl.

—Sí, señor —dijo Kramer—. Voy a darte la oportunidad de convertirte en un testigo del Estado.

—¿Acerca de qué? Mis compañeros han sido ya juzgados y condenados por el mismo delito.

—Acerca del octavo hombre.

—¿Qué octavo hombre?

—No seas estúpido. Puedo hacer que te envíen a máxima seguridad.

—¿A mí? ¿Al artista de las fugas? Está loco, Kramer.

—Te serviría de mucho, si me lo contases todo acerca de Nick.

—Váyase. Quiero dormir —dijo Carl. Y después—: ¡Eh, tú! —dijo al agente que estaba en el pasillo—. Deja de fingir que sabes leer; no me engañas, y saca a este sabueso de mi habitación; me está haciendo proposiciones.

Kramer hizo ademán al joven agente de que no le prestase atención.

—De todas maneras, lo vas a pasar mal, Carl —dijo Kramer—. Demuéstrame que no mataste a Nick, y no te arrepentirás.

—Lo sé —dijo Carl—. Me llevará asido de la mano durante el último kilómetro.

—Hablo en serio.

—Los polis hablan siempre en serio. Voy a quejarme ante el Poder Judicial o ante

quien sea. Me está coaccionando. No respeta mis derechos constitucionales. Yo leo los periódicos.

—Está bien, Carl —dijo Kramer—. No digas que no te he dado una oportunidad.

Una larga pausa. Carl se volvió boca arriba, apagó el cigarrillo y se quedó mirando los dibujos que hacía la luz en el techo. Por fin, preguntó:

—¿Qué ha sucedido, Art?

—Pronto lo leerás todo en los periódicos.

—¿Acaso va a cantar un pajarito?

—Tú mismo lo estás diciendo.

—Bueno —dijo Carl, después de otra pausa—, seguro que esto no puede perjudicarme.

—¿Y si fuese alguien que supiese que has matado a Nick?

—Confidencialmente, yo no le maté. Por lo tanto, deje de coaccionarme. No le servirá de nada. Y todo el mundo sabe que contribuí a limpiar el «Kenmore Trust».

Sin saber por qué, Kramer le creyó.

Eran las ocho y diez cuando Willie entró en el vestíbulo del hotel donde tenía que encontrarse con Dorothy. Lo había observado varias veces a esta hora; estaba débilmente iluminado y rebosante de actividad; un buen lugar para una cita, mejor que el vestíbulo de su propio hotel, que estaba brillantemente iluminado y prácticamente desierto a todas las horas del día.

Ella le estaba esperando y se levantó para saludarle. Era una Dorothy diferente, con un sencillo vestido negro corto, medias de punto y zapatos de tacón bajo y con hebillas; y las gafas que llevaba esta noche eran decorativas, con una montura negra y de forma extraña.

Ambos se quedaron inmóviles, mirándose, como si se viesan por primera vez. Los cabellos de Willie le parecieron más oscuros a Dorothy, ¿o era un efecto de luz? (En realidad, se los había decolorado un poco para que se adaptasen mejor a su nueva identidad). Y ahora también él llevaba gafas, con gruesa montura negra. Y era más bajo de como ella le recordaba, más que ella misma, tal vez de no más de un metro setenta y tres centímetros de estatura, y más delgado, con un aire de estudiante que se avenía mal con su semblante un tanto envejecido.

—Bien —dijo Dorothy.

—Bien —dijo Willie.

—Casi no le reconocí con gafas —dijo Dorothy—. No sabía que las usara.

—Es algo nuevo para mí —dijo Willie—. Mientras estuve fuera, me hice examinar la vista. Astigmatismo y miopía. ¿Qué le parece?

—Le sientan muy bien —dijo Dorothy—. Parece muy distinguido.

Willie sonrió, complacido a su pesar.

—¿Tomamos una copa? —dijo—. Tengo entendido que el bar de este hotel está muy animado.

—Así lo dicen.

Pasaron juntos por un largo pasillo que terminaba en un bar espacioso y débilmente iluminado, donde tocaba un conjunto de jazz en una plataforma elevada, en un rincón. La cara del pianista parecía casi purpúrea bajo los pequeños focos y sus dientes tenían un brillo fluorescente. Ocuparon un compartimiento y pidieron la consumición. Fue pasando mucha gente por delante de ellos. Los hombres llevaban pequeñas insignias. Una convención, pensó Willie, con disgusto.

—No sabía que esto fuese así —dijo a Dorothy—. ¿Le importa?

—No —dijo ella—. Me gusta.

Seguía mirando a su alrededor, al parecer complacida por todo lo que veía. Sus claros ojos azules centelleaban, y Willie se sintió atraído por ella cada vez más y de un modo más extraño. Significaba algo para él. Más que nunca.

El camarero les trajo las bebidas y Willie, medio en broma, levantó su vaso en un brindis silencioso. Ella hizo chocar el borde del suyo contra el de él, y bebió

largamente sin dejar de observarle.

—¿Le gusta el baile? —preguntó ella.

—¿Para mirarlo?

—No, no para mirarlo.

—Nunca fui un buen bailarín —dijo él.

—A mí me encanta bailar —dijo ella—. Pero ahora puedo hacerlo pocas veces.

—Tal como se baila ahora —observó secamente Willie—, apenas se necesita una pareja.

—Conozco un lugar —dijo ella—. ¿Le gustaría ir allí más tarde?

—Si usted quiere.

Willie lo pasaba tan bien que insistió en pedir varias copas más antes de ir a cenar. El restaurante que habían elegido estaba a pocas manzanas de distancia, y decidieron ir andando en la templada noche californiana, ambos un poco achispados. Dorothy se apoyó en su brazo. En ocasiones, sus piernas se rozaban brevemente. El contacto era electrizante para Willie.

Cenaron bien y después tomaron un taxi. Se asieron las manos en el asiento de atrás y a Willie le sorprendió lo mucho que deseaba a esta alta y terriblemente atractiva muchacha polaca. Pero Dorothy recordaba ahora algo que había olvidado: aquel extraño joven que caminaba sin hacer ruido y había preguntado por Mr. Alien. Estuvo a punto de decírselo a Willie, pero decidió dejarlo para otro momento en que no se divirtiesen tanto.

El lugar que había sugerido Dorothy resultó ser una discoteca cuya pista estaba llena de parejas que se retorcían sin tocarse nunca. No era la idea que tenía Willie del baile, y la música era demasiado fuerte. Aunque estaba achispado, no le gustaba aquel ambiente: antiguos remilgos católicos volvían a él, y los desenfadados movimientos de las chicas no le gustaban tanto como le habrían complacido de ordinario. Hasta que un joven alto y con barba invitó a Dorothy a bailar y Willie pudo ver toda la sorprendente energía de su cuerpo revelándose en la pista: las caderas oscilando, los senos subiendo y bajando como movidos por un motor maravilloso. La contempló, fascinado, hasta que se vio de pronto atenazado por un extraño miedo que no podía definir. Algo parecido a lo que experimentaba cuando se despertaba balanceándose en la noche. No se dio cuenta de nada más hasta que sintió la mano de Dorothy sobre su hombro.

—¿Qué le pasa? —preguntó ella.

—Nada.

Ella le observó la cara durante un momento y después se sentó a su lado.

—Esto no puede ser muy divertido para usted —dijo—. ¿Quiere que nos vayamos?

—Sí.

Habían convenido en que Willie subiría al apartamento de ella. Sin embargo, se sentían curiosamente deprimidos al subir la escalera. Dorothy tendió su llave a Willie y él tuvo que hurgar varias veces en la cerradura para poder abrir la puerta. Antes de que ella tuviese tiempo de encender las luces, la abrazó y la besó y sintió el calor de su cuerpo. Ella le respondió apasionadamente, pero de nuevo vaciló él. La soltó y retrocedió, gustando todavía del sabor dulce de su boca. Dios mío, ¿qué era lo que andaba mal?

Ella encendió una luz y él sacó inmediatamente sus cigarrillos. Los dos encendieron éstos gravemente, sentados frente a frente.

—Tengo que contarle algo —dijo Dorothy—. Tal vez hubiese debido decírselo antes, pero lo estábamos pasando tan bien...

Y entonces, habiendo despertado la atención de Willie, refirió con todo detalle la visita de aquel joven al consultorio del doctor Mahon.

Willie no dijo nada y el miedo que había sentido en la discoteca le atenazó de nuevo. Pero, a pesar de la buena descripción, Willie no reconoció al joven; sin embargo era indudable que se trataba de uno de los sabuesos que le seguían la pista, de la compañía de seguros, de la ley o del hampa.

—Mire, Mr. Alien —dijo Dorothy, al prolongarse el silencio—, no tiene que fingir conmigo. Sé que está en apuros y no me importa de qué clase sean éstos.

Willie la estudió y después se esforzó en sonreír. Le creyó. No le importaba. ¿Por qué? Porque tenía todas las cualidades de una promotora. Él había llegado como una ráfaga de aire en el desagradable escenario en que ella se había metido. Era su salida. Pero ¡vaya salida había escogido! ¡Si conociese todos los hechos!

Willie reflexionó. Su relación con ella era peligrosa. Había sido ya interrogada por uno de los sabuesos. ¿Estarían vigilando el consultorio del médico por si él volvía allí? ¿Harían que alguien la siguiese a ella? Esto parecía improbable. Sin embargo, la situación no era buena.

Además, algo todavía más importante estaba llamando en el fondo de su mente, aunque esto tal vez era resultado de su imaginación acalorada en aquel avance del infierno que acababa de presenciar, con las furiosas luces, el estruendo de la música y los movimientos espasmódicos de los bailarines.

¡Tenía que ser!

Willie se echó atrás en su sillón, chupó el cigarrillo y trató de parecer despreocupado.

—Fui en un avión a reacción al Medio Oeste —dijo—. Tenía que resolver unos asuntos allí, en mi pueblo.

—¡Ah! —dijo Dorothy, sintiéndose un poco más tranquila. Tal vez su alarma había sido infundada—. Yo nací en el Medio Oeste.

—También yo —dijo Willie—, si llamamos Medio Oeste a Cincinnati.

Dorothy sonrió.

—Y yo nací cerca de allí. ¿Qué le parece?

Y nombró la gran ciudad a orillas del río, que Willie no hubiese querido que mencionase.

—¿Ah, sí? —dijo Willie, con rostro inexpresivo—. Conozco muy bien aquella ciudad. ¿En qué parte de ella nació?

—¡Todavía le diré algo más curioso! —dijo Dorothy, siguiendo con su idea—. Me crié en Cincinnati. ¿No es una gran coincidencia?

—Sí —dijo él—, sí que lo es.

—Pero nací en Polishtown. Y sé la calle y el número. ¿Sabe por qué? Mi madre tenía una fotografía de su antigua casa, había salido de ella a su pesar, y solía tenerla colgada en una pared en Cincinnati. Era una casa de madera, con una alta valla, y en ésta se leía: 231 Clayburn.

Willie estaba viendo aquella valla como a través de una niebla de incredulidad. Pero entonces tuvo una súbita idea. ¿No había habido un tropel de Velinsky y de Deruckis, primos, tías, hermanos, hermanas y sabe Dios qué más? Una numerosa tribu cuya composición no había puesto nunca en claro.

—Yo conocía mucha gente en aquella ciudad —dijo Willie—. Y también a algunos polacos. ¿Cómo se llamaba su madre?

Dorothy le miró fijamente y después se echó a reír.

—Oh, un hombre como usted no podía conocer a mi familia, Mr. Alien. Polishtown no era más que un barrio bajo.

—¿Cree que yo tuve siempre dinero? —preguntó Willie—. Lo gané con mi trabajo. No tenía nada.

—Bueno, mi madre se llamaba Lena Derucki.

Esto lo aclaraba todo. Willie se frotó la cara con la mano y se quedó mirando vagamente a Dorothy. Ésta no sabía qué pensar. ¿Estaba borracho? La verdad era que había bebido mucho.

—Ya le dije que no conocería a mi familia —dijo Dorothy.

—Cierto —dijo Willie, que se levantó y miró su reloj de pulsera.

Se sentía aturdido, como si le hubiesen golpeado con una maza. ¿Cómo había sucedido esto? ¿Cómo había podido hallarse en esta situación, en una nación de doscientos millones de habitantes? ¿Había sido simplemente una casualidad? O tal vez había en ello algo..., algo..., intencionado. Trató de borrar de su mente tan ridícula idea.

Al menos, *algo* le había salvado de lo que incluso Willie consideraba un pecado mortal.

«Un pecado mortal, ¡por el amor de Dios! —pensó Willie—. ¿Qué diablos me sucede?».

—Es muy tarde —dijo—. Tengo que irme.

Se dirigió a la puerta, realmente pasmado. Tocó la mano de ella y le dijo:

—La telefonaré. Tendrá noticias mías.

Se fue a su hotel y al cabo de largo rato se durmió, sólo para despertarse minutos más tarde con el balanceo más violento que jamás hubiese experimentado.

El Cheev estaba dormitando en el sofá, con la TV portátil encendida, pero con el volumen muy bajo. Quait había salido en dirección a una cabina de teléfono público. Otra llamada de advertencia desde su ciudad.

El Cheev yacía en una especie de duermevela. En ocasiones, su mente barajaba vagas y confusas ideas sobre la joven de cabellos negros del consultorio del médico. ¿Qué era? ¿Una corazonada? Más que esto. Había percibido su preocupación. Había olido un encubrimiento. ¿O no era más que su manera de ser? ¿O era costumbre de los médicos mantener una reserva absoluta sobre los pacientes, aunque, según aquella joven, éste sólo había consultado una vez al doctor?

El Cheev se despertó ahora del todo. ¿Por qué él no había tenido nunca dinero? ¿Por qué no podía nunca actuar por su cuenta, sino que tenía que estar a las órdenes de gente como aquel viejo y cojo monstruo de cabellos grises?

Tenía una pista. Estaba seguro de ello. Una buena pista, y se estaba preparando para emprender un viaje a lo largo de la autopista de la costa, para investigar en los hoteles de lujo.

—Por Dios que las pasaré moradas si tengo que apuntar con una pistola a la barriga de alguien —se dijo *el Cheev*.

Unos minutos más tarde, Quait llamó con fuerza a la puerta, y *el Cheev* la abrió.

—Prepara las maletas —dijo Quait, pareciendo viejo y abatido.

—Creía que mañana nos pondríamos en marcha.

—Ni mañana ni nunca —dijo Quait—. Volvemos a casa. Ha habido un chivatazo.

—¿Quién se fue de la lengua?

—Joe Wicks. Me nombró. El ataque de locura y su encierro en el pabellón de los chiflados, fue una comedia. Le sacaron de la cárcel para que no pudiesen liquidarle. Le tienen escondido en alguna parte... los polis, y tengo que tratar de descubrir dónde.

—¿Quiere decir que esto va a salir en los periódicos?

—Ha salido ya.

—John —dijo *el Cheev*—, ¿no ve lo que significa esto? Redoblarán los esfuerzos por cazar a Willie.

—¡Al diablo con Willie! Ahora tengo que ocuparme de otra cosa. ¿De qué me serviría todo aquel dinero, en la cárcel? Haz los bártulos. Volveré dentro de diez minutos.

El Cheev asintió con la cabeza. El viejo John salió, cojeando y hablando consigo mismo.

El Cheev se rebeló. Le importaba un bledo *el Cojo*, y que metiesen a éste en chirona. No iba a permitir que el viejo John le robase la pista y la oportunidad de encontrar a Willie.

Hizo apresuradamente la maleta; bajó por la escalera, en vez de usar el ascensor;

dio cinco dólares y las llaves del coche alquilado a un botones. Después le dijo:

—Hazme el favor de dar estas llaves a Mr. Quait. Él pagará la cuenta.

—Sí, señor —dijo el botones.

El Cheev salió apresuradamente por la puerta principal, y fue inmediatamente engullido por los millones de Los Ángeles. Sonrió para sí. Pero estaba terriblemente asustado. Seguía viendo la cara del viejo John Quait.

Era muy tarde. Kramer había echado una cabezada, como de costumbre, y vuelto al hospital. Carl estaba despierto y mirando al techo.

—No sabía que se preocupase tanto por mí, Art —dijo, al entrar el teniente en su habitación.

Kramer se sentó junto a la cama.

—He decidido darte otra oportunidad, Carl.

—Oh, es demasiado bueno conmigo.

—Será mejor que empieces a tomarte las cosas en serio. Puedes ser acusado de asesinato, junto con todo lo demás.

—¿Tienen un *corpus delicatessen*?

—No, pero te pillamos con su coche, su dinero y su documentación.

—Art —dijo Carl—, ¿quiere dejarme en paz? Soy un hombre de experiencia. Deje de jugar a policía. No me pillaré.

—Te pondrán de cinco a veinte años, esto con toda seguridad, y tal vez te apliquen un grado superior, Carl. ¿Qué te parece?

—No me suicidaré.

—Pero si nos ayudases un poco en lo de Willie...

Carl levantó la cabeza y miró a Kramer.

—¿Willie? ¿Qué tiene que ver con esto?

—Carl, todos leímos la revista y los periódicos, lo mismo que tú. Nos imaginamos que viniste aquí buscándole. ¿Por qué no nos das una pista, desde luego reservadamente? Yo daré la cara por ti. Y el capitán Bescher hará lo mismo.

—¿Por un asesino? —preguntó Carl, con expresión de enorme sorpresa.

Kramer se sintió muy desanimado. ¿Por qué insistía? Tal vez, con Carl luchando ahora contra la extradición, él sería relevado en cualquier momento. ¿Estaba tratando de ganar tiempo?

Carl se volvió y encendió un cigarrillo.

—Art —dijo—, todavía no estoy en la cárcel. No lo olvide. Y si me encierran de nuevo, no puede estar seguro de que me quedaré allí. Mientras tanto, el Estado tendrá que mantenerme.

Se oyeron pasos en el pasillo, y alguien llamó a Kramer. Estuvo fuera durante largo rato. Carl siguió fumando y dormitando a medias. Precisamente cuando apagaba el cigarrillo volvió Kramer. Tenía una extraña expresión en el semblante,

pensó Carl.

—Bueno, Carl —dijo Kramer—, tal vez puedes olvidarte de la extradición. No creo que vayas a volver allí.

Carl se volvió sobre el costado para observar a Kramer.

—¿Cómo es eso?

—Han encontrado el cuerpo de Nick.

Carl no hizo comentarios.

—Mala suerte, Carl.

Hubo otra larga pausa; después dijo Carl:

—No venda la piel del oso antes de haberlo matado, Art. Espere a tener el dictamen del juez de instrucción. Después de esto, tal vez hable con usted.

Dorothy no podía dormir. Había estado dando vueltas en la cama durante largo rato, incluso después de tomar una píldora somnífera, cosa que hacía en muy raras ocasiones. La había aturrido pero no le había hecho conciliar el sueño.

Ahora estaba observando un programa de última hora en la Televisión, una película de los años cuarenta que le parecía ridícula no solamente por los automóviles y la indumentaria, sino también por su sentimentalismo. Había sido filmada el año en que ella había nacido.

No dejaba de pensar en Mr. Alien y, ocasionalmente, se ruborizaba. ¿Cómo había podido llevarle a un lugar como aquél? Había bebido demasiado, esto era todo. Sí, se había achispado, algo que raras veces le ocurría, y entonces se había metido en la pista con el resto de los chiflados bailarines, meneando el trasero, como solían decir, y el pobre Mr. Alien se había quedado sentado en su rincón, con aspecto de querer huir de aquella algarabía.

Y sin embargo, ¿había sido realmente aquello lo que le había molestado? Saltaba a la vista que Mr. Alien era un hombre de mundo. Era ridículo pensar que lo había escandalizado la discoteca. Y también estaba claro que se hallaba en alguna grave dificultad. Una dificultad lacerante. ¿Y quién era aquel joven que no hacía ruido al andar? ¿Qué quería? ¿Por qué a ella le había producido escalofríos?

Sintió que la acometía una especie de desesperación, pero lo resistió. De pequeña había sido muy propensa a las lágrimas. Y, mirándolo bien, ¿había algo más inútil?

Pero se había producido un cambio tal, en una corta velada, que le costaba adaptarse a él. Había concebido grandes esperanzas. ¿Y qué era ahora lo que podía esperar? El doctor Mahon, el consultorio, los pacientes, Julie y el edificio lleno de torpes lobos casados. Todo como antes. Y prácticamente nada en el Banco.

Se sentía muy deprimida porque estaba segura de que, de alguna manera, lo había defraudado, ella había resultado ser mucho menos de lo que él esperaba. Y poco a poco, la depresión se convirtió en angustia. Las paredes del apartamento parecían echársele encima. Se levantó, apagó el televisor, se puso un impermeable y unas sandalias, y salió a tomar un poco de aire. Era muy tarde, más de las cuatro de la madrugada. Todavía sonaba débilmente una música en alguna casa de la calle.

Al principio sólo anduvo un poco por la acera, por delante de las silenciosas y oscuras ventanas; después bajó la escalera del patio y paseó por éste. Las luces de la piscina estaban apagadas; el agua se movía inquieta, agitada por fuerzas desconocidas, y en ocasiones daba ligeros chasquidos contra las paredes. Y aquí, por fin, apoyándose en un muro estucado, empezó a llorar.

Eran casi las ocho y media de la mañana. El cielo estaba encapotado y la gran habitación de Willie en el «St. Nicholas» estaba gris sin las luces encendidas. Willie trataba de consumir su desayuno y de leer el periódico de la mañana; pero se sentía inquieto, nervioso e indiferente.

Había dormido mal durante toda la noche. No había podido dormir una hora seguida, y en todo momento había tenido conciencia de la gran ciudad extendida a su alrededor, con su tráfico y sus misteriosos murmullos y rumores, y sus inesperados e imprevisibles riesgos. Por ejemplo, el joven de rubios cabellos. ¿Quién era? ¿De dónde había venido?

¿Y cuántos más estaban recorriendo las calles de la ciudad y sus carreteras, buscándole?

Por el accidente más casual, cualquiera de ellos podía tropezar con él.

Podías calcularlo todo con exactitud y, a pesar de todo tu trabajo, tu paciencia y tu vigilancia, de todos tus pensamientos ordenados, una estúpida coincidencia podía echarlo todo al traste.

Pero la inquietud de Willie se debía, sólo en parte, al miedo de ser aprehendido; en realidad, esto era solamente incidental, aunque todavía no se había dado plena cuenta de ello. Había llegado a una encrucijada sin rótulos indicadores. El pasado había quedado atrás. Ya no era el hombre completamente irresponsable del «Pearl of the Orient» y, en definitiva, tendría que enfrentarse con este hecho.

Ahora, Willie lo eludía mentalmente tratando de mantenerlo fuera de su mente consciente, tratando de impedir que influyese sobre él.

Se sirvió otra taza de café y leyó los titulares del periódico: guerra, guerra, conflictos, conflictos; después volvió lánguidamente las hojas, tratando de encontrar algo que le interesase, y por fin lo encontró. Un reportaje de casi media página, repitiendo la historia del Robo de Un Millón de Dólares, y un relato confuso de sus secuelas, evidentemente muy recortado por el director. Aquí estaba todo de nuevo, con un nuevo atractivo, la mención de John Q. Quait, «investigador privado de renombre nacional», con su historia personal brevemente resumida. ¿Era el octavo hombre? ¿Y dónde estaba Willie?

Pero aún no se publicaban fotografías.

Sin embargo, Willie sabía que, ahora que todo el asunto había sido de nuevo aireado debido a un importante chivatazo de Wicks, O'Keefe o Peters, o de los tres, pronto reaparecerían las fotos y, una vez más, las revistas «de crímenes» se ocuparían del asunto.

«La cosa vuelve a estar que arde», pensó.

Pero no podía dejar de pensar en Dorothy Velinsky. La había deseado como a ninguna mujer en veinte años. Su cara, su cuerpo, se interponían constantemente entre él y los planes que hubiese tenido que estar urdiendo, en vista del recrudecimiento de la situación. Y no dejaba de estremecerse ante la idea de que era su «hija». Una idea absurda. Ridícula.

Pero así estaba la cosa. La realidad seguía imponiéndose y golpeándole la cara.

Trató de calmarse, y releyó el relato del robo y sus repercusiones, para ver si había pasado algo por alto, pero el texto impreso seguía siendo confuso ante sus ojos y las ideas se le escapaban...

Cogió la pluma y escribió:

Querido Bufón:

Te has vuelto tan estúpido como Carl Benedict.

Piensa. Piensa.

Cuida de la pequeña, si así lo quieres, pero aléjate y no vuelvas a verla.

Tienes problemas. Tienes que cambiar de sitio aquel dinero.

Esa población es demasiado pequeña. Los Ángeles es el lugar que te conviene. Date prisa, Willie.

El sistema definitivo de guardar su dinero se le había presentado por casualidad, una casualidad, esta vez, afortunada.

Hacia un par de años, Willie se había escapado a México, a punto de ser alcanzado por el FBI (o así lo había creído), con todo el dinero en un baúl lleno de libros y revistas. Era como llevar una bomba, y requería veinticuatro horas de vigilancia al día.

Se había instalado en la ciudad de Santo Tomás, en una casita barata de adobe que había alquilado en el borde de la ciudad, bajo el nombre de James Williard, de Cincinnati, periodista independiente y novelista. Se presumía que estaba muy lejos de ser un hombre acomodado, y él procuraba vivir de acuerdo con esta imagen. El baúl estaba encerrado en un cuarto trastero que Willie visitaba diariamente para su tranquilidad. Pero se convirtió en una especie de engorro, y Willie se dio cuenta de que tenía que encontrar un sitio donde esconderlo. Pero ¿dónde?

Contrajo amistad con un personaje bastante sospechoso llamado Hernández, que parecía estar al tanto de todo lo que pasaba en la frontera. Hernández hablaba y Willie «tomaba notas» para sus novelas. Tenía completamente engañado a Hernández.

Willie conducía un desvencijado «Chevrolet» de diez años que, Hernández observaba a veces con fingida burla. «Un americano con un coche así —decía Hernández—. Conozco a muchos mexicanos que lo venderían como chatarra».

Un día compareció Hernández en un sedán «Mercedes-Benz 57», de dos puertas.

—Esto sí que es un coche —dijo—. ¿Quiere comprarlo?

—¿Con qué? —le preguntó Willie.

—Lo vendo muy barato.

—¿Por qué? —dijo Willie—. Llévelo a Ciudad de México podrán darle un buen precio por él.

Hernández no replicó. Una semana más tarde, volvió con el «Mercedes-Benz». Willie estaba delante de su casa, cambiando un neumático del «Chevrolet».

—Un día se matará con ese coche —dijo Hernández—. Mire lo gastados que están los neumáticos. ¡Y con el dinero que debe ganar con sus escritos! ¿Por qué no compra éste?

Por fin Hernández se explicó. El coche había pertenecido, al principio, a dos

hermanas que habían estado introduciendo drogas de todas clases en los Estados Unidos. Uno de los hermanos había sido gravemente herido por una banda rival; el otro había sido detenido por las autoridades mexicanas y estaba ahora en la cárcel. Un hermano más joven había suplicado a Hernández, que era una especie de «chalán» local, que le quitase de encima el inútil automóvil.

—Lo cambié por el alquiler de una casa —dijo Hernández con aire triunfal—. Un año de alquiler para el muchacho y toda su familia. El coche no me costó nada.

—Entonces quédeselo.

—¿En Santo Tomás? La gente creería que soy millonario con un «Mercedes-Benz» y me lo cobraría todo más caro. Mire, amigo mío. Le mostraré algo que le interesará, ya que escribe novelas.

Y Hernández mostró a Willie un compartimiento secreto, debajo del asiento de atrás. Una especie de pequeña caja fuerte había sido cuidadosamente soldada al bastidor del automóvil. Se levantaba el asiento y después, una especie de trampilla, y debajo de ésta había una fina chapa de acero con una cerradura de combinación en uno de sus ángulos: dos giros a la derecha, uno a la izquierda, y entonces se abría con una llave y aparecía un compartimiento rectangular y poco profundo, pero en el que cabían muchas cosas, de muchas clases.

—¿Lo ve? —exclamó riendo, Hernández.

—Muy bien —dijo Willie—, empezando a trazar su plan. —Sería magnífico si yo fuese traficante de drogas.

—¿Pero no lo encuentra interesante, como escritor? —exclamó Hernández.

Y Willie lo encontró muy interesante.

Continuó la negociación durante días y, por último, según dijo Willie, para librarse de Hernández, accedió a comprar el «Mercedes-Benz» por mil dólares y su viejo «Chevrolet», que Hernández parecía codiciar.

—El único problema es —dijo Willie—, que yo no tengo mil dólares. Tendré que pagárselo a medida que vaya consiguiendo dinero.

Hernández estuvo de acuerdo. Más tarde, conducía el «Chevrolet» reconstruido; por las calles de Santo Tomás, en triunfo, satisfecho de haber «engatusado» al americano con un coche que devoraba la gasolina y en realidad no era en modo alguno práctico.

Willie tardó más de un mes en pagar el «Mercedes-Benz», en entregas de cien y doscientos dólares.

Y al compartimiento secreto del «Mercedes-Benz» fue a parar todo el dinero de Willie, por ser el lugar más seguro en el que podía estar.

Y allí continuaba aún, con el «Mercedes-Benz» aparcado en un garaje a prueba de incendios de una gran población de Arizona. Willie pagaba las facturas del parking por semestres anticipados, y se había presentado a los dueños como James Williard, escritor itinerante que podía estar en Europa, en California o en los Mares del Sur, pero acudiría ocasionalmente para echar un vistazo a su magnífico «Mercedes-Benz»

57», e ir a dar una vuelta con él.

Aunque este plan le había dado resultado durante largo tiempo, el hecho de haber visto a Tom Corby en las calles de aquella ciudad de Arizona había alarmado a Willie, haciéndole pensar que aquella ciudad no era lo bastante grande, y que Los Ángeles era el lugar que le convenía.

Willie se estaba ahora reprendiendo. No hubiese debido salir huyendo de aquella población como lo había hecho; hubiese debido tomar medidas para el traslado, allí y entonces. Pero había estado demasiado ansioso por volver a Los Ángeles. ¿Por qué? Por Dorothy Velinsky.

Los rótulos del cruce de caminos se estaban haciendo más claros. Tendría que elegir. No más Dorothy Velinsky. No más. Se juró que no volvería a verla.

En primer lugar, era una situación completamente imposible, fútil y decepcionante. Y además, ella había sido «localizada» por aquel joven rubio, que podía ser de cualquier lugar u organización, y podía estar ahora siguiéndola o, al menos, manteniendo bajo vigilancia el consultorio del médico.

Después de tantas precauciones y tanta paciencia, ¿por qué poner el cuello en el nudo corredizo?

Luchando contra un súbito sentimiento de depresión, un sentimiento nuevo para él, se sentó ante la pequeña mesa escritorio de su habitación y trazó su plan. Conservaría su habitación en el «St. Nicholas»; Dorothy no conocía su nuevo nombre ni el lugar donde vivía. Buscaría un garaje grande y a prueba de incendios en la zona de Hollywood, y entonces haría inmediatamente el traslado, con Tom Corby allí, o sin él.

Estudió el plan (había incluso fijado un horario), y después lo quemó en el cenicero y entró en el cuarto de baño para afeitarse. La cara que le miró desde el espejo, aunque tostada por el sol, parecía macilenta, con profundas arrugas entre las cejas y alrededor de la boca.

Aunque tenía cierta satisfacción porque se había obligado a actuar ahora como hubiese debido actuar antes (y ante una de las más fuertes impresiones que había tenido en su vida), su estómago seguía revolviéndose de modo inquietante, y el mundo no parecía gris, sino negro bajo la niebla de la mañana.

Eran las seis y veinte, y casi de noche, cuando Dorothy llegó a casa desde el consultorio, sintiéndose cansada y aburrída, queriendo solamente tumbarse en la cama y no saber nada del mundo hasta el día siguiente.

Había un gran sobre de papel castaño esperándola en conserjería. La chica de detrás del mostrador dijo que lo había traído un mensajero. Parecía contener una revista grande, pensó Dorothy.

Esperanza, excitación, fue lo que empezó a sentir ahora. Subió corriendo a su apartamento, corrió la cortina cerrando la vista del patio y de la piscina, y rasgó nerviosamente el sobre.

Parecía contener únicamente el número corriente de *Harper's Bazaar*. Empezó a

hojearlo y encontró en seguida un gran sobre plano: había en él diez billetes de cien dólares y una nota que decía:

Me marchó. Ingrese este dinero en el Banco y consérvelo para una emergencia. O tal vez le ayudará a seguir algún curso de sus estudios. No lo diga a nadie.

Esto era todo. Dorothy se quedó pasmada en medio de la habitación; después se sentó y leyó la nota una y otra vez. ¿Significaba esto que él se marchaba para siempre? ¿Había tenido que hacerlo, obligado por la dificultad en que se hallaba? Si era así, ¿por qué se mostraba tan generoso con alguien a quien apenas conocía? ¿Y qué era lo que había estropeado la velada de ayer?

Permaneció sentada allí, sosteniendo los billetes en la mano, mirándolos como si fuese la primera vez que veía dinero. Sus sentimientos se alteraban entre la esperanza y la desesperación.

—Esto significaba..., podía significar, que no volvería a ver a Mr. Alien. Y por otra parte, ¿por qué...?

Eran casi las ocho cuando se levantó y se dirigió a la pequeña cocina «Pullman» para prepararse café y un bocadillo. No tenía ganas de ir a parte alguna. Vería la televisión y se acostaría pronto.

Era posible que volviese a tener noticias de él..., al menos seguía diciéndose que era posible...

Carl se había hecho «amigo» de los polis locales, alguno de los cuales entraba ocasionalmente en su habitación de hospital para charlar un rato. Carl les divertía mucho. En San Ignacio era ciertamente una rara avis, un rufián a quien todo parecía importarle un comino, yaciendo allí, herido, a punto de morir poco antes, con graves acusaciones (robo y asesinato) pendiendo sobre su cabeza, y contando chistes y riendo, y sacando de quicio a la paciente enfermera.

Pero esta noche era diferente. El agente Snell advirtió que Carl parecía malhumorado y encerrado en sí mismo.

—¿Estás seguro de que no se ha marchado? —preguntaba una y otra vez, refiriéndose a Kramer.

Y Snell le tranquilizaba.

—No, todavía está aquí. Hoy ha tenido un día muy atareado. Tal vez ahora esté durmiendo.

Carl se volvió para mirar su reloj de pulsera que estaba encima de la mesita de noche.

—Es más de medianoche. ¡Sí que habrá tenido un buen día! Apuesto a que habrá tropezado con una nueva moza. Traté de proporcionarle una, calle arriba, pero no quiso escucharme.

—¿Te refieres a Sally, de «Mike's Fish Shack»? —preguntó Snell.

—No —dijo Carl—. Ésta está más arriba, junto a la autopista, a unos cuarenta y cinco kilómetros de aquí.

—Entonces está fuera de nuestra jurisdicción —dijo Snell.

—¿Te acuestas con Sally? —le preguntó Carl.

—No —dijo Snell—. Soy casado y tengo dos hijos.

—¿Y qué demuestra esto? —preguntó Carl.

Y Snell se echó a reír.

Kramer apareció en la puerta.

—Tiene que dejar de correr detrás de las mozas —dijo Carl—. Tiene ojeras.

Kramer despidió a Snell y acercó una silla.

—Carl —dijo—, he estado hablando con el juez de instrucción. Dice que Nick murió de causa natural, y que después fue lastrado y arrojado al mar.

—¿Lo ve? —dijo Carl.

—Están tratando de acusarte de algo para retenerte. ¿Quieres ir a parar a una cárcel de California, lejos de casa?

Carl observó durante largo rato la cara de Kramer.

—¿En qué está pensando?

—¿Qué ha hecho Willie Madden por ti?

—Bueno —dijo Carl—. Entre otras cosas me metió tres balas en el cuerpo.

—¿Estás dispuesto a contarnos aquella historia y ayudarnos un poco?

—¿En qué?

—Sólo tenemos una denuncia contra John Q. Quait. Con otra sería suficiente. Joe Wicks ha nombrado a Willie como el jefe. Esto es ahora oficial. Tu testimonio ayudaría a resolver todo el asunto. Todavía puedes pronunciarte en favor del Estado. Y nosotros cuidaremos de ti, Carl.

—¿Cómo?

—Libertad condicional. Sería posible.

—Hum —dijo Carl.

—Y si tú cantases y nos dijese lo que pasó aquí entre Nick, Willie y tú..., esto podría dar una pista a Mr. Alford. ¿No te gustaría ver entre rejas al bastardo de Willie? Todos los demás habéis recibido los palos. ¿Por qué tenéis que protegerle?

—Kramer —dijo Carl—, mi padre solía decirme: No te fíes nunca de la palabra de un policía.

—Está bien. Te diré lo que voy a hacer. No te opongas a la extradición y te sacaré de aquí. Pero si no colaboras, voy a dejarte aquí y las autoridades de California podrán hacer lo que quieran contigo. Entonces, cuando hayas cumplido tu condena, te estaré esperando con una nueva orden de detención en la mano.

—Es usted todo un bastardo, ¿no?

—Sí —dijo Kramer.

—Deje que lo piense.

—Y si nos ayudas a pillar a Willie, el capitán Bescher será tu amigo para toda la vida. Odia a Willie. ¿Sabías que el capitán recomendó a Willie para lo oficina del fiscal del distrito?

Esto era demasiado para Carl. Empezó a reír. Al cabo de un momento, Kramer le imitó. Carl estalló ahora en carcajadas, enjugándose las lágrimas. Por último se calmó.

—A veces uno llega a apreciar a ese pequeño bastardo irlandés —dijo—. ¡Es un caradura!

Una larga pausa. Kramer se sentó, encendió un cigarro y lo chupó reflexivamente durante un rato.

—Bueno —dijo al fin—, ¿qué dices, Carl?

—Tengo la impresión de que debería aceptar. Me llamarán chivato, pero ellos estarán dentro y yo tal vez estaré fuera. En cuanto a un ajuste de cuentas, esto no me asusta. Los expertos han disparado ya algunas veces contra mí.

Kramer no dijo nada. No quería abusar de su suerte. Pero sintió una fuerte oleada de triunfo, listo podía incluso significar un ascenso.

El Cheev había estado observando al hombre durante casi dos horas; un estúpido borracho con una billetera llena de dinero. Ahora, una rubita le llevaba a remolque, y sin duda le conduciría a algún lugar para desplumarle. Alguien le desplumaría antes

que amaneciese, esto era seguro.

El local parecía una caverna llena de humo, con pequeñas luces brillando aquí y allá en la oscuridad. El bar estaba atestado, con la gente apretujada en triple hilera, de manera que los desgraciados que estaban en los compartimientos se hartaban de chillar en vano pidiendo que les sirviesen. En una plataforma, en el fondo del local, se estaba representando un número de *strip-tease*, entre aullidos de entusiasmo.

La muchedumbre oscilaba de un lado a otro; apenas había medio metro cuadrado de espacio libre. *El Cheev* se fue abriendo lentamente paso entre los que estaban delante de la barra, hasta que se colocó al lado del gordo y próspero borracho y de la descarada rubita, que casi no cabía en su vestido.

—Pero aquí hay demasiada gente, papaíto —decía ella.

—A mí me encanta, muñeca.

—Tengo una linda habitación cerca de aquí.

—Más tarde, muñeca, más tarde.

Entonces el gordo zoquete gritó entusiasmado al quitarse otra prenda la chica que hacía *striptease*, y levantó el brazo izquierdo en un ademán exultante.

El perfecto ademán, desde el punto de vista de *el Cheev*. Volviéndose de lado, como empujado por la multitud, *el Cheev* chocó con el hombrón, le quitó rápidamente la cartera del bolsillo izquierdo de la chaqueta y retrocedió, deshaciéndose en disculpas.

—Está bien, amigo, está bien —dijo el borracho.

El Cheev salió de allí lo más rápidamente posible, aunque entorpecido casi a cada paso, y esperando oír gritos a su espalda en cualquier momento. Pero le acompañó la suerte: la chica que hacía *strip-tease* había fascinado al borracho, que todavía la aclamaba y gesticulaba, mientras *el Cheev* se perdía en la noche.

Éste se metió en un callejón oscuro. Sabía que el ladrón prudente se desprendía inmediatamente de la cartera acusadora. Sacando de ésta un grueso y tranquilizador fajo de billetes, se volvió y la arrojó sobre el tejado plano de un garaje a oscuras. Ahora, si le pillaban, el dinero que llevaba en el bolsillo era suyo, y a ver quién demostraba lo contrario.

Volvió sano y salvo a su espantosa y pequeña habitación de hotel en Hollywood y, sentándose en un estropeado sofá, contó todo el dinero: seiscientos treinta y cinco dólares. Ahora estaba en buenas condiciones. Si lo administraba con cuidado, podría desenvolverse libremente durante, al menos, dos meses.

—No te necesito, viejo —murmuró.

Ahora podía seguir su corazón. La joven del consultorio del doctor estaba claramente relacionada con Willie Madden, y él iba a demostrarlo.

Julie había advertido el nerviosismo de Dorothy desde temprano por la mañana, pero como podía haber una razón femenina normal para ello, no le hizo caso de

momento; pero a media tarde empezó a preocuparse. Dorothy era generalmente la eficacia personificada; todo lo hacía bien; y hoy había cometido ya varios errores.

El doctor no había estado allí en todo el día. Había tenido que quedarse en el hospital para atender dos casos graves, y tres citas habían sido canceladas. A eso de las tres de la tarde, telefoneó para decir que llegaría al consultorio a las cuatro. En aquel momento, Dorothy estaba encendiendo un cigarrillo. La cerilla estalló en sus manos; dio un furioso salto y Julie vio lágrimas en sus ojos.

—Muchacha —dijo Julie—, él no vendrá hasta dentro de una hora. Ve a tomar un café, lee una revista, relájate. Yo no te necesito.

—Gracias, así lo haré —dijo Dorothy—. Hoy no es mi día.

Después de una breve vacilación, preguntó Julie:

—¿Te ocurre algo malo?

—¡Oh, no! —dijo apresuradamente Dorothy—. Ya sabes lo que es esto.

—Lo sé —dijo Julie, aliviada.

Dorothy sintió un fuerte impulso de desahogarse con Julie, tan fuerte que corrió hacia el ascensor. Ni una sola vez le había hablado de Mr. Alien, salvo después de venderle la pierna. Nadie sabía que había vuelto a saber de él y, menos aún, que le había visto. Y era así como quería ella que fuese. Pero era muy duro mantener su reserva día tras día.

Y entonces, después de lo de la noche anterior...

Julie la había dejado delante de su apartamento cuando eran casi las seis. Después del trabajo habían ido de compras a unos grandes almacenes, donde había comprado Dorothy algunas cosillas y un par de revistas. Precisamente estaba cruzando el arco cuando se dio cuenta de que había dejado sus revistas en el asiento de atrás del coche de Julie. Se volvió bruscamente y corrió, tratando de alcanzar a Julie...

Un hombre había cruzado el arco. Al volverse ella de improviso, se echó rápidamente atrás y desapareció en la esquina. Pero Dorothy había podido verle muy bien a la luz del patio. Era el joven que andaba sin ruido.

Se quedó petrificada, presa del espanto. El hombre había desaparecido como un fantasma. Durante un instante, incluso se preguntó si lo había visto en realidad, o había sido fruto de su imaginación. Pero lo había visto perfectamente, con su traje negro, su corbata negra, su camisa blanca..., igual que la otra vez.

Olvidando sus revistas, subió corriendo la escalera hasta su apartamento, entró rápidamente y cerró la puerta con llave.

Había pasado una noche muy inquieta, a solas en el apartamento cerrado, y había dormido muy poco... Salió a la calle y caminó bajo la luz del sol, mirando los escaparates, para hacer algo. Pasó algún tiempo y empezó a sentirse un poco menos nerviosa. Llegó a la esquina y empezó a volver sobre sus pasos. En la esquina había una báscula automática con la parte de delante de cristal. Decidió pesarse. El peso

había sido siempre un problema para las mujeres de su familia, en particular su madre, y ella trataba de mantenerlo en un nivel razonable.

Miró el disco. Su centro era de cristal y, en aquel círculo, y marchando en dirección contraria, vio cruzar rápidamente la imagen del joven silencioso, que desapareció inmediatamente entre la multitud.

La acometió de nuevo el nerviosismo. Decidió volver al consultorio y decir a Julie que tendría que irse a casa. ¿Qué se proponía aquel hombre? ¿Por qué la seguía? Oh, si al menos volviese Mr. Alien... Él sabría lo que había que hacer.

Se había entretenido más de lo que pretendía. Pasaban cinco minutos de las cuatro cuando volvió, y Julie le dijo:

—El doctor te ha estado buscando, chica. Está en su despacho con un hombre. Quiere que vayas en seguida.

Dorothy sintió una fuerte aprensión y tuvo que resistir el impulso de largarse a toda prisa.

—¿Quién es el hombre?

—No lo sé, chica. Pero es muy mono. Viste muy bien. Es cortés. Te gustará.

Dorothy se sobrepuso, llamó a la puerta del despacho privado del médico y éste le dijo que entrase.

El doctor la presentó a un joven alto, de cabellos castaños y agradable sonrisa, que se levantó y le estrechó la mano.

—Es Mr. Alford —dijo el médico—, del FBI.

—Parece usted asustada, Miss Velinsky —dijo Alford, sonriendo—. Le aseguro que no hay motivo de alarma. Es simplemente una cuestión de rutina. Siéntese, por favor.

Dorothy se sentó y se esforzó en serenarse. Pero se sentía confusa, y temerosa. Primero, el joven silencioso, ¡y ahora éste! ¿Era posible que el hombre que la seguía fuese también del FBI?

—Está haciendo investigaciones sobre Lawrence Allen —dijo el doctor, dando unas palmadas en el hombro de Dorothy.

Alford dijo:

—Seré lo más breve posible, Miss Velinsky. Tengo entendido que Mr. Alien estuvo aquí, en ausencia del doctor, y que usted le curó una herida y le administró una inyección antitetánica.

Poco a poco, Dorothy estaba recobrando el control de sí misma, y los modales de Mr. Alford contribuían a ello; parecía tan cortés, tan considerado...

—Sí, señor. Es verdad.

—¿Por qué no esperó usted que volviese el doctor y se encargase de ello?

—El doctor tardaría dos horas o más en llegar, y Mr. Alien tenía que salir de la ciudad.

—Comprendo. ¿Dijo adónde iba?

—No, señor. Mire usted, apenas le conocíamos. Sólo había estado aquí una vez. Y

era poco hablador.

—Cierto —dijo el médico—. A mí me pareció muy interesante, pero reservado.

—¿Cuál era la naturaleza de su herida? —preguntó Alford.

—Parecía un corte —dijo Dorothy—. Me dijo que se lo había hecho con el borde de la portezuela de su coche. No me extrañó, porque yo me había rasgado una vez el abrigo de la misma manera.

—Descríbala.

—Tenía aproximadamente unos tres centímetros de largo y era poco ancha, pero profunda.

—¿Paralela al pie?

—Sí, señor.

Alford la observó durante un momento y, cuando ella le miró a su vez, sonrió agradablemente.

—Ahora esto no le parece ya alarmante, ¿verdad? —dijo él.

—No, señor.

—¿Y no ha vuelto a saber nada de él desde entonces? ¿No ha telefoneado para informar sobre el estado de la herida o algo parecido?

—No, señor.

—Creo que esto es todo, Miss Velinsky. Y muchas gracias.

El médico ofreció llevar a Dorothy en su coche a casa, y eran poco más de las cinco cuando lo detuvo delante del arco.

—¿Qué diablos cree usted que puede querer el FBI de Mr. Alien? —preguntó Dorothy, cuando iba a apearse del coche.

—Me dijo que no era más que una investigación de rutina. Tal vez hubo algún escándalo de negocios, o algo parecido, y necesitan a Mr. Alien como testigo. Dígame, Dorothy, ¿está segura de que no era una herida de bala? Creo que esto era lo que quería saber Mr. Alford.

—Estoy segura de que no, doctor. Pero en realidad no soy experta en esto.

—Bueno, jovencita, tiene que tener más cuidado. Las heridas de bala tienen que ser denunciadas. Podríamos vernos metidos en un lío.

—Oh, lo siento, doctor. No se me ocurrió pensarlo. ¿Quién podría disparar contra Mr. Alien?

—Sé lo que quiere decir. Ahora descanse bien. Hasta mañana.

Era pleno día, y Dorothy no se sintió tan nerviosa al tener que pasar bajo el arco donde había visto a aquel joven la noche anterior, pero cerró rápidamente la puerta con llave y se tumbó en la cama.

Sería otra noche larga.

Todo había marchado de acuerdo con el plan, y Willie estaba ahora de vuelta en su grande y cómoda habitación del «St. Nicholas», con la agradable vista del parque desde las ventanas de delante, con su lago, sus barcas y sus despreocupados haraganes. Era casi de noche y Willie estaba detrás de la ventana contemplando el intenso tráfico, que discurría interminablemente, de día y de noche. En esta gran ciudad, todo el mundo parecía pasar la mayor parte del tiempo sobre ruedas.

Mecánicamente, todo marchaba bien. El «Mercedes-Benz» estaba en la segunda planta de un enorme garaje a prueba de incendios, en Hollywood. Willie había establecido su identidad como James Williard, un escritor que podía estar ausente varios meses seguidos, o podía no estarlo; y se había hecho amigo del jefe del garaje, que se sintió atraído por la condición de escritor de Willie, y le interrogó acerca de Hollywood. ¿Escribía guiones? ¿Conocía a alguna estrella de cine?

No había tenido el menor tropiezo, desde el principio hasta el fin. Había devuelto su «Oldsmobile» en la oficina regional de la cadena de alquiler de coches, en la ciudad de Arizona, pagando con cheques de viaje a nombre de John Ward, y luego había conducido el «Mercedes-Benz» hasta Los Ángeles, de un tirón, después de haber reservado una plaza en el garaje de Hollywood.

Ni un momento de ansiedad, a pesar de que llevaba más de cuatrocientos mil dólares debajo del asiento de atrás.

Ahora conducía otro coche de alquiler, de otra agencia: un «Plymouth» azul claro. Tal como estaban las cosas, había decidido usar un tipo de coche más corriente, que llamase menos la atención. Lo había alquilado a nombre de John Ward.

Sí, una operación perfecta y delicada, de la clase que había librado a Willie de las manos de la Ley durante casi cinco años.

Pero los sabuesos ladraban con fuerza.

Después de su regreso, Willie había comprado varios periódicos en un quiosco de Hollywood, y en todos se hablaba del Robo de un Millón de Dólares y sus Repercusiones.

Resultado:

Novak, muerto.

Bellini, muerto.

O'Keefe, en la cárcel.

Peters, en la cárcel.

Wicks, en un hospital mental privado.

Benedict, bajo custodia.

Quait, pendiente de procesamiento.

Fay (ahora relacionado con Benedict), muerto.

William H. Madden, el jefe, todavía en paradero desconocido.

Willie no podía comprender cómo había sobrevivido Carl Benedict.

Reflexionó sobre esto durante mucho tiempo y, después, se dijo: «En cuanto recobre la salud, estará largo tiempo ausente. Lo más probable es que salve el pellejo».

Era como si Carl tuviese una vida encantada.

En cambio, Willie no podía esperar un milagro semejante para él. Si continuaba libre, sería por su propio esfuerzo, su constante previsión, su permanente vigilancia, sus constantes estratagemas, y cambios, y trucos.

Pero últimamente se había estado haciendo algunas preguntas inquietantes. ¿Por qué luchaba tanto por conservar la libertad? ¿Y *para qué* había robado todo aquel dinero?

Poco tiempo atrás, estas preguntas le habrían parecido propias de un loco. Ahora eran las más importantes de su vida.

No era feliz. No sabía qué hacer. Un hombre tenía que llevar un traje, comer, conducir un coche: todo lo demás era innecesario, a menos que existiese una razón oculta. Ahora parecía no haber ninguna. El dinero en sí mismo no era nada: sólo unos papeles verdes con dibujos de políticos en ellos. Su valor estaba en que podían cambiarse por algo valioso, como el placer.

Pero Willie no podía encontrar ningún placer. Antes había sido cuestión de «Cadillac», de *suite* de cuarenta dólares al día, de muchachas a cien dólares el revolcón, de gemelos de zafiros, y de merecer el respeto de todos aquellos que sólo respetan a los que tienen más dinero que ellos. Había vivido todo esto, tal como había pretendido antes de robar el «Kenmore Trust», con ayuda de un puñado de payasos, ¡y ahora lo *había* tenido!

En Arizona había pasado incluso parte de una noche con la encargada de uno de los ostentosos restaurantes, pero se había aburrido con ella, y sus encantos le habían sido tan indiferentes que, a pesar de todos sus esfuerzos, había herido los sentimientos de ella.

Todavía podía oír el llanto desesperado de aquella pelirroja, con el rímel corriéndose en su cara.

¡Un fiasco irritante! Lo único que deseaba Willie, no podía tenerlo: Dorothy Velinsky.

Y ahora tenía sacudidas por la noche. Peores que nunca, y había algo en ello que le inquietaba mucho más que antes. De vez en cuando, hallándose en algún lugar público, sentía de pronto un impulso a balancearse y tenía que esforzarse para dominarlo. Era como si regresase lentamente a tiempos anteriores a sus veintiocho años.

Estaba comiendo en el restaurante al que había llevado a Dorothy la primera y

última vez.

Repentinamente, se encogió en el rincón de su compartimiento. El restaurante estaba lleno, hirviendo de actividad y no demasiado iluminado, pero, por encima de las cabezas de todos, pudo ver un grupo cerca de la entrada, que esperaba a que el maître les indicase una mesa. Eran tres chicas y dos hombres. Una de las muchachas era Dorothy, muy hermosa con un vestido blanco que resplandecía ligeramente bajo las luces.

Willie esperó. No podía levantarse de un salto y salir corriendo. Y por último, para alivio suyo, el grupo se sentó al otro lado del local, muy lejos de él, en un compartimiento grande que casi les ocultaba a la vista, y Willie advirtió que Dorothy se sentaba de espaldas a él. Entonces reconoció a otra de las jóvenes, la que trabajaba en la cabina de cristal, en el consultorio del doctor Mahon.

Willie continuó comiendo, renunció al postre y al coñac que había pensado tomar, pagó la cuenta y se marchó.

Justo cuando estaba saliendo por la puerta principal, Dorothy se volvió y miró en su dirección, se medio levantó de su asiento y volvió a dejarse caer en él.

Willie estaba ahora sentado tristemente en su habitación del hotel, tratando de mirar la televisión. ¡Señor, qué maravillosa le había parecido Dorothy!

El programa de la tele era monótono y, por último, lanzando una exclamación de impaciencia, Willie la apagó, se dirigió a la ventana y se quedó mirando hacia fuera. Más allá de aquellos tejados estaba el restaurante inglés, y en él se hallaba Dorothy, en su resplandeciente vestido blanco. Pero ¿quiénes eran los hombres?

«¡Al diablo con ellos! —se dijo Willie—. Esto no te importa. ¿O eres como aquel médico que quiere que se haga monja?».

Y entonces recordó la enojosa escena con la pelirroja Greta..., ¡algo que podía ser muy feo y sórdido en ocasiones...!

Lanzó una maldición y empezó a pasear arriba y abajo por la habitación.

¿No podía hablar con ella, al menos por teléfono?

A las ocho y cuarto de la mañana siguiente llamó al consultorio del doctor Mahon. Para alivio suyo, Dorothy se puso al aparato. Si le hubiese contestado la otra chica, habría colgado.

—Me equivoco de número —dijo Willie, y ella reconoció inmediatamente su voz—. ¿Puede estar a la una en los almacenes «Callan», a una manzana de ahí?

—Sí —dijo Dorothy—, pero se equivoca de número.

—La llamaré al teléfono de la cabina que hay al lado de la puerta.

—Lo comprendo, pero se equivoca de número.

Julie vino de la parte de atrás del consultorio, arreglándose los cabellos, y oyó el final de la conversación. Dorothy se encogió de hombros.

—Algún extranjero —dijo.

—¡Dios mío, esta mañana estás preciosa! —dijo Julie, observándola—. Ojalá tuviese yo un cutis como el tuyo. A los quince años padecí acné, ¡vaya fastidio! ¿Y sabes qué hice? Empecé a salir con un muchacho que también tenía acné. ¡Nos consolábamos mutuamente...!

Julie siguió parloteando, pero Dorothy estaba como en trance. Por fin dijo:

—Tengo que ir a cambiarme.

Y desapareció. Le temblaban las manos, pero sentía calor en todo el cuerpo. Él no había querido ser solamente cortés aquella noche. Había dicho en serio que la telefonaría.

Era la una en punto cuando Dorothy entró a toda prisa en los grandes almacenes «Callan» y miró a su alrededor, buscando la cabina telefónica; la vio en seguida, pero una mujer gorda estaba dentro de ella. Dorothy lanzó una exclamación de enojo y esperó, golpeando, impacientemente, el suelo con un pie.

Durante toda la mañana, sólo había pensado en arreglar las cosas de manera que pudiese salir con tiempo para responder a la llamada. Ya en la calle, el recuerdo del joven silencioso apenas si pasó por su mente.

Pero *el Cheev* acababa de entrar por el otro extremo de los almacenes, y estaba ahora mirando un periódico, oculto a los ojos de Dorothy por un alto estante giratorio de libros en rústica.

Advirtió la agitación de ella. Advirtió que miraba con irritación a la señora gorda de la cabina. Y empezó a tener una idea de la situación.

La mujer gorda seguía hablando. Pronto sería la una y cinco y seguía echando monedas en la rendija para hablar durante más tiempo.

Dorothy casi no podía soportarlo. Empezó a andar arriba y abajo. Por fin, la gorda colgó, a la una y siete minutos.

Llevaba muchos paquetes y varios de ellos cayeron al suelo. Dorothy, que en realidad deseaba darle un empujón, la ayudó a recogerlos.

—Gracias, querida —dijo la mujer—. En casa no puedo hablar nunca por teléfono, con el ruido que hacen los chiquillos.

Dorothy sonrió, se metió rápidamente en la cabina, cerró la puerta y fingió que estaba buscando un número.

Por fin sonó el teléfono. Casi era la una y diez. Dorothy respondió en seguida. Era Mr. Alien. Le explicó rápidamente la causa del retraso, pero él no rió ni hizo ninguna observación graciosa, como ella había esperado.

—¿Todo va bien? —preguntó, en tono sombrío.

Era lo que ella necesitaba. Resueltamente, las cosas no iban bien, y había estado deseando descargarse de este peso.

—No, Mr. Alien —dijo—. Alguien me está siguiendo.

Él le pidió detalles y ella se los dio prolijamente.

En la otra cabina, a tres kilómetros de distancia, Willie garabateó en la guía telefónica mientras escuchaba. Su cólera iba en aumento. ¡El muy bastardo le estaba dando un susto de muerte a Dorothy!

—¿Qué impresión tienes de ese hombre? —preguntó.

—Es un mal bicho —dijo Dorothy—. Alguna clase de mal bicho.

¿Debía contarle también lo de Mr. Alford? Decidió que esto podía esperar. Mr. Alford era un joven simpático que no la preocuparía mucho si le daba también por seguirla. No; era este mal bicho al que no podía soportar; este tipo misterioso que había parecido desaparecer en el arco aquella tarde, ¡como un fantasma!

—Un mal bicho —murmuró Willie, aunque no estaba muy seguro de lo que quería decir esto en boca de una mujer.

Le parecía evidente que no se trataba de un agente de la ley, sino de alguien todavía más peligroso: un miembro del hampa, o un rufián en busca de una recompensa o de un chantaje.

Y ese tipo, fuese quien fuere, no era un aficionado. Había sido lo bastante listo como para conseguir que el gerente del «Golden West» le informase de la visita de Willie al doctor Mahon. Pero Willie sólo estaba furioso con él porque aterrorizaba a Dorothy. Él podía considerar su propio riesgo fría y objetivamente.

Decidió rápidamente lo que había que hacer.

—Escuche, Dorothy —dijo—. Esta noche, a las nueve, salga a dar un paseo...

—¿Un paseo? ¡Oh, Mr. Alien! No podría hacerlo..., las calles son aquí muy oscuras.

—Escuche. Y no tenga miedo. Yo estaré allí. Usted no me verá. Pero no se preocupe por esto. A las nueve, cruce el arco y gire a la derecha. Entonces dé una vuelta a la manzana. Pero no se entretenga. Camine como si fuese a alguna parte. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí —dijo Dorothy, sintiéndose muy nerviosa y excitada, pero también aliviada. Mr. Alien se encargaría de la cuestión y la libraría de su constante miedo.

Dorothy se hizo repetir las instrucciones y entonces, vacilando ligeramente, preguntó:

—¿Y le veré después?

—No —dijo Willie—. Creo que, durante un tiempo, es mejor que sólo hablemos por teléfono.

—Pero ¿cómo sabré si...?

—No se preocupe —dijo Willie—. Yo cuidaré de todo. Mañana no la seguirá nadie. Puede estar tranquila.

Se despidió y colgó; bastante bruscamente, pensó ella.

En el otro lado de los almacenes, *el Cheev* sonreía para sí y sus ojos amarillos centelleaban. Algo se estaba cocinando. Sabía, por la actitud de ella, que no había sido una conversación telefónica corriente.

¿Se estaba acercando a su meta? Ahora tendría que vigilar con más cuidado que

nunca.

Aunque era de noche y hacía horas que se había puesto el sol, hacía calor en el centro de Los Ángeles; además, la niebla había sido espesa durante todo el día, aumentando las molestias de aquel calor.

Alford estaba sentado a su mesa escritorio, en mangas de camisa, echada la silla atrás, con un vaso de agua de la nevera en la mano y una mirada ausente en los ojos.

Había estado toda la tarde repasando, con el joven Paul Collins, los informes coordinados sobre el caso Willie Madden. Collins le tenía un poco de miedo a Alford, su superior, y siempre prefería someterse a su juicio, aunque había habido muchos puntos en los informes que no habían visto los dos de la misma manera.

Por ejemplo, Collins creía que Alford estaba demasiado predispuesto a aceptar la historia de Carl Benedict sobre sus relaciones con Fay y con Willie. Parecía fantástica. No era lógica y Collins era demasiado joven para darse cuenta de que tal vez era ésta una de sus virtudes. Benedict no era un ser humano racional. Está mucho más allá de lo que Collins podía imaginar.

—Bueno —dijo al fin Alford—, ahora tengo que añadir mi grano de anís a esta montaña de papeles. Y se trata de un tema bastante agradable: una adorable joven llamada Dorothy Velinsky.

Collins estaba pensando en Carl Benedict, y sólo oyó a medias la última frase.

—¿Qué nombre ha dicho? —preguntó, levantando súbitamente la mirada.

Alford repitió el nombre, sonriendo.

Collins se sorprendió.

—¿No ha leído mi informe sobre la familia Velinsky? —dijo—. ¿Dónde la vio? ¿Dónde la encontró? ¿Qué tiene que ver ella con esto?

—Espere —dijo Alford, mirándole fijamente, y después tomó una libreta negra de encima de su escritorio y miró el índice de los informes—. Estaba clasificado como no importante. No, no lo leí. ¿Hubiese debido hacerlo? ¿Por qué lo han marcado como no importante?

—Debió ser Casey quien lo hizo —dijo Collins, corriendo hacia un archivador—. Hablé con él acerca de esto.

Casey era un coordinador de la vieja escuela, abrumado de trabajo, que sólo pensaba en una cosa: descubrir a Willie Madden sin importarle todos esos informes que no llevaban a ninguna parte. Y, durante años, le había dado resultado este sistema, porque representaba un mínimo de callejones sin salida. Esta vez le había salido el tiro por la culata.

Collins encontró el informe y lo puso delante de Alford quien lo miró y después levantó los ojos.

—Fue usted quien lo marcó como no importante. Aquí está su firma.

Collins asintió lentamente.

—Pero Casey lo confirmó después de leer mi resumen y mis conclusiones. Léalo.

Alford lo leyó despacio, palabra por palabra; finalmente, lo dejó a un lado y se sumió en profunda reflexión.

—Sólo hay una conclusión posible —dijo al fin—. O esa gente se burló de usted o no sabe absolutamente nada y, de alguna manera, Dorothy Velinsky se puso en contacto con su padre o viceversa.

—¿Qué quiere decir?

Y Alford le contó todo lo referente al consultorio del doctor Mahon y a Dorothy Velinsky, y a la posible herida de bala.

—Y no hay la menor duda de que Lawrence Allen es Willie Madden, y Carl Benedict dice que disparó contra él y tal vez le alcanzó. Y es demasiado fantástico, una probabilidad contra diez millones, que Willie Madden apareciese súbitamente, por accidente, en el consultorio del doctor con quien trabajaba su hija. ¿No tengo razón?

—Desde luego, desde luego —se apresuró a decir Collins.

¡Viva al pensamiento racional!

—¿Y no cree que sería demasiada coincidencia que esa joven no fuese la Dorothy Velinsky que estamos buscando?

—Todo parece indicar que lo es —dijo Collins.

—Tiene que serlo —dijo Alford—. Bien, pongamos la maquinaria en movimiento. Tiene que ser vigilada durante todo el día. Llame a Strickland. Estará en casa. Quiero que se encargue de esto. A propósito, ¿qué hora es?

—Las nueve y veinte.

Collins levantó el teléfono y trató de hablar con Strickland, pero no obtuvo respuesta.

—Siga probando —dijo Alford—. A veces lleva a su esposa al supermercado por la tarde. Ella no sabe conducir.

Collins miró a Alford y sacudió la cabeza. Alford parecía saberlo todo acerca de todo el mundo.

Siguió probando. Pasó el tiempo.

A pesar de esta pista sensacional, Alford leía y releía tranquilamente los informes coordinados. Collins, desde el teléfono, seguía observándole.

—Es toda mi experiencia —dijo Alford—, éste es el hombre cauteloso a quien he tratado de descubrir. Todavía no tenemos la menor pista, ni siquiera una idea, de dónde puede guardar todo aquel dinero, y hace más de cinco años que anda libre por ahí. Es algo inaudito. Es una especie de genio.

—Con toda su experiencia como investigador...

—Esto le habrá ayudado —dijo Alford—. Pero hay que saber conjugar las cosas.

Una pausa.

—No contestan —dijo Collins.

—Siga probando.

A las nueve, Dorothy bajó de la segunda planta y empezó a cruzar el patio. Sentía una especie de pánico frío, lindante con el terror, que se esforzaba en dominar. Tenía que hacerlo. No sólo por su propia tranquilidad, sino también porque no quería que Mr. Alien se sintiese de nuevo defraudado por ella.

La zona de la piscina estaba todavía llena de gente que hablaba, reía, nadaba y se sumergía, y Dorothy cruzó el arco, envidiando a aquellos seres despreocupados que sólo pensaban en combatir el calor y divertirse un poco.

En este mundo, no había un sustituto de la paz mental y, por primera vez en su vida, Dorothy Velinsky estaba aprendiendo esta lección. El miedo lo coloreaba todo. Y no se puede gozar de nada cuando se tiene miedo.

Era una noche tranquila y sin viento, con un débil olor a niebla contaminada en el aire. La calle de más allá del arco parecía oscura y ominosa, y Dorothy vaciló antes de abandonar la seguridad de lo conocido, por los peligros de lo desconocido.

Por último, apretando los dientes, salió del arco, torció a la derecha y echó a andar por una calle compuesta de viejos edificios de dos pisos, otros de apartamentos, y alguna casa ocasional de madera y de una sola planta. La esquina, con un pálido farol encendido, parecía estar muy lejos. En el espacio intermedio, sólo oscuridad y árboles y arbustos y setos, y más allá de la vegetación, unas pocas ventanas débilmente iluminadas y, en general, con las cortinas corridas. Había coches aparcados, casi tocándose, a lo largo de la acera, y el hombre que la seguía podía estar oculto en cualquiera de ellos.

Apretó deliberadamente el paso, tal como le había dicho Mr. Alien que hiciese. No miró a alrededor. No oía nada, salvo una música apagada procedente de aparatos de radio o de televisión. En algún lugar, la portezuela de un coche se cerró de golpe y Dorothy se sobresaltó, y a punto estuvo de echar a correr, pero consiguió dominarse. ¿Alcanzaría la seguridad del farol?

Pero por fin llegó allí y dobló la esquina y se encontró en una calleja parecida, con viviendas similares y coches aparcados igualmente junto a la acera; salvo que parecía todavía más oscura y solitaria.

Más adelante brillaba débilmente otro farol, y ella trató de concentrar su atención en él, apresurándose y sin mirar atrás.

El Cheev dobló la esquina y observó, sonriendo para sí. La mujer andaba de prisa, como para acudir a una cita. No iba a dar un paseo. ¿Habían concertado la cita por teléfono aquella mañana? Siguió sonriendo, satisfecho de su operación.

Pero de pronto se quedó helado. Alguien había salido súbitamente de ninguna parte y estaba de pie detrás de él. Sintió una pistola presionándole la espalda.

Una voz dura dijo:

—Si vuelves a seguir a esa joven, te mataré.

Entonces la pistola se apartó de su espalda y el cañón le golpeó dos veces la cabeza, y fue como si un sol estallase en su interior, con fuertes ráfagas de luz brillante y dorada... *El Cheev* gimió, cayó de rodillas y se inclinó gradualmente hacia delante para yacer de bruces sobre el pavimento.

Dorothy no había oído ni visto nada. Ahora se dirigía hacia otro farol, con el bulevar delante de ella y un número tranquilizador de coches pasando por aquél. Esta última etapa del viaje no sería demasiado mala.

Se acercaba a su punto de partida. Había entrado en el bulevar; en él había gente y coches que pasaban, y se detuvo un momento para recobrar aliento. ¿Había ocurrido algo? ¿Había sido todo en vano? Esto era lo que temía ahora. Y tal vez mañana volvería a ver a aquel hombre siguiéndola por la calle.

¿La llamaría él por la mañana, temprano, para decirle que todo iba bien?

Pero cuando llegó al arco, doblando la esquina del bulevar, se sobresaltó. Había un hombre apoyado en la pared interior, fumando un cigarrillo, como si estuviera esperando. Pero era Mr. Alien. El corazón le dio un salto y Dorothy corrió hacia él.

—¿Va todo bien?

—Sí —dijo Willie.

—¿Qué ha pasado?

—Le he persuadido de que no vuelva a seguirla. No tiene nada de que preocuparse.

Ella sintió como si le quitasen un enorme peso de encima.

—Oh, me alegro de que me haya esperado —exclamó—. Por teléfono creí entender...

—Cambié de idea —dijo Willie.

—Entonces —dijo Dorothy—, ¿por qué no entra y deja que le prepare una taza de café? ¿Y qué le parecería un bocadillo? Oh, de pronto siento un hambre atroz. Y es que no he comido mucho últimamente.

Willie la dejó hablar. Lo que tenía que hacer era salir de allí, marcharse tal vez de la ciudad, irse lejos, muy lejos. Estaba actuando como un imbécil y lo sabía. No había tenido intención de verla. Hasta el último momento, su plan había sido volver rápidamente a su hotel y telefonar a Dorothy por la mañana. Y sin embargo, aquí estaba, como si hubiese perdido la voluntad consciente. Pero la idea de Dorothy caminando a solas por las oscuras calles de la peligrosa ciudad, había podido más que él. Había querido asegurarse de que volvía sana y salva a casa. Esto era todo.

Sí, esto era todo, siguió afirmándose Willie.

—¿No quiere entrar? —insistió Dorothy.

Y un instante después, la siguió a través del patio donde aún había gente que se divertía ruidosamente, pero sin demasiado entusiasmo, con el agua en movimiento de

la piscina iluminada proyectando una temblorosa luz azulada sobre las escaleras y a través de las ventanas.

Subieron a la segunda planta, Dorothy abrió la puerta y entraron. En la oscuridad, antes de que ella encendiese las luces, fantásticos reflejos azules trazaban dibujos en zigzag en las paredes, dando a Willie la extraña impresión de que estaba en una pecera. ¿Y no era realmente donde estaba? Un lugar público como éste podía ser una trampa. Ni siquiera estaba seguro de que hubiese una salida por detrás.

Ahora las luces estaban encendidas y las cortinas corridas. Dorothy desapareció en el interior del apartamento. Willie paseó nerviosamente arriba y abajo durante un instante; después, se sentó y encendió un cigarrillo. A los pocos minutos, regresó Dorothy. A Willie le pareció un sueño.

Pero los ojos de ella mostraron sorpresa. Mr. Alien le parecía muy diferente, ahora que podía verle bien bajo la luz. Había prescindido de las gafas y llevaba un traje negro y un suéter negro con cuello de tortuga.

—¿Qué le pasa? —preguntó él.

—Supongo que es el suéter —dijo ella—. Parece mucho más joven.

—Oh —dijo Willie—, es mi traje nocturno de trabajo. Los comandos se pintaban la cara de negro. Mientras prepara los bocadillos, me lo quitaré.

Dorothy no comprendió del todo, pero tuvo una impresión y decidió no insistir en ello.

Cuando volvió, Willie se había quitado el suéter y ahora volvió a producirle a ella la misma impresión de las otras veces, con la camisa blanca, la corbata y las gafas con montura negra.

Se sentaron en el sofá, con la comida delante de ellos en una mesa de café.

—Esto está muy bueno. Me gusta —dijo Dorothy, sonriendo a Willie y comiendo con ganas.

—¿Quiénes eran sus amigos en el restaurante? —preguntó Willie.

Dorothy le miró fijamente.

—Entonces, ¿era usted?

Willie asintió con la cabeza.

—Estaba allí.

Dorothy se echó a reír y explicó prolijamente la fiesta de cumpleaños de Marie, y cómo había insistido el doctor Mahon en que asistiese a ella.

—Era por aquel que me seguía —continuó diciendo—. Tenía miedo de salir de noche de mi apartamento, y Julie advirtió que estaba muy nerviosa. Oh, fue una fiesta espléndida.

Dorothy rió.

Pero Willie no reía. Ella le observó, preguntándose qué le pasaba.

Comieron un rato en silencio y después sirvió ella el café.

—Bueno, ahora podrá salir tranquilamente cuando quiera —dijo Willie—. Yo tengo que marcharme por asuntos de negocio. No sé cuándo volveré.

—Desearía poder ir yo también —dijo Dorothy.

Willie se volvió y la miró fijamente.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que ojalá pudiese ir, esto es todo. Oh, ya sé que usted no querría llevarme, pero estoy harta de aquel consultorio y del doctor Mahon y de los pacientes y del olor a antisépticos..., y, bueno, estoy harta de todo ello. Cuando está usted aquí, es otra cosa. Pero entonces se marcha y todo vuelve a ser como antes. No podré soportarlo mucho más. El día menos pensado, acabaré de hartarme y me marcharé a Chicago o a Nueva York o a Detroit. Estoy harta de gente enferma y estoy harta de hacer de Florence Nightingale...

—¡Bien! —dijo Willie.

¿Por qué no? México. Esto es. Santo Tomás... Pero de pronto, pisó el freno. No. ¿Cómo podía explicarle...?

—Tal vez me quedará todavía un tiempo —dijo.

Dorothy se alegró visiblemente.

—Y entonces tal vez podremos ir a cenar y a algún espectáculo —dijo ella—. ¿Le gusta el teatro?

Willie se la quedó mirando. Esto era peor. Él no podía ir de un lado a otro como el agente de seguros de la puerta de enfrente, a restaurantes y teatros, y demás tonterías..., con la jauría cercándole como no le había cercado en los años pasados.

Pero ahora quería a Dorothy con él. Durante todo el tiempo. Ya tenía bastante de este juego. Le importaba un comino que fuese su hija o no lo fuese. De alguna manera, tenía que llevar esto adelante.

—Vayamos a México —dijo.

Dorothy se irguió y lo miró fijamente.

—¿Habla en serio? ¿Cuándo?

—Dentro de media hora —dijo Willie.

Dorothy puso cara triste.

—Creí que hablaba en serio.

—Y así es —dijo Willie—. Podemos estar en la frontera dentro de una hora y media, de dos horas como máximo.

—Pero esto es una locura.

—Claro que lo es.

—No me importa —dijo Dorothy—. Pero ¿cómo arreglamos las cosas?

—Esto es lo más fácil —dijo Willie—. Prepara una pequeña maleta. Tal vez volveremos dentro de una semana. ¡Quién sabe! Estaré abajo con el coche dentro de media hora.

Willie se puso en pie y se dirigió a la puerta, pero Dorothy se levantó rápidamente y fue tras él.

—No le creo —dijo—. Creo que es una broma.

—Una bonita broma. Estaré abajo dentro de media hora. Está preparada.

Salió, bajó la escalera y cruzó el patio iluminado de azul, con Dorothy de pie en la puerta abierta, observando cómo se alejaba.

Estaba pasmada.

Salió al arco antes de tiempo, sintiéndose esperanzada, confusa y escéptica; en realidad, no del todo segura de lo que realmente sentía. Esto era una locura, ¡una locura! ¡No era normal, escapar de esta manera!

De vez en cuando se acercaba al borde de la acera, tratando de ver el coche que estaba esperando; en el fondo, no esperando realmente verlo, pero deseándolo nerviosamente. Tal vez Mr. Alien, por razones que sólo él sabía, había querido salir rápidamente del apartamento. En el mejor de los casos, era un hombre extraño. Esto no era como hacer un regalito a una chica como incentivo. Tenía que haber algo más profundo detrás de ello.

De pronto se dio cuenta de que no le había mencionado el dinero a Mr. Alien; ni siquiera le había dado rápidamente las gracias. ¿Se habría molestado?

Mientras paseaba arriba y abajo, entre el arco y la acera, su mente seguía pensando sin orden ni concierto, llena de temores, de sueños y de conjeturas...

Y entonces apareció de pronto el coche, y Mr. Alien se asomó a la ventanilla y la miró.

—Muy bien —le gritó—. Sube.

Dorothy se sintió casi histéricamente aliviada. Él abrió la portezuela, ella arrojó la pequeña maleta al asiento de atrás y subió.

Precisamente cuando arrancaba, una sirena empezó a sonar en su dirección, un sonido insistente, cada vez más fuerte. Y cuando llegaba al primer cruce de calles, el vehículo, una ambulancia, pasó por delante de ellos y, bajando el tono de la sirena, se detuvo calle arriba, en una de las travesías por las que había pasado Dorothy, en la que un coche patrulla cerraba en parte el paso, y se había formado un grupo de personas.

Willie redujo la velocidad para que dos hombres pudiesen cruzar delante de él, y entonces vio Dorothy que uno de ellos se volvía y la miraba rápida y fijamente..., o al menos esto le pareció. Pero la luz del farol era muy débil, y casi inmediatamente borró ella de su mente esta impresión.

—¿Qué le parece, doctor? —preguntó el policía, mientras *el Cheev* era llevado en una camilla.

—Un instrumento roto, y el hombre ha sido golpeado con mucha fuerza. Más tarde les daremos el dictamen.

El joven interno tenía prisa por alejarse de allí y tratar a su paciente.

—¿Cree que se recobrarán?

—No veo por qué no ha de hacerlo, salvo algo imprevisto. De momento, no distingue su mano derecha de la izquierda, ni siquiera sabe si tiene manos.

Se alejó del pausado policía y, al cabo de un momento, la ambulancia se puso en marcha, haciendo sonar de nuevo la sirena.

El policía se acercó a la pareja de adolescentes que habían encontrado a el Cheev yaciendo cerca de la entrada de la casa de la chica.

Anotó pacientemente sus confusas y contradictorias declaraciones, cerró su libreta y dijo a su compañero:

—Ese tipo llevaba casi quinientos dólares encima. ¿Qué deduces de esto?

—Que alguien le atizó por cuestiones personales. O que el agresor se espantó y echó a correr.

—Bueno, el médico dijo que ese hombre llevaba mucho tiempo tumbado ahí. Tal vez media hora.

—No lo entiendo —dijo su compañero.

—¿Y qué están haciendo aquí esos hombres del FBI?

—¿Dónde? —dijo su compañero, mirando a su alrededor.

—Me mostraron sus documentos de identidad, o al menos lo hizo uno de ellos. — Miró a su vez a su alrededor; después dijo—: Supongo que se han marchado.

El compañero meneó la cabeza.

—Es un caso raro. Todos dicen que nunca habían visto a este hombre. No es del vecindario.

Subió al coche patrulla y empezó a hablar por la radio.

Habían recorrido muchos kilómetros de la carretera de la costa, y estaban cerca de Del Mar. Sin decir palabra ni expresar sus intenciones, Willie giró repentinamente hacia la izquierda y entró en una oscura carretera de dos carriles que discurría sobre un terreno plano y desierto, alejándose del mar.

—¿Qué sucede? —preguntó Dorothy.

—Creo que un coche nos ha estado siguiendo —dijo Willie—. Quiero saber si es así.

Condujo durante largo rato en silencio. No había luna. La oscuridad era muy densa y, en aquel terreno llano, no se veían faros de automóvil detrás de ellos.

Willie miró su reloj de pulsera.

—Casi es medianoche —dijo—. Hace algún tiempo que no he estado al sur de la frontera. No me acuerdo de si la cierran. Quiero decir, que no sé si ahora está abierta las veinticuatro horas del día.

Estaba ya lamentando su loca decisión. Pero sólo había tenido una idea en la cabeza, y le había dominado: tener a Dorothy para él y lejos de todos los demás. Y se daba cuenta, con un sentimiento de vergüenza y pesar, que era la clase de idea que se le habría ocurrido a Carl Benedict, y que éste la habría puesto en práctica aproximadamente de la misma manera. Con Carl no duraría mucho, pero sería una obsesión mientras durase.

Willie tenía la vaga impresión de que empezaba a volverse loco. ¿Cómo podía haber hecho una cosa así?

—¿Quiere decir que no vamos a México? —dijo Dorothy.

—Mañana —dijo Willie—. Entonces sabré lo que estoy haciendo. Conozco un pueblo maravilloso allí. Está en las colinas, a bastante altura, y hace fresco por la noche. En la tierra llana hace un calor infernal. Allí hay un viejo hotel de adobe, muy amplio, con la galería..., creo que ellos la llaman terraza..., más grande que jamás he visto.

—Parece estupendo —dijo Dorothy.

—Te gustará.

La carretera empezó a elevarse; todavía estaba desierto, pero ahora discurría por un terreno ondulado, y poco después de la una llegaron a una población de mediana importancia, muy moderna, con farolas azuladas, tiendas nuevas y hoteles y residencias, algo revelador del aumento de población de California del Sur.

Cruzaron la población y, en el extremo de ésta, donde la carretera que habían estado siguiendo se ensanchaba y tenía cuatro carriles, vieron un gran motel, levantado entre árboles y arbustos bien cuidados e iluminados por focos instalados en el suelo.

Un gran rótulo de neón rosa, estilizado, anunciaba: «FLAMINGO».

—Será mejor que pasemos la noche aquí —dijo Willie.

Y Dorothy asintió con la cabeza. Se había puesto en manos de él.

Se registraron en el hotel como Mr. John Ward y Miss Dorothy Kramer, secretaria, habiendo sugerido Willie el seudónimo de ella como una broma en honor del teniente del mismo apellido, especialista del Departamento en el caso «Willie». Y ahora ocupaban una *suite* de dos dormitorios con un pequeño cuarto de estar entre ambos. Dorothy llevaba una bata fina, evidentemente para ocasiones especiales; Willie, pijama y una bata encima. Eran más de las dos de la madrugada, y estaban comiendo unos bocadillos en el cuarto de estar y prestando poca o ninguna atención a un monótono programa de la televisión.

Por fin, Willie la apagó y dijo:

—Será mejor que durmamos un poco. Quiero salir temprano.

—Lo que usted diga —dijo Dorothy, mirándole fijamente.

Willie se levantó y bostezó.

—Esto ha sido una locura, ¿sabes? —dijo.

—Si quiere, podemos volver atrás —dijo Dorothy—. No parezco interesarle en absoluto. Podría ser realmente su secretaria. Simplemente, no le comprendo, Mr. Alien.

Willie observó un instante la cara de Dorothy y volvió a sentarse. Era como una grotesca repetición de la enojosa escena con la pelirroja en Arizona.

Y todo era por su culpa, no por la de Dorothy. Aquí estaba esta preciosa muchacha, deseosa e incluso ansiosa, esperando que él diese alguna muestra de saber que ella era dueña de sí misma y no se entregaba a cualquiera que se lo pidiese..., dicho en pocas palabras, le estaba ofreciendo el precioso don de ella misma, y él parecía rehusarlo.

Él se inclinó hacia delante y le asió una mano.

—Escúchame, Dorothy —dijo—. Aquí hay mucho más de lo que tú sabes. Debes tener paciencia conmigo. Tal vez más tarde te lo explicaré. No sé. Si fuese un hombre inteligente, te llevaría de nuevo a tu apartamento y dejaría que siguieses viviendo como si yo no existiese.

—¡No! —gritó Dorothy—. No sé a qué viene todo esto. No sé por qué ha sido tan bueno conmigo. Pero, sea lo que fuere, me siento mejor que antes de conocerle.

—Entonces, ve a dormir un poco —dijo Willie, aliviado—. Mañana estaremos en México y tal vez el mundo nos parecerá diferente a los dos.

Alford estaba hablando por teléfono con Strickland, su superior inmediato.

—Richardson se salió de la carretera siguiendo al coche con las luces apagadas, abolló un guardabarros, pero consiguió seguir adelante. La joven está en el «Flamingo Motor Hotel», con un hombre llamado John Ward. ¿Qué hacemos ahora?

—Sigán vigilando.

—Así lo haremos —dijo Alford—. Richardson cree que el hombre se dio cuenta de que les seguíamos, y por esto salió de la autopista. Si fuese así, tal vez tendría algo que ocultar.

—O tendría miedo de que le atracasen. O tal vez es así como conduce. No saquemos conclusiones precipitadas. Limítense a vigilar a la joven.

—¿Y si mañana continúan hacia el Sur y cruzan la frontera de México?

—Podría ser. En cuanto cuelgue usted, hablaré con la Policía mexicana. Tal vez Willie está en México. Ésta podría ser la solución.

Pero Alford colgó, convencido de que sería otra pérdida de tiempo.

Willie se despertó sobresaltado. Una luz gris se filtraba en las cortinas de las ventanas. Estaba bañado en un sudor frío y se balanceaba de un lado a otro. Durante un momento permaneció sentado, aterrorizado y medio inconsciente; después saltó de la cama y empezó a pasear arriba y abajo.

¡Qué estupidez había cometido! ¿Estaba tratando de meter el cuello en un nudo corredizo?

Llamaron a la puerta; ésta se abrió despacio y Dorothy se asomó a ella.

—Me pareció oírle —dijo—. Estaba sentada en el cuarto de estar; me desperté y no podía dormir. No sé qué me pasa.

—Volvemos atrás —dijo Willie—. Ahora mismo. Esto fue un error.

—Empiezo a creer que sí —dijo Dorothy—. No podría vivir de esta manera.

—Está bien —dijo Willie—. Prepárate. Podrás llegar a tiempo a tu trabajo, y nadie sabrá nada.

—Yo lo sabré —dijo Dorothy, y cerró la puerta.

Willie siguió paseando arriba y abajo, maldiciéndose.

—La pringaste, Willie, la pringaste —decía, una y otra vez.

Alford estaba durmiendo vestido en la oficina; sólo se había quitado los zapatos. Le despertó el teléfono y miró aturdido a su alrededor; las ventanas permitían ver las primeras luces de la aurora.

Era el agente de vigilancia.

—Han emprendido el camino de regreso. Y agárrese, Roy. Podría ser..., sólo digo

podría ser..., que es Willie Madden el hombre que va con la chica.

Alford se levantó de un salto. ¿Cómo era posible? ¿Por qué llevaría Willie a su propia hija a un motel, y estaría sólo unas pocas horas allí con ella?

—Está bien —dijo—. Dudo mucho de que sea así, pero procederé como si lo fuese. ¿Van por la autopista de la costa?

—Sí. Por ahora.

—Habrá un puesto de control. Búsquelo. Yo estaré allí. Debemos tener cuidado. Si está equivocado, podríamos asustar a la chica, y ya no nos serviría de nada. ¿Cómo está el coche de Richardson?

—Desabollamos el guardabarros mientras ellos estaban durmiendo o haciendo cualquier cosa. No tiene muy buen aspecto, pero funciona.

Eran alrededor de las ocho de una brillante mañana. El sol estaba ahora muy alto sobre el océano, y soplaban un fuerte viento desde mar adentro, impulsando las altas olas azules verdosas hacia la playa, donde rompían en surtidores de espuma blanca. Había gaviotas en todas partes.

Willie conducía, mirando fijamente al frente, casi como si no se diese cuenta de la presencia de Dorothy, pero ella miraba a su alrededor, las olas, la playa, la brillante luz del sol, deseando poder detenerse y dar un paseo sobre la arena. Temía volver a la tediosa rutina del consultorio del doctor.

Hubiese debido saber que esto era demasiado bueno para que fuese duradero. Otras veces había tenido desengaños, pero ninguno tan amargo e inesperado como éste.

Ahora empezó a observar a Willie por el rabillo del ojo. ¿Qué le pasaba? ¿En qué estaba pensando? ¿Qué quería de ella? ¿Por qué rodaban sin objeto por esta loca carretera? Todo el asunto era un misterio completo y desconcertante para ella.

—La noche pasada fuimos más lejos de lo que creía —dijo Willie—. Vas a llegar tarde al trabajo.

—Bueno, diré que me he dormido —dijo Dorothy—. No hay problema.

—Lamento todo esto —dijo Willie, después de una larga pausa—. Tenía que pensar. Un día te llamaré y te daré la clave del número de teléfono equivocado, y entonces podremos hablar de una cabina a otra.

—Muy bien —dijo Dorothy; pero, de ahora en adelante, no esperaría nada de él, nada en absoluto.

Dieron una amplia vuelta y llegaron a las afueras de una gran población marina. El tráfico empezó a aumentar con los coches que se introducían en la carretera desde todas las calles laterales, y al acercarse al centro de la población aumentó el embotellamiento, hasta que avanzaron con los parachoques casi tocándose.

Entonces el tráfico se hizo tan lento que Willie se asomó a la ventanilla para ver lo que pasaba. Un policía motorizado estaba en medio de la calle dirigiendo la circulación alrededor de un obstáculo; parecía un camión, tal vez del servicio de agua o de luz o del teléfono.

Ahora el tráfico se detuvo del todo. Willie sacó sus cigarrillos y encendieron los dos. Entonces volvieron a avanzar despacio y Willie observó que los vehículos pasaban alrededor del obstáculo en dos hileras y, cuando al fin fue el primero de la suya, el corpulento policía le indicó que pasara por el lado interior. Willie obedeció.

Inmediatamente, otro coche se puso a su lado; viajaban en él tres hombres de paisano y uno de ellos se asomó a la ventanilla y dijo rápidamente a Willie:

—Deténgase junto a la acera. No cree dificultades.

Willie no reaccionó en absoluto. Fue como si no le hubiese oído. Pero observó que el corpulento policía le estaba mirando con gran interés.

¿Qué se proponían? En todo caso, no tenía más remedio que hacer lo que le decían, y poner a mal tiempo buena cara.

—Está bien —dijo con naturalidad, arrimando el coche a la acera y deteniéndolo.

Dorothy permanecía sentada, inmóvil, sin decir nada.

Hacía tiempo que sabía que Mr. Alien se hallaba en alguna clase de apuro.

Willie pudo ver de reojo que dos de los hombres se le acercaban desde atrás, con precaución profesional, mientras el guardia corpulento les respaldaba disimuladamente y las corrientes de tráfico continuaban su marcha.

—¿Qué desean? —preguntó Willie al plantarse uno de los hombres junto a su ventanilla, mientras el otro daba la vuelta hasta la de Dorothy.

—El permiso de conducir —dijo el primero, mostrando su carnet del FBI.

Willie se lo dio y el hombre estuvo tanto tiempo estudiándolo, que aquél empezó a impacientarse.

—¿Qué he hecho? —preguntó—. No soy de este Estado. Puede ver que el coche es alquilado. Pero creía conocer las leyes de circulación de California.

El hombre no dijo nada y continuó estudiando el permiso. Willie miró hacia delante y advirtió que otro hombre, alto, estaba de pie en la acera y miraba directamente al interior del coche, observándolo minuciosamente. De pronto, asintió enérgicamente con la cabeza.

Willie oyó un ruido a su lado, se volvió y se encontró con que le apuntaban con una pistola.

—Estése quieto —dijo el que estaba junto a su ventanilla.

Willie sacudió, contrariado, la cabeza, como diciendo: ¡Bueno, esto es el colmo! Ahora vio que, tanto el corpulento motorista como el hombre que le había estado observando desde la acera, se acercaban despacio desde direcciones opuestas.

El hombre de paisano abrió la portezuela del lado de la acera y dijo:

—Muy bien, Miss Madden. Apéese.

Willie no pudo reprimir un movimiento de sobresalto y, como a través de una niebla irreal, oyó que Dorothy decía con indignación:

—Me llamo Dorothy Velinsky, Mr. Alford. Y usted lo sabe.

El hombre que estaba junto a la ventanilla de Willie, respaldado ahora por el corpulento guardia, alargó los brazos y esposó a Willie.

En el otro lado, Alford ayudó a Dorothy a apearse del coche y después miró a Willie.

—Madden —dijo—, traigo una orden de detención contra usted, como fugitivo de la justicia. Y le advierto que todo lo que diga puede ser empleado contra usted.

—Está loco —dijo Willie—. Me llamo John Ward. Viajaba por aquí por asuntos personales.

—Creo que las huellas dactilares nos dirán algo diferente —dijo Alford—. Salga por el otro lado.

Willie salió y fue llevado alrededor de la parte de atrás del coche por dos hombres

del FBI, y entregado a Alford. Dorothy estaba siendo ya llevada por la calle lateral por un hombre vestido de paisano, tal vez un policía local, y una mujer policía de uniforme.

La operación se había realizado con tanta suavidad que la mayoría de los que pasaban en sus automóviles no se dieron cuenta de nada.

Alford dijo a Willie:

—Espero que vendrá conmigo y no pondrá dificultades. La Comisaría está sólo a media manzana de aquí.

—¿Le parece que estoy en condiciones de crear dificultades? —dijo Willie.

Caminaron en silencio durante unos momentos y, entonces, preguntó Willie:

—¿Por qué llamó usted Miss Madden a Dorothy? ¿Y de dónde le conocía ella? ¿Fue acaso un trabajo en equipo?

—La interrogué en el consultorio del doctor Mahon —dijo Alford—. Me dio la impresión de que trataba de protegerle.

Willie sonrió para sí.

—Pero, lo de Miss Madden... —insistió Willie—. Esto es nuevo para mí. Yo la conozco como Dorothy Velinsky.

—Como usted quiera, Madden —dijo Alford—. Pero nosotros hablamos con sus padres. Viven en el sector de Los Ángeles.

—Yo me llamo John Ward —dijo Willie—, y lo primero que quiero es un abogado, aunque tenga que pagarle el avión.

—Acepte la extradición y se ahorrará este trabajo.

Un largo silencio. Cuando se acercaron a la Comisaría, Willie dijo:

—Ella no sabe nada de todo esto. Supongo que van a interrogarla dando por supuesto que es Miss Madden.

—Naturalmente.

—Bueno —dijo Willie—, será mejor que primero le expliquen quién es. Porque ella no lo sabe, tanto si lo cree como si no.

En la Comisaría, encontraron a Willie muy agradable, pero con pocas ganas de colaborar. Estaba casi alegre. Estaba en el asiento del conductor y pretendía continuar así. ¿Dónde estaban los quinientos mil dólares? Él lo sabía. No lo sabía nadie más.

Y no creía que ellos tuviesen manera alguna de descubrirlo. Había destruido cuidadosamente los recibos del «Hollywood Storage Garage, Inc».

Su fianza sería muy alta, pero podría pagarla. Podía confiar en las interminables dilaciones y en los trucos legales, en las maniobras y los recursos, y tal vez incluso en un juicio amañado y, si ocurría lo peor, probablemente le impondrían una pena de cinco a veinte años, y al cabo de cinco estaría en la calle, si no antes. Durante años, había sido un ciudadano modelo, e incluso funcionario público como investigador de la oficina del fiscal del distrito.

En cuanto estuviese de nuevo en su ciudad (naturalmente, no pondría obstáculos a la extradición) contrataría a Darrel Rankin, el mejor abogado criminalista del Medio Oeste, que tenía mucha fuerza e influencias políticas, y que pondría todos los obstáculos posibles a la condena de Willie.

¿Qué tenían contra él? La palabra de un par de delincuentes convictos. Wicks, un policía renegado y loco; Carl Benedict, un tipo peligroso, reincidente y también chiflado. Darrel Rankin los haría trizas.

¿Dónde estaba todo el dinero que se decía que había robado Willie?

Entre sus cosas no encontrarían más que unos pocos miles de dólares, sobre los cuales litigaría si trataban de confiscarlos. Primero tendrían que demostrar que los había robado.

Y esto no será fácil, se dijo. No será en modo alguno fácil. Willie se sentía casi como un hombre nuevo. Antes no se había dado cuenta de lo terrible que había sido la tensión mientras era un fugitivo. El hecho de que le hubiesen aprehendido le daba una sensación de alivio.

Ahora dormiría bien por la noche, aunque fuese en la celda de una cárcel, y no pensaba estar mucho tiempo encarcelado. Lo más importante era que ya no se balancearía.

Se echó atrás en su silla y encendió un cigarrillo. De momento estaba solo. Era hora avanzada de la tarde. Incluso le habían servido el almuerzo en una bandeja, en una espaciosa antesala de ventanas fuertemente enrejadas.

Se abrió la puerta y entró Dorothy. No la había visto desde temprano por la mañana. Parecía pálida e inquieta, y se quedó de pie allí, mirándole. Alford cerró la puerta a su espalda.

—Vamos —dijo Willie—, siéntate.

Dorothy cogió una silla bastante cercana a Willie, y se quedó observándole como si fuese la primera vez que le veía. Willie le sonrió; después alargó una mano y le dio unas palmadas en la rodilla.

—Supongo que ahora lo comprendes todo —dijo.

—Hubiese debido contarle lo de Mr. Alford —replicó con vehemencia ella—. Pero estaba tan preocupada por aquel hombre que me seguía, que lo olvidé.

Willie asintió lentamente con la cabeza.

—Tal vez las cosas habrían marchado de un modo diferente —dijo con suavidad.

El semblante de Dorothy se iluminó.

—Pensé que estarías furioso conmigo. No te lo censuraría si lo estuvieses.

—Bueno —dijo Willie—, estaba escrito que me pillarían más pronto o más tarde. Ha sido más pronto. Además, creo que me estaba volviendo loco.

—¿Y qué haré yo? —preguntó súbitamente Dorothy—. Lo publicarán todos los periódicos, ¿verdad? No puedo volver al consultorio. En todo caso, no quiero volver. Ahora aborrezco aquel lugar.

Willie la observó.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero estar contigo —dijo Dorothy.

—¿Y si no gano el juicio...?

—Entonces esperaré. Cuidaré de todo por ti. Soy una chica lista, Mr. Alien.

De pronto, se llevó una mano a la boca y ambos se rieron con bastante timidez.

Y mientras se reían entró Alford, se detuvo, frunció el ceño y se les quedó mirando, contrariado y sin comprender.

Dorothy era una de las jóvenes más deseables que jamás había visto y, en su opinión, era terrible que fuese hija de un delincuente peligroso como Willie Madden.

—Alford —dijo Willie—, confío en que a nadie se le ocurrirá acusar a Dorothy. Si lo hacen, lucharé con todas mis fuerzas. Y empezaré ahora mismo.

—No, no creo que la acusen —dijo Alford—. He informado favorablemente sobre ella. Aunque, técnicamente, las autoridades locales podrían crearle dificultades.

—Si lo hacen, me opondré a la extradición.

Una larga pausa.

—Madden —dijo Alford—, usted se está convirtiendo en un engorro público y haré todo lo que pueda para que le encierren por mucho tiempo.

Willie miró durante un momento a Alford, con irritación, y después dijo:

—En cuanto vuelva yo al Medio Oeste, su poder no valdrá ni esto... —y chascó los dedos.

Era verdad, y Alford lo sabía y aborrecía dicha idea.

—Miss Madden —dijo—, creo que puede usted marcharse. Hable con Miss Pace. Ésta le encontrará una habitación cerca de aquí, si lo desea. O la pondrá en un autobús para Los Ángeles. Sólo le advertirán que no salga del Estado sin consultar antes aquí.

Dorothy se levantó y se volvió hacia Alford.

—¿Cuándo podré verle de nuevo?

—No hasta mañana por la mañana.

—Duerme bien —dijo Willie—. ¿Tienes dinero para la habitación? Si no, pídeselo al sargento. Supongo que ahora tiene todo el mío.

—Está embargado —dijo Alford.

—Oh, eso ya lo veremos —gritó Willie.

—Ya basta —dijo rápidamente Dorothy—. Vendré a verte mañana.

Cuando se hubo marchado tuvo lugar un largo silencio. Entonces Alford empezó de nuevo con los quinientos mil dólares y Willie dijo:

—¿Qué quinientos mil dólares?

Pero Alford insistió, como había estado insistiendo durante toda la mañana.

—Espere a que la compañía se entere de que me han pillado —dijo Willie—. Vendrán corriendo y querrán hacer un trato. Pero mi abogado se encargará de esto, suponiendo que yo tenga los quinientos mil dólares.

—¿Los tiene?

—Esto es lo que dicen los periódicos.

En la habitación del pequeño hotel local, Dorothy dormía como una niña pequeña. Estaba agotada. Willie no dormía, pero se sentía perfectamente relajado, y yacía sobre la espalda en la celda de la cárcel, con las manos cruzadas debajo de la cabeza y contemplando el techo. Cada vez que un coche giraba en la esquina, rayos de luz pasaban rápidamente sobre Willie. Era algo tranquilizador, casi hipnótico.

Ahora casi volvía a sentirse como el joven Willie. Le habían quitado dos pesadas cargas de encima. Ya no tendría que correr, y Dorothy sabía quién era y quería quedarse con él, como hija suya. Pero ¿qué otra cosa habría podido ser, a pesar de lo loco que había sido él?

Habían pasado dos meses y todavía continuaban los atascos y las dilaciones. La primera jugada de Darrel Rankin había sido alegar la imposibilidad de que Willie Madden fuese objeto de un juicio justo en su ciudad, por lo que había pedido que fuese juzgado por otro tribunal. Después de muchos retrasos, su petición fue denegada al fin, pero la oficina del fiscal del distrito no quedó satisfecha con esto y las luces de la Casa de la Ciudad permanecían encendidas hasta muy tarde, mientras el personal trabajaba de firme tratando de cerrar todas las escapatorias que pudiese imaginar o soñar o inventar la defensa. La condena de Willie Madden era algo imperativo.

Pero la cuestión era: ¿Habría sido más conveniente un cambio de tribunal?

Ahora, si Willie era condenado, la primera maniobra de Rankin sería pedir un nuevo juicio, lo cual significaría más dilaciones y, tal vez, una profunda molestia para el fiscal del distrito y para el juez que había denegado el cambio de jurisdicción.

Rankin era inteligente, sin duda alguna. Tranquilo, astuto, joven, pues no tenía más de cuatro años, vástago de una antigua familia de la ciudad, con mucha influencia política y también ambición política y el caso de Willie Madden tenía para él un valor de un millón de dólares en publicidad nacional.

Rankin no le gustaba en absoluto a Willie. Éste le consideraba un esnob y, además, creía que se mostraba demasiado amistoso con Dorothy, y Dorothy demasiado amistosa con él. Rankin le estaba diciendo continuamente lo inteligente que era su hija y lo orgullosa que debía sentirse de ella.

Dorothy estaba ahora estudiando interpretación dramática en el Colegio de Artes Liberales de la Universidad del Estado. De vez en cuando aparecía en la televisión local bajo el nombre de Dorothy Velin, pero todo el mundo sabía quién era y, aunque había habido algunas protestas por parte de los televidentes, la reacción favorable había sido mucho más fuerte.

Por lo demás, las cosas seguían casi como antes. Leo y Bernard Madden denunciaban a su hermano a todos los que querían escucharle, mientras que la vieja Mrs. Madden continuaba su camino y callaba.

Willie y Dorothy tenían apartamentos contiguos en un viejo edificio de la periferia del mismo distrito donde se habían criado Willie y la madre de Dorothy. No carecían ni andaban sobrados de dinero, y el alquiler no era barato, pero sí más que si se hubiesen trasladado a una de las nuevas y costosas casas.

Dorothy había recibido diez mil dólares de una revista nacional por la «historia de su vida», incluso se hablaba de una película, con varios productores de tres al cuarto apareciendo de vez en cuando, con grandes planes pero sin dinero, aunque esto, desde luego, tendría que esperar. Willie recibía cheques de un escritor que estaba trabajando en una caprichosa biografía de Willie Madden (sin el consentimiento formal de éste, pero con su secreta conformidad): el importante adelanto de los editores era

racionado en cheques mensuales.

Materialmente, las cosas no iban mal, y Willie era todavía un hombre grande porque se asentaba sobre quinientos mil dólares y los avispados de toda la nación pasaban las noches tratando de imaginar una manera de sacar tajada, y había avispados de muchas categorías, desde abogados y agentes de seguros hasta productores de cine con poco dinero y gran variedad de aprovechados y timadores. El dinero era la comidilla del hampa local.

En cierto modo, era un carnaval de codicia.

Pero Willie hacía caso omiso de ello. Lo que no podía ignorar era la relación completamente alterada con Dorothy: ésta se había convertido en su hija real. Había cierta confusión y tirantez entre ellos. Desde la mañana hasta la noche, estaba ella preocupada por sus propios asuntos personales; ni siquiera se encontraban durante las horas de comer, salvo, de vez en cuando, en la cena.

En ocasiones hablaba ella de irse a Nueva York; en realidad había esbozado planes para ir allá cuando terminase el actual semestre universitario, que sería a finales de junio del año próximo. Willie no se oponía ni se mostraba de acuerdo. Guardaba silencio. Pero, una noche, Dorothy hizo que Rankin le hablase de esto, y Willie perdió los estribos.

Después, ya no se había vuelto a hablar sobre el asunto.

Aunque no se había reproducido el antiguo balanceo, Willie empezó a sentirse desorientado, confuso e indeciso al prolongarse las dilaciones legales. Había perdido su entusiasmo por la vida. Las mujeres parecían significar muy poco para él y, a veces, por la noche recordaba el tiempo que había estado en el «Pearl of the Orient» (antes de que apareciese aquella maldita revista), como el punto culminante de su vida.

Eran casi las siete de la tarde y Willie fue a dar las buenas noches a Dorothy. Ésta se disponía a salir. Rankin tenía que ir a buscarla a eso de las ocho, y Willie no quería estar allí cuando llegase el alto y el joven abogado. Irían a ver una comedia de vanguardia que estaba representando la escuela dramática de la Universidad, y Dorothy había tratado pacientemente de explicarle el tema de aquélla, pero Willie no le había prestado atención.

Era algo que le tenía sin cuidado.

—Hola —dijo ahora ella, haciéndole entrar.

Un bello vestido de color rosa envolvía su figura, la figura que había sido lo primero que había advertido Willie en ella.

—Sólo quería darte las buenas noches —dijo Willie—. Creo que me acostaré temprano. Que te diviertas.

—Gracias —dijo Dorothy.

Se quedaron mirándose como dos desconocidos.

—Saluda de mi parte al charlatán —dijo él.

—No te es muy simpático, ¿verdad? —preguntó Dorothy.

—No —dijo Willie—. Pero es el abogado más listo de la ciudad. Buenas noches.

Se marchó bruscamente, cerrando la puerta con más fuerza de lo que era necesario.

Dorothy se quedó de pie allí, mirando por donde él había salido. ¿Qué podía decirle? Willie había sido el hombre más inteligente, más capacitado, hasta que había llegado Darrel. Ahora había empezado a darse cuenta de los defectos de Willie, de sus deficiencias. Además, era su padre; en cierto sentido, él le pertenecía, cosa que daba por sentada. Darrel..., bueno, Darrel necesitaba un pequeño incentivo. Para él, la situación era muy delicada. A fin de cuentas, quieras o no, ella era hija de un hombre que había robado un millón de dólares. A ella, esto, no le preocupaba. Pero Darrel, aunque defensor de Willie, tenía que velar por su reputación en la ciudad; además, era políticamente ambicioso.

Era un problema delicado; pero Dorothy, cabal hija de Willie, estaba trabajando en ello. ¡Estaba trabajando en ello!

Todavía irritado, Willie entró en su apartamento por la puerta que había dejado entornada... y se encontró cara a cara con Carl Benedict, que estaba sentado en un sillón y le miraba sonriendo.

—¿Cómo diablos has entrado aquí, loco bastardo? —preguntó Willie a media voz.

—La puerta estaba abierta. Willie, no hagas ningún movimiento sospechoso. Tengo una pistola en el bolsillo.

Willie observó a Carl durante un momento; después encendió un cigarrillo y se sentó. Había dominado antes al loco Carl, y creía que también podría hacerlo ahora.

—¿Qué estás haciendo en la calle, Carl? —preguntó.

—Tenía mis razones —dijo sonriendo Carl—. Yo era el niño mimado, ¿sabes?, y por esto no me vigilaban muy de cerca. Conque me fui. ¿Sabes por qué? Se dice que el *Viejo Cojo* ha perdido su fuerza; es una causa perdida, está en casa, en la cama; ha renunciado. Por su parte, se ha vuelto loco. Tiene tipos que están tratando de pillar a Joe Wicks... para liquidarle, y él anda detrás de mí. Ahora anda detrás de ti, Willie.

—¡Aquel canalla! ¿Qué quieres decir? —gritó furioso Willie.

—Lo sé de buena tinta. Fallon O'Keefe; es muy amigo de Toni *el Moloney*. Fallon ayudó al *Moloney* a salir de un mal paso, y *el Moloney* consiguió la libertad bajo palabra. Z trató de contratarle como hombre fuerte. La idea era agarrarte y sacarte la pasta a palos, Willie.

—Le mataré —dijo Willie.

—Espera —dijo Carl—. No pudo conseguir la gente que necesitaba. Por tanto, la idea es, ahora, apoderarse de esa amiga a la que *llamas* tu hija...

—Carl —dijo Willie, interrumpiéndole—, necesitas dinero, ¿eh?, y éste es un truco viejo, como los que solías emplear. Bueno, llamémosle así. No me vengas con historias como ésta.

—Willie —dijo Carl—, voy a ser franco. No digo que él vaya a conseguir los tipos que buscas; muchos tienen miedo de meterse contigo, Willie, pero éste es el plan. Mira, nosotros trabajamos juntos antes de ahora; ¿por qué no podemos volver a hacerlo?

—¿Qué traes entre ceja y ceja?

—Tú te dejas sablear de vez en cuando, y yo quito de en medio a Z. Mira, Willie, no pienso en aquellos quinientos mil. Esto es agua pasada para mí; ni siquiera estoy seguro de que todavía los tengas. Puede que sólo utilices esto como palanca. Pero yo me he fugado, ¿sabes? Por consiguiente, tengo que confiar en que tú no toques el silbato, y tú tienes que confiar en que yo quite de en medio a Z y no sea demasiado codicioso.

—No tengo mucha pasta en mi poder —dijo Willie.

—¿Quién ha hablado de mucha pasta? Dame doscientos y un abrigo. Iré a «Madame Annie's» y entonces me encontraré bien. Alguna mañana leerás el periódico y verás un nombre conocido. Entonces te pediré, tal vez, mil.

—Quinientos.

—Está bien, Willie, no perdamos tiempo.

Cuando llegó Darrel Rankin a recoger a Dorothy, se encontró con que Willie estaba esperando para hablar con él. Dorothy fue enviada fuera de la habitación, y Willie explicó a Rankin que la vida de aquélla podía estar en peligro y que le agradecería que llevase a Dorothy, aquella misma noche, en avión a Nueva York, donde viviría ella bajo nombre supuesto hasta que pudiese volver sin riesgo.

Rankin fue pillado, al principio por sorpresa; después escuchó con el ceño fruncido y, por último, asintió con la cabeza.

—Temía que pasara algo así —dijo—. Me ocuparé de ello.

Dorothy entró a despedirse de Willie, mientras Rankin esperaba en el pasillo.

Willie parecía nervioso e irritable.

—No te preocupes —dijo—. No es más que una precaución.

Pero Dorothy estaba tan animada y excitada, que apenas le oyó. Ir en avión a Nueva York, y con Darrel: una situación casi perfecta para contribuir a los planes que tenía en la cabeza.

—Bueno, ve —dijo Willie.

Se miraron como antes, como desconocidos, y entonces dijo Dorothy:

—Bien...

Y Willie sólo se quedó mirándole.

Ahora Willie estaba solo. Más solo de lo que había estado durante meses. Guardó un revólver en el cajón de la mesita de noche, comprobó que las puertas y las ventanas estuviesen bien cerradas, y se metió en la cama. Reclinado sobre tres almohadas, miraba la televisión.

Ocasionalmente pensaba en el gran reactor que llevaba a Dorothy y a Darrel Rankin a Nueva York. Se presumía que ella volvería, pero algo le decía que la muchacha a la que había conocido durante tan poco tiempo, se había ido para siempre. Que había perdido algo que nunca había sabido siquiera que tenía hasta que había sido demasiado tarde.

Al cabo de un rato, se quedó dormido y, cuando se despertó al cabo de una hora, estaba balanceándose. Jamás había experimentado un terror tan grande.

¿Dónde acabaría todo esto?

Se levantó para escribirse una nota, como había hecho siempre que sus ideas no habían sido tan claras como él quería; pero esta vez se encontró con que no tenía nada que decirse. Se quedó mirando el papel en blanco.

Aproximadamente a la misma hora de la noche, una semana más tarde, Carl estaba de nuevo en la plataforma del abandonado depósito de petróleo.

Llevando todavía un abrigo de Willie, abierto en las costuras, Carl se preguntaba cuánto tardarían en encontrar a Z, que estaba ahora en el fondo del río. Y se preguntaba también cuánto tendría que esperar para sacarle los quinientos a Willie.

Las cosas le iban bien. De momento tenía casi ciento cincuenta dólares en el bolsillo, y estaba en lo alto del depósito de petróleo porque este sitio le gustaba.

Estaba sentado, con la espalda apoyada en el lado metálico, contemplando la ciudad que se extendía allá abajo delante de él, con su agitación y sus luces solitarias esparciéndose hasta el horizonte en todas direcciones.

La ciudad de Carl. Se echó a reír.

Documentos **BLACK**

La obra de William Riley Burnett y adaptaciones a la
pantalla

por JAVIER COMA

1. BIBLIOGRAFÍA

a) Novelas negras y periféricas al género

1929. *Little Caesar* (Los Césares mueren también y *El pequeño César*).
1930. *Iron Man*.
1931. *The Silver Eagle*.
1933. *Dark Hazard*.
1936. *King Cole*.
1940. *High Sierra* (en la colección BLACK, *El último refugio*, y, en catalán, *Alta Sierra*).
1942. *The Quick Brown Fox*.
1943. *Nobody Lives Forever* (*Nadie vive eternamente*, y, en catalán, *Ningú no viu eternament*).
1945. *Tomorrow's Another Day*.
1946. *Romelle* (en la colección BLACK, *Romelle*).
1949. *The Asphalt Jungle* {*La jungla de asfalto*, y *La jungla del asfalto*).
1951. *Little Men, Big World* (en catalán, *Homes petits, gran món*).
1952. *Vanity Row* (*Vanity Row*).
1953. Bajo el seudónimo de John Monahan, *Big Stan*.
1957. *Underdog* (*Acosado*, y *Perseguido*).
1961. *Conant* (*Juego sucio*).
1961. *Round the Clock at Volari's* (*Alrededor del reloj en Volari's*).
1962. *The Widow Barony*.
1968. *The Cool Man* (en la colección BLACK, *El hombre frío*).
1981. *Good-bye Chicago* (*Good-bye, Chicago*).

b) Westerns

1930. *Saint Johnson*.
1938. *The Dark Command: A Kansas Iliad*.
1953. *Adobe Walls* (*Muros de adobe*, y *Hoguera de odios*).
1956. *Pale Moon*.
1958. *Bitter Ground*.
1959. *Mi amigo*.
1962. *The Goldseekers* (*Los buscadores de oro*).
1962. *Sergeants Three*, novelización de guión cinematográfico (*Tres sargentos*).
1963. *The Abilene Samson*.

c) Otras novelas

1932. *The Giant Swing*.
1934. *Goodbye to the Past: Scenes from the Life of William Meadows*.
1934. *The Goodhues of Sinking Creek*.
1950. *Stretch Dawson*.
1954. *Captain Lightfoot* (*Orgullo de raza*).
1956. Bajo el seudónimo de James Updyke, *It's Always Four O'Clock*.
1965. *The Winning of Mickey Free*.

d) Libro no narrativo

1965. *The Roar of the Crowd: Conversation with An Ex Big Leaguer*, sobre béisbol.

2. OBRAS VARIAS

(para revistas, cine y televisión).

a) Relatos

Entre otros:

1930. *Dressing Up (Vestirse bien)*, recopilado en *O'Henry Memorial Award Prize Stories of 1930*.

1933. *Dr. Socrates*, en el magazine *Liberty*.

1934. *Jail Break*, en el magazine *Collier's*.

1935. *Traveling Light (Viajeros sin equipaje)*, reimpresso en el *Ellery Queen's Mystery Magazine*, setiembre de 1951.

1946. *Ivory Tower*, recopilado en *Best American Short Stories of 1946*.

b) *Asesorías en guiones cinematográficos*

1931. *The Finger Points (El dedo acusador)*, de John Francis Dillon.

1932. *Scarface (El terror del hampa)*, de Howard Hawks.

c) *Narraciones escritas para el cine*

1932. *The City Sentinel*, para *The Beast of the City (El monstruo de la ciudad)*, de Charles Brabin.

1949. *Yellow Sky*, para *Yellow Sky (Cielo amarillo)*, de William A. Wellman.

d) *Guiones cinematográficos sobre argumento propio*

1947. *Belle Starr's Daughter*, de Lesley Selander.

1962. *Sergeants Three (Tres sargentos)*, de John Sturges.

e) *Guiones cinematográficos sobre novela propia*

1946. *Nobody Lives Forever*, de Jean Negulesco.

1955. *I Died A Thousand Times*, de Stuart Heisler, sobre *High Sierra*.

f) *Guiones cinematográficos en colaboración*

1941. *High Sierra (El último refugio)*, de Raoul Walsh.

1941. *This Gun for Hire (El cuervo)*, de Frank Tuttle.

1941. *The Get-Away*, de Edward Buzzell.

1942. *Wake Island*, de John Farrow.

1943. *Crash Dive (Tiburones de acero)*, de Archie Mayo.

1943. *Action in the North Atlantic*, de Lloyd Bacon.

1943. *Background to Danger*, de Raoul Walsh (guión en solitario, pero sobre una novela ajena).

1945. *San Antonio (San Antonio)*, de David Butler.

1951. *The Racket*, de John Cromwell.

1951. *Vendetta*, de Mel Ferrer.

1954. *Dangerous Mission*, de Louis King.

1955. *Captain Lightfoot (Orgullo de raza)*, de Douglas Sirk.

1955. *Illegal*, de Lewis Allen.

1956. *Accused of Murder*, de Joe Kane.

1957. *Short Cut to Hell*, de James Cagney.

1961. *September Storm*, de Byron Haskin.

1963. *The Great Escape (La gran evasión)*, de John Sturges.

g) *Guión para televisión*

Debt of Honor, para la serie *Naked City* (1958-1963).

3. ADAPTACIONES AL CINE

1930. *Little Caesar (Hampa dorada)*, de Mervyn LeRoy.

1931. *The Iron Man*, de Tod Browning.

1932. *Law and Order*, de Edward L. Cahn, sobre *Saint Johnson*.

1934. *Dark Hazard*, de Alfred E. Green.
1935. *The Whole Town's Talking (Pasaporte a la fama)*, de John Ford, sobre el relato *Jail Break*.
1935. *Dr. Socrates (El doctor Sócrates)*, de William Dieterle.
1936. *36 Hours to Kill*, de Eugene Forde, sobre el relato *Across the Aisle*.
1937. *Wine, Women and Horses*, de Louis King, sobre *Dark Hazard*.
1937. *Wild West Days (serial)*, de Ford Beebe y Cliff Smith, sobre *Saint Johnson*.
1937. *Some Blondes Are Dangerous*, de Milton Carruth, sobre *Iron Man*.
1939. *King of the Underworld*, de Louis King, sobre el relato *Dr. Socrates*.
1940. *Dark Command (Mando siniestro)*, de Raoul Walsh.
1940. *Law and Order*, de Ray Taylor, sobre *Saint Johnson*.
1941. *High Sierra (El último refugio)*, de Raoul Walsh.
1941. *Dance Hall*, de Irving Pichel, sobre *The Giant Swing*.
1946. *Nobody Lives Forever*, de Jean Negulesco.
1949. *Colorado Territory (Juntos hasta la muerte)*, de Raoul Walsh, sobre *High Sierra*.
1950. *The Asphalt Jungle (La jungla de asfalto)*, de John Huston.
1951. *The Iron Man*, de Joseph Pevney.
1953. *Law and Order*, de Nathan Juran, sobre *Saint Johnson*.
1953. *Arrowhead (Hoguera de odios)*, de Charles Marquis Warren, sobre *Adobe Walls*.
1955. *Captain Lightfoot (Orgullo de raza)*, de Douglas Sirk.
1955. *I Died A Thousand Times*, de Stuart Heisler, sobre *High Sierra*.
1956. *Acused of Murder*, de Joe Kane, sobre *Vanity Row*.
1958. *The Badlanders (Arizona, prisión federal)*, de Delmer Daves, sobre *The Asphalt Jungle*.
1962. *Cairo*, de Wolf Rilla, sobre *The Asphalt Jungle*.
1967. *The Jackals*, de Robert D. Webb, sobre la narración escrita para el cine *Yellow Sky*.
1972. *Cool Breeze*, de Barry Pollack, sobre *The Asphalt Jungle*.

4. ADAPTACIONES A LA TELEVISIÓN

1952. *Little Men, Big World*, en el programa *Studio One*.
1961. *The Asphalt Jungle*, serie de telefilmes.



WILLIAM RILEY BURNETT, nacido a fin de siglo en Ohio, es uno de los grandes innovadores de la literatura policíaca norteamericana. La edición en 1929 de *El pequeño César*, abrirá las puertas a una literatura del mundo gangsteril visto desde su interior, sin baratos maniqueísmos ni moralismo liberal burgués de tercera.

Sus narraciones del bajo mundo de Chicago, su descripción del territorio fronterizo entre las fuerzas policíacas y el crimen organizado, su información sobre las presiones sociales, el *status* del gángster, el reconocimiento de la sociedad las telas de araña que unen a los grandes capitalistas y los nuevos barones del crimen, hacen de la literatura de Burnett una de las más ácidos del período.

La producción literaria de Burnett se desarrolla a lo largo de los años 30 y los 40 cuando escribe *El último refugio* y *La jungla de asfalto* (1949).

Tras haberse dedicado al cine, donde varias de sus historias se convierten en espectaculares éxitos de pantalla, Burnett regresa en 1981 con *Adiós Chicago* a sus temas literarios favoritos; la depresión y el gangsterismo organizado.